

En el año 2020, la Fundación Colombia Ganadera (Fundagán) solicitó el apoyo del Centro Nacional de Memoria Histórica (CNMH) para la elaboración de un libro con diez relatos de víctimas del conflicto armado vinculadas al sector ganadero, con la idea de iniciar un proceso de reconstrucción de la memoria histórica sobre este sector productivo, que “ha sido uno de los más golpeados en medio de las hostilidades en varias regiones del país, en medio de las cuales han sido afectados por extorsión, secuestro y persecución por algunos grupos armados ilegales” (El Tiempo, 2020).

Teniendo en cuenta esta solicitud, el CNMH realizó el acompañamiento desde la Estrategia de Apoyo a Iniciativas de Memoria Histórica (EAIMH), la cual apoya acciones de memoria con carácter dignificante adelantadas de manera autónoma por colectivos de la sociedad civil —grupos, organizaciones y comunidades— con participación efectiva de las víctimas del conflicto armado colombiano.

Este libro busca aportar a la construcción de la memoria histórica del gremio ganadero a través de relatos de resiliencia y resistencia de las mujeres y hombres que acá narran sus historias. Las narrativas desde voces diversas delimitan acá un panorama de lo ocurrido, para que sean ellas mismas las que potencien los aprendizajes sobre la paz al mostrar las diferentes herramientas que han utilizado para sostenerse como individuos, colectivo y comunidad a través del tiempo, en un marco de autonomía y respeto de sus procesos de reconocimiento como víctimas, con la intención de reivindicar sus derechos a la verdad, justicia, reparación y no repetición en las instancias nacionales e internacionales correspondientes.

ISBN: 978-628-7561-37-3



9 786287 561373

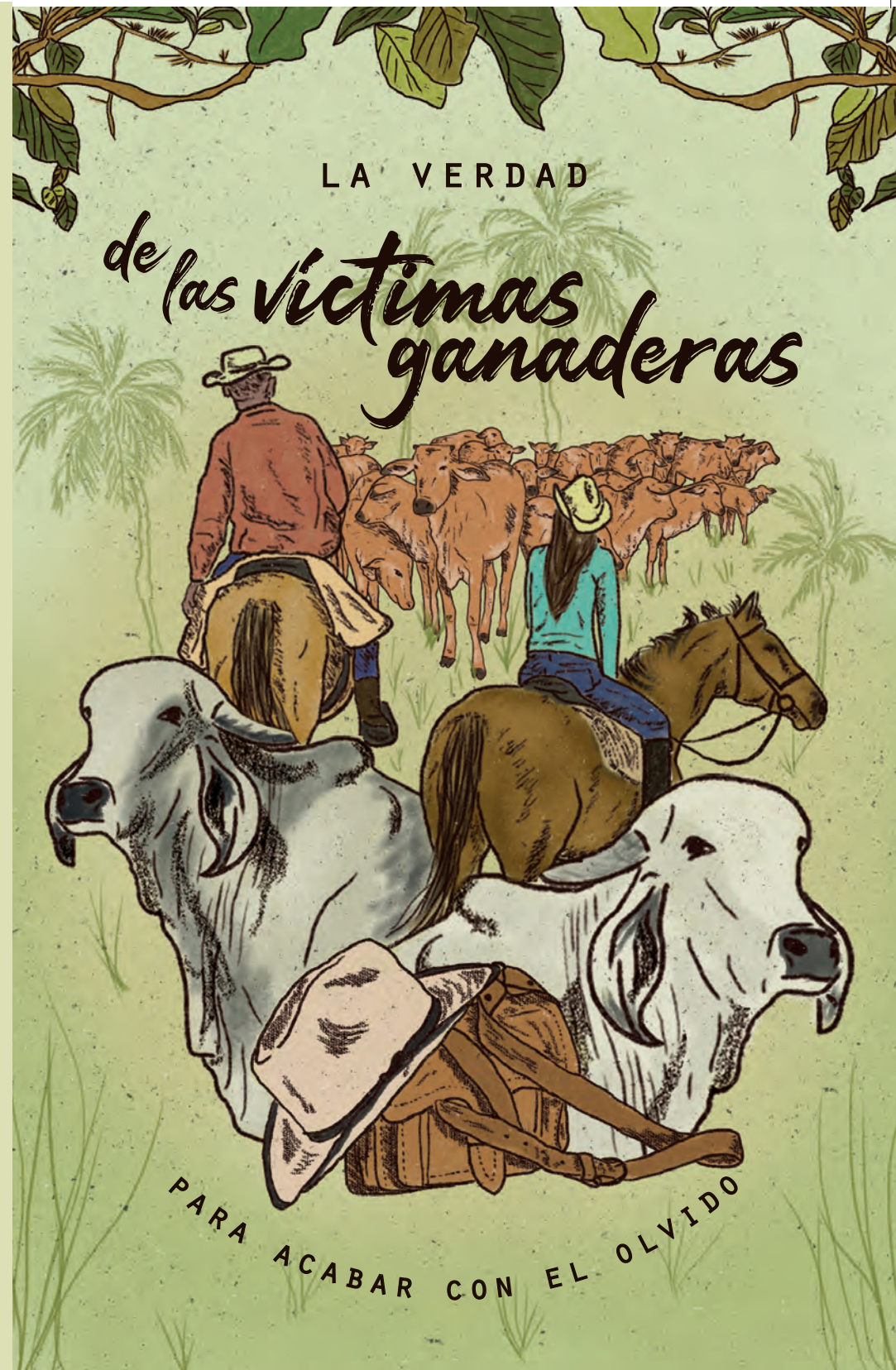
Una iniciativa
de memoria histórica de



Con el apoyo de



LA VERDAD DE LAS VÍCTIMAS GANADERAS, PARA ACABAR CON EL OLVIDO





**La verdad de las víctimas ganaderas,
para acabar con el olvido**

Una iniciativa impulsada por:

El Grupo de Víctimas ganaderas

Participantes de la iniciativa:

Jaime Calderón

Querubín Hernández

Jesús Hernán Isaza

Ana Lucía Morales Ochoa

César Plazas Gómez

León Jaime Restrepo Blandón

David Sogamoso Leiton

María Teresa Sojo

Mauricio Sojo

Raúl Valencia Montes

Agradecimientos especiales:

Fundagán

Fedegán

José Félix Lafaurie Rivera

Presidente Fedegán

Nataly Delgado Pinzón

Dirección Ejecutiva Fundagán

David Gamboa Benavides

Juan Felipe Gutiérrez

Daniel José Castro Vangrieken

Profesionales Fundagan

Y a los demás participantes que quisieron contribuir a esta publicación desde el anonimato

**CENTRO NACIONAL
DE MEMORIA HISTÓRICA**

Rubén Darío Acevedo Carmona (2019-2022)

Director general

Ana María Trujillo Coronado (2022)

Directora General (E)

Carlos Mario López Rojas (2022) (E)

Alex Alberto Moreno Pérez (2022)

Jenny Juliet Lopera Morales (2020-2021)

**Dirección Técnica para la Construcción
de la Memoria Histórica**

Edinso Culma Vargas (2020-2022)

Ingrid Adriana Frías Navas

Javier David Ávila Echavarría

**Coordinación de la Estrategia de Iniciativas
de Memoria Histórica**

**ESTRATEGIA DE INICIATIVAS
DE MEMORIA HISTÓRICA**

Isis Restrepo Bulla

Daniela Vásquez Pino

Diana Paola Jerez Durán

Edinso Culma Vargas

Gloria María de las Mercedes Ospina

Apoyo a las IMH y elaboración de textos

Bibiana Rosero Peraza

Líder de la Estrategia de Comunicaciones

Rafael Martínez Perdomo

Corrección de estilo

Viviana Hernández Orjuela

Diseño y diagramación

Primera edición: octubre de 2022

Impreso en la Imprenta Nacional
de Colombia

@ Centro Nacional de Memoria Histórica

Carrera 7 # 27-18 piso 24

PBX: (571) 7965060

comunicaciones@cnmh.gov.co

www.centrodememoriahistorica.gov.co

Bogotá D. C., Colombia

ISBN digital: 978-628-7561-38-0

ISBN Impreso: 978-628-7561-37-3

Esta publicación es el resultado del apoyo a una de las iniciativas de memoria histórica priorizadas por el Centro Nacional de Memoria Histórica - CNMH y su Estrategia de Iniciativas de Memoria Histórica en el año 2020. Los contenidos presentados son responsabilidad de sus autores y no necesariamente reflejan las opiniones del CNMH.

LA VERDAD

*de las víctimas
ganaderas*

PARA ACABAR CON EL OLVIDO

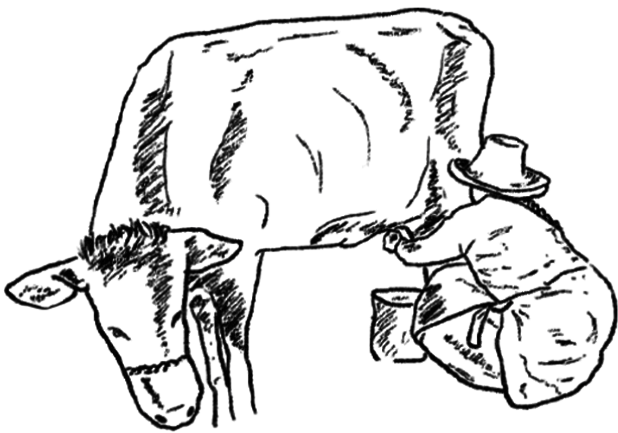
Una iniciativa de memoria histórica de
EL GRUPO DE VÍCTIMAS GANADERAS



Contenido

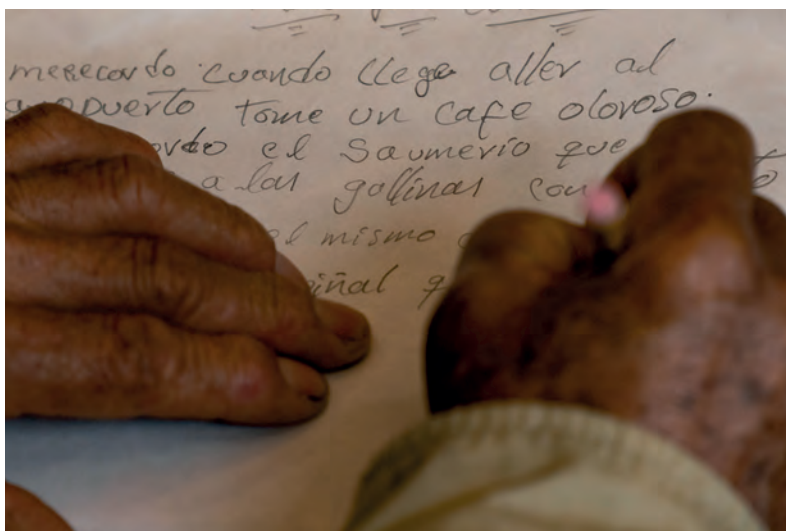
.....

Introducción	7
Prólogo	14
Contexto	20
Perfiles	
Cada hombre es un universo	42
Ahí está mi tierra	58
Buscando el porvenir	74
Cómo fuera la vida	88
El ejemplo de don Melco	98
El último ganadero que quedó en Urabá en la década de los noventa	114
La gente murmuraba	130
Pese al miedo, las amenazas y los riesgos	140
Solo Dios sabe	152
Uno cree que todas las tierras son iguales, pero son muy distintas entre sí	164
Socialización comunitaria	176
Referencias	180



INTRODUCCIÓN

.....



*“Uno de los participantes de la Iniciativa de Memoria Histórica La verdad de las víctimas ganaderas para acabar con el olvido realiza un ejercicio propuesto en el primer encuentro de acompañamiento”.
Fotografía para el CNMH de Daniel Francisco Sarmiento Gómez, 2020.*

En el año 2020, la Fundación Colombia Ganadera (Fundagán) solicitó el apoyo del Centro Nacional de Memoria Histórica (CNMH) para la elaboración de un libro con diez relatos de víctimas del conflicto armado vinculadas al sector ganadero, con la idea de —a través de estos relatos— iniciar un proceso de reconstrucción de la memoria histórica sobre este sector productivo, que “ha sido uno

de los más golpeados en medio de las hostilidades en varias regiones del país, en medio de las cuales han sido afectados por extorsión, secuestro y persecución por algunos grupos armados ilegales” (El Tiempo, 2020).

Teniendo en cuenta esta solicitud, el CNMH realizó el acompañamiento desde la Estrategia de Apoyo a Iniciativas de Memoria Histórica (EAIMH), la cual apoya acciones de memoria con carácter dignificante adelantadas de manera autónoma por colectivos de la sociedad civil —grupos, organizaciones y comunidades— con participación efectiva de las víctimas del conflicto armado colombiano.



*“Uno de los participantes de la Iniciativa de Memoria Histórica La verdad de las víctimas ganaderas para acabar con el olvido realiza un ejercicio propuesto en el primer encuentro de acompañamiento”.
Fotografía para el CNMH de Daniel Francisco Sarmiento Gómez, 2020.*

En diciembre del 2020 se llevó a cabo, en la ciudad de Bogotá, un primer encuentro con algunos de los participantes dispuestos a construir esta iniciativa de memoria. Los participantes, seleccionados por Fundagán, son hombres y mujeres que representan la diversidad de

los individuos que componen al sector ganadero. Estos provienen de diferentes regiones del país y cuentan con diferentes características sociodemográficas, familiares, sicosociales y económicas que serán precisadas en el capítulo de contexto de este libro.

Desde diciembre del 2020 y hasta abril del 2021 se llevaron a cabo entrevistas para la construcción de los diez perfiles biográficos que aquí se presentan. La mayoría de estas entrevistas se realizaron durante el primer encuentro en Bogotá y se reforzaron posteriormente mediante comisiones del equipo del CNMH a los hogares de cada participante.

En estas comisiones —que tuvieron lugar en La Guajira, Antioquia, Arauca, Bolívar, Sucre, Urabá, Meta, Guaviare y Atlántico— se tomaron también retratos fotográficos de los protagonistas de los perfiles y se recibió material de archivo de los álbumes familiares de los participantes de este proceso.

Las fotografías y perfiles que se presentan en este libro fueron el resultado del diálogo y de la construcción conjunta con cada participante, de la apertura para contar de sus historias de vida y sus cotidianidades, su confianza ante el lente y la escucha de los profesionales que los acompañaron. Cada participante es, así, un coautor de la historia que se entrega al lector. Por otro lado, los participantes que decidieron construir su relato de manera anónima aportaron y validaron la construcción de las imágenes que acompañan sus perfiles.

Tras finalizar el proceso de entrevistas se contó con más de treinta horas de grabación que luego fueron transcritas con el apoyo de la Dirección de Acuerdos de la Verdad (DAV) del CNMH. Para la construcción de los perfiles biográficos se trabajó, desde las entrevistas hasta la escritura, con la guía de unos ejes temáticos a partir de los cuales se cimentaron la guía de entrevistas semiestruc-

turadas, la matriz para sistematizar los testimonios y cada uno de los perfiles. Estos ejes temáticos se eligieron con el fin de que cada protagonista y coautor de los relatos pudiera contar su historia de vida desde la diversidad y amplitud que compone la experiencia vital de cada individuo.

Entre junio y septiembre del 2021 se consolidó una primera versión de los perfiles biográficos. Para la redacción de los textos se identificaron las temáticas en las que los entrevistados hicieron especial énfasis al ofrecer su testimonio. Mediante estas ideas centrales se buscó encontrar lo singular de cada relato para hallar una idea fuerza que respetara las prioridades de cada participante.

El trabajo arduo, la identidad ganadera, la búsqueda de oportunidades, la relación con el campo, la tierra y el territorio y los diferentes matices que componen a un individuo se conformaron como ideas centrales para los perfiles. Estas ideas fuerza constituyen un hilo narrativo que no se centra en los hechos victimizantes, sino en la resiliencia de los protagonistas y coautores de estas historias. Se proponen, entonces, como el corazón de los relatos, alrededor del cual se tejen las diferentes facetas, intereses, luchas y logros de cada protagonista.

Los títulos de los perfiles se eligieron en función de la idea central de cada relato y son frases que los participantes expresaron en sus testimonios.

Los perfiles fueron escritos en primera persona para mantener la esencia de cada historia y generar una conexión íntima entre los lectores y cada protagonista y/o coautor. Para la conformación de cada perfil se tomaron fragmentos de las entrevistas intentando intervenirlos lo menos posible. Se eliminaron palabras repetidas, se anexaron conectores y se les dio un orden narrativo a los fragmentos seleccionados. Sin embargo, el contenido y la forma de expresarse se mantuvo para respetar al máximo la voz, el testimonio

y el sentir de los participantes. En los perfiles en los que se narra la vida de personas asesinadas en el marco del conflicto armado, la voz narradora es de sus familiares —también en primera persona—.



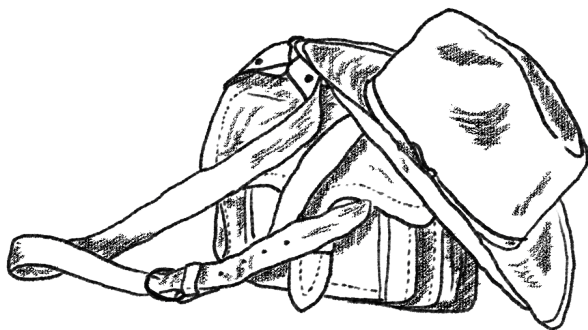
“Uno de los participantes de la Iniciativa de Memoria Histórica La verdad de las víctimas ganaderas para acabar con el olvido realiza un ejercicio propuesto en el primer encuentro de acompañamiento”. Fotografía para el CNMH de Daniel Francisco Sarmiento Gómez, 2020.

De manera paralela a la construcción de los perfiles biográficos, un equipo de investigadores del CNMH consolidó la primera versión del capítulo de contexto, que tiene la intención de exponer una visión amplia que dé cuenta de las características generales del gremio ganadero y de la problemática histórica que ha enfrentado a causa del conflicto armado, los hechos victimizantes a los que ha estado expuesto, los reclamos o pedidos que ha manifestado ante las instituciones del Estado y las estrategias para contrarrestar las afectaciones sufridas por la violencia. Este texto se consolidó mediante un ejercicio de contrastación de fuentes primarias y secundarias. El prólogo del libro fue construido por Fundagán.

El objetivo principal de esta iniciativa es dignificar y visibilizar los relatos de vida de las personas del sector ganadero —quienes han sufrido diferentes victimizaciones como asesinatos selectivos, desplazamiento forzado, despojo de tierras, secuestro y amenazas en distintas regiones del país por parte de diferentes grupos armados al margen de la ley— y las memorias que conservan sobre ellos sus familiares. Además, objetar la estigmatización y el señalamiento generalizado que ha existido sobre el gremio ganadero —la idea de que todos los ganaderos han sido financiadores y cooperadores de grupos armados— al recalcar que muchos de ellos y ellas han sido víctimas, y solicitando así el reconocimiento de los hechos victimizantes sufridos y los daños ocasionados al sector (CNMH, 2010a, p. 303; CNMH, 2010b, pp. 89, 100 y 189).

Este libro contiene diez relatos de las víctimas directas del conflicto armado pertenecientes al sector ganadero colombiano. Los participantes, tanto las víctimas directas como sus familiares, ratificaron su interés en hacer parte de la iniciativa a lo largo de las reuniones, las entrevistas a profundidad realizadas para construir los perfiles, la validación y la corrección de cada perfil de forma individual.

Las narrativas desde voces diversas delimitan acá un panorama de lo ocurrido, para que sean ellas mismas las que potencien los aprendizajes sobre la paz al mostrar las diferentes herramientas que han utilizado para sostenerse como individuos, colectivo y comunidad a través del tiempo, en un marco de autonomía y respeto de sus procesos de reconocimiento como víctimas, con la intención de reivindicar sus derechos a la verdad, justicia, reparación y no repetición en las instancias nacionales e internacionales correspondientes.



PRÓLOGO

.....

La corta historia de Colombia —de apenas un poco más de dos siglos— se podría contar siguiendo el hilo de la violencia rural, pues el campo fue el escenario de las guerras de independencia y de las que se sucedieron, una tras otra, durante todo el siglo XIX por cuenta de una dirigencia que siempre encontraba en la destrucción a través de las armas la mejor forma de zanjar las diferencias sobre el país que debía construir.

Esa tendencia resurgió con ferocidad a partir de los años treinta del siglo pasado, con la llamada violencia política que se gestaba en los círculos del poder, pero no era allí donde se resolvía, ni en las manifestaciones callejeras —con excepción de El Bogotazo y los levantamientos urbanos de 1948 por la muerte de Gaitán—, sino en el escenario de siempre, en el campo, y con niveles de violencia sin antecedentes hasta entonces.

Sin solución de continuidad, en los años sesenta surgió la llamada violencia subversiva, instigada por el comunismo internacional en el marco de la Guerra Fría, y hacia los ochenta se fortalece por causa de los llamados movimientos de autodefensa o paramilitares que terminarían cooptados por las mafias del narcotráfico, hoy por hoy los financiadores y protagonistas de la violencia rural y urbana a la que el país pareciera estar condenado, como en una especie de maldición mitológica.

Quizás nunca nos pongamos de acuerdo sobre esta reseña de la violencia rural en Colombia y menos aún en sus causas, que algunos enfoques deterministas —y todo determinismo suele ser ideológico— han centrado exclusivamente en la lucha por la tierra, no solo ignorando la complejidad de nuestra realidad rural (marcada por una concepción estructuralmente desequilibrada del desarrollo, en favor del urbano y en desmedro del rural), sino promoviendo una narrativa de odio y persecución hacia el propietario legítimo de tierras, que está en el centro de la victimización ganadera.

.....

FEDEGÁN Y LAS VÍCTIMAS GANADERAS DE LA VIOLENCIA

No es en vano que la Federación Colombiana de Ganaderos (Fedegán) naciera en 1963, cuando confluían tres factores determinantes: primero, el concepto de reforma agraria, no como el reordenamiento de las condiciones de producción para beneficiar al sector rural en su conjunto, sino como la mera redistribución de la tierra a partir de la expropiación; segundo, el nacimiento de las guerrillas comunistas, que levantaron como propia esa bandera de “la tierra” y desataron la persecución violenta contra sus propietarios, y, tercero, los modelos de desarrollo centrados en la urbanización del país, que consumaron el abandono del campo y el fortalecimiento de todas las violencias.

En este contexto histórico se produjo la victimización ganadera y, a partir de 2005, nuestro esfuerzo sostenido para acabar con el olvido, para sacar a nuestras víctimas del anonimato y para acompañarlas luego en la reivindicación de sus derechos, bajo la convicción de que las víctimas ganaderas de la violencia no son menos víctimas ni tienen menos derechos que las demás frente a la verdad, la justicia y la reparación.

Ese año, 2005, la Junta Directiva de Fedegán decidió crear el Día Nacional del Ganadero, en la fecha en que diez años antes —el 30 de septiembre de 1995— fue asesinado por las FARC el expresidente de la Federación, José Raimundo Sojo Zambrano (El Tiempo, 1995), cuya sentida reseña, elaborada por su familia, hace parte de este libro.

En ese primer Día Nacional del Ganadero, dedicado expresamente a las víctimas, el único decorado de las paredes del recinto eran pendones blancos con miles de nombres de víctimas ganaderas, fruto de nuestra primera investigación en campo con la colaboración de las organizaciones ganaderas regionales en todo el país.

Esos listados también fueron precursores de lo que sería, años más tarde, el programa Acabar con el olvido de la Fundación Colombia Ganadera (Fundagán), entidad que nació en 2007 a partir de una iniciativa que María Fernanda Cabal, su primera presidenta, le propuso a la Junta Directiva de Fedegán para darle un camino institucional a las expresiones de la responsabilidad social de la ganadería colombiana.

Ella misma se puso al frente de uno de sus objetivos misionales, la visibilización de las víctimas ganaderas y, posteriormente, del Programa de Acompañamiento a las Víctimas Ganaderas (Pavic), en apoyo al acceso a sus derechos a la verdad, la justicia y la reparación en el marco de la Ley 1448 de 2011. Fue titánica la labor de recorrer el país, literalmente, buscando a quienes en muchos casos habían sido doblemente victimizados por la estigmatización y se resistían a ser visibilizados y a reclamar sus derechos en igualdad de condiciones.

En 2009 y 2013 Fundagán produjo dos informes oficiales de su programa Acabar con el olvido, el último de los cuales, a partir de los testimonios de 1.936 ganaderos víctimas de todas las regiones del país, contextualiza la violencia vivida en cada una de ellas y, adicionalmente, actualiza el listado de más de 6.000 víctimas ganaderas de diferentes delitos.

Así pues, no es de hoy la preocupación de Fedegán por las víctimas ganaderas de la violencia ni son de hoy los estigmas que han caído sobre nuestra organización gremial y sobre el ganadero como actor social por cuenta de las narrativas sobre la propiedad de la tierra y sobre la defensa de esa propiedad a partir de la presunta asociación con organizaciones al margen de la ley, una generalización a todas luces injusta, no solo porque los ganaderos terminaron quedando entre varios fuegos y siendo víctimas de todos los actores violentos, sino porque semejante generalización no se compadece con la realidad de vida de más de 600.000 colombianos dedicados con esfuerzo a la noble labor de producir carne y leche para los colombianos —y, de un tiempo para acá, para los mercados del mundo— con garantía de producción ambientalmente sostenible.

En efecto, “ganadero terrateniente” y “ganadero paramilitar” son dos estereotipos que le han hecho mucho daño a la ganadería colombiana y, lo más importante —o, mejor, lo más grave— han costado muchas vidas y muchos sufrimientos.

.....

**“LA VERDAD DE LAS VÍCTIMAS GANADERAS
PARA ACABAR CON EL OLVIDO”**

Acertado el nombre de este libro que reseña, en la voz de sus protagonistas, diez casos de victimización ganadera de todas las regiones productoras —porque todas han sido azotadas por la violencia— y de todos los niveles de producción —porque todos los ganaderos, pequeños, medianos y grandes, han sido víctimas de los delitos de asesinato, secuestro, extorsión y abigeato y han sido desplazados brutalmente—.

El libro, como ya mencioné antes, incluye, de la mano de su familia, la reseña de José Raimundo Sojo Zambrano, en cuyo honor

instituímos el Día Nacional del Ganadero. Es un reconocimiento que apreciamos porque ser parte de la dirigencia gremial (es decir, la defensa de los intereses y expectativas de los ganaderos colombianos frente a la inseguridad rural, la certeza jurídica sobre la propiedad de la tierra y la política pública agropecuaria) terminó siendo causal de persecución. Con él cayeron varios líderes regionales, muchos sufrieron terribles atentados y otros terminaron encausados por la justicia como resultado de la estigmatización.

Además de la inmensa carga personal, hay rasgos interesantes y comunes en estas reseñas, pero me quiero detener en uno que se repite y que tiene que ver con este tema de la estigmatización. Es el ganadero entre varios fuegos, es el ganadero que —si no se desplazaba, como muchos lo hicieron— tenía que moverse en un mundo con piso de cáscaras de huevo, sin rechazar a los unos ni a los otros, sin declararse ni de los unos ni de los otros, y objeto de sospechas y de amenazas de los unos y de los otros. Murieron y fueron secuestrados quienes no supieron sortear esas arenas movedizas. Algunos infringieron abiertamente la ley. Todos, prácticamente, fueron “vacunados” por los unos y los otros, y por ello muchos fueron acusados de financiar o apoyar a unos y a otros —o, mejor, a unos solamente, porque no conozco casos de ganaderos acusados de financiar a las guerrillas—.

El dolor, la frustración y la nostalgia se respira en estas historias; es natural. Pero sobre esos sentimientos resaltan y se superponen el tesón, el orgullo ganadero y el deseo de pasar la página y hasta de perdonar. Este es, a mi manera de ver, otro episodio de Acabar con el olvido: una iniciativa de memoria histórica de Fundagán, con el acompañamiento del Centro Nacional de Memoria Histórica. Es un acompañamiento que convoca mi reconocimiento y gratitud, en representación de los ganaderos de Colombia que miramos hacia atrás para honrar nuestro pasado y recuperar

del olvido a nuestras víctimas, y miramos hacia delante para construir, con determinación y optimismo, la nueva ganadería colombiana: moderna, competitiva, rentable, socialmente responsable y ambientalmente sostenible.

José Félix Lafaurie Rivera
Presidente Ejecutivo de Fedegán

CONTEXTO

.....

Para entender por qué los diez perfiles biográficos presentados en este libro hacen parte de la constelación de las víctimas directas que ha dejado el conflicto armado en Colombia, desde la Estrategia de Apoyo a Iniciativas de Memoria Histórica del CNMH presentamos una caracterización del sector ganadero del país, mostrando las diferencias que existen entre quienes hacen parte de él, el papel que ha desempeñado el sector en las regiones, las victimizaciones que han sufrido en la historia del conflicto, los daños ocasionados a sus proyectos de vida —tanto individuales como colectivos, familiares y productivos— y, finalmente, cuáles han sido sus mecanismos de afrontamiento y prácticas de resistencia.

Si bien la ganadería llegó a América con los conquistadores españoles como fuente de alimento y como “ocupadores” de la tierra (Bolívar y Flórez Malagón, 2005, p. 178), fue durante el siglo XX que la actividad ganadera, específicamente en la producción de leche y carne y en la explotación de cueros, cobró importancia como industria ante el crecimiento demográfico, la modernización del país, los incentivos económicos por medio de la creación y aplicación de políticas públicas sobre créditos y subsidios, las restricciones a la exportación e importación y la regularización del precio por parte del Estado colombiano y, por último, la disponibilidad de tierras (García, 2006, pp. 5-6)¹².

12 En ese sentido, se resalta el contenido de la Ley 26 del 5 de mayo de 1959, bajo la cual se crearon los Fondos y Bancos Ganaderos, promoviendo la política pública de fomento de la industria agropecuaria en el país.

Todos estos factores privilegiaron la consolidación de esta actividad al interior de Colombia y la expansión de una idea de que el poseer ganado era un indicador de prestigio (Bolívar y Flórez Malagón 2005, p. 178). Es así que la disponibilidad de tierras en Colombia a mediados del siglo XX y la política pública estatal permitieron que los ganaderos concentraran el uso de las tierras productivas en regiones de altillanura para la producción de leche y cárnicos. Las áreas improductivas —específicamente en las llanuras bajas, consideradas como fronteras agrícolas— se dedicaron a la ceba y a la cría¹³. En estas grandes extensiones de tierras existe hoy en día un bajo número de cabezas de ganado por hectárea (UPRA, 2016, p. 49).

Colombia actualmente está dividida en varias áreas de pastoreo: la Orinoquía, la región Andina, la llanura del Caribe, la Amazonía, el Magdalena, el Pacífico y el Catatumbo (Zuluaga y Etter, 2017). En estas áreas se distribuyen un total de 27.973.390 animales bovinos en 633.408 predios¹⁴. Desde el 2020, el 68,2% del total de ganado bovino se concentra en diez departamentos: Antioquia (11,3%), Meta (7,7%), Córdoba (7,6%), Casanare (7,5%), Caquetá (7,4%), Santander (5,9%), Cesar (5,5%), Magdalena (5,3%), Cundinamarca (5,2%), y Bolívar (4,9%) (ICA, 2021; Ver mapa 1).

Cabe agregar que el sector ganadero en nuestro país es un ámbito de convergencia plural, conformado por más de 610.000 ganaderos y ganaderas a lo largo de los 633.408 predios ubicados en el territorio colombiano. Un 67% de los predios tienen menos de 25

13 Según el artículo 12 de la Ley 26 de 1959 “los Fondos Ganaderos darán prelación a las solicitudes de ganaderos dedicados a la colonización de tierras nuevas”. Lo mismo se sostiene en la Ley 135 de 1961, artículo 1, parágrafo 2: “Fomentar la adecuada explotación económica de tierras incultas o deficientemente utilizadas, de acuerdo con programas que provean su distribución ordenada y racional aprovechamiento”.

14 “El 70,0% se concentra en diez departamentos del país: Boyacá (14,0%), Cundinamarca (13,1%), Antioquia (10,4%), Nariño (7,3%), Santander (6,7%), Córdoba (5,0%), Tolima (3,9%), Cauca (3,4%), Norte de Santander (3,1%) y Bolívar (3,1%)” (ICA, 2021).

animales para la producción, mientras que un 31% de los predios alberga entre 26 y 500 animales (Fedegán, 2018, p. 21).

Estos ganaderos y ganaderas —y también campesinos y campesinas, y pequeños/as, medianos/as o grandes productores y productoras— más allá de su papel en el desarrollo rural del país, también son personas que tienen familias y pertenecen a varias comunidades¹⁵. Todos ellos y ellas hacen uso de más de 50.102.269 hectáreas de tierra, no solo para la ganadería extensiva sino intensiva. Además, han combinado el oficio pecuario con la producción agrícola y la conservación de bosques, e incursionan poco a poco en servicios turísticos, generando por lo menos 810.000 empleos directos que representaron hacia el 2017 el 6% del empleo nacional y el 19% del empleo agropecuario. Esta actividad contribuye con el 1.4% del PIB nacional. De esta manera, los pequeños productores representan el 80,7% de los predios a nivel nacional dedicados a la producción ganadera (Portafolio, 2017; FAO; 2021; The Nature Conservancy, 2021a).

Con estos antecedentes, el 13 de diciembre de 1963 se creó la Federación Colombiana de Ganaderos (Fedegán) como una institución para representar a la ganadería nacional y unificar los distintos gremios regionales que existen en el país. Con la Ley 89 de 1993 se crea el Fondo Nacional del Ganado, que marcó un hito en la historia de la ganadería en Colombia, pues esta cuenta —administrada por Fedegán— ha permitido generar estrategias de ejecución e inyección de recursos al sector ganadero.

En ese sentido, es importante resaltar que la ganadería es uno de los gremios más importantes y productivos en el país. De ahí que el

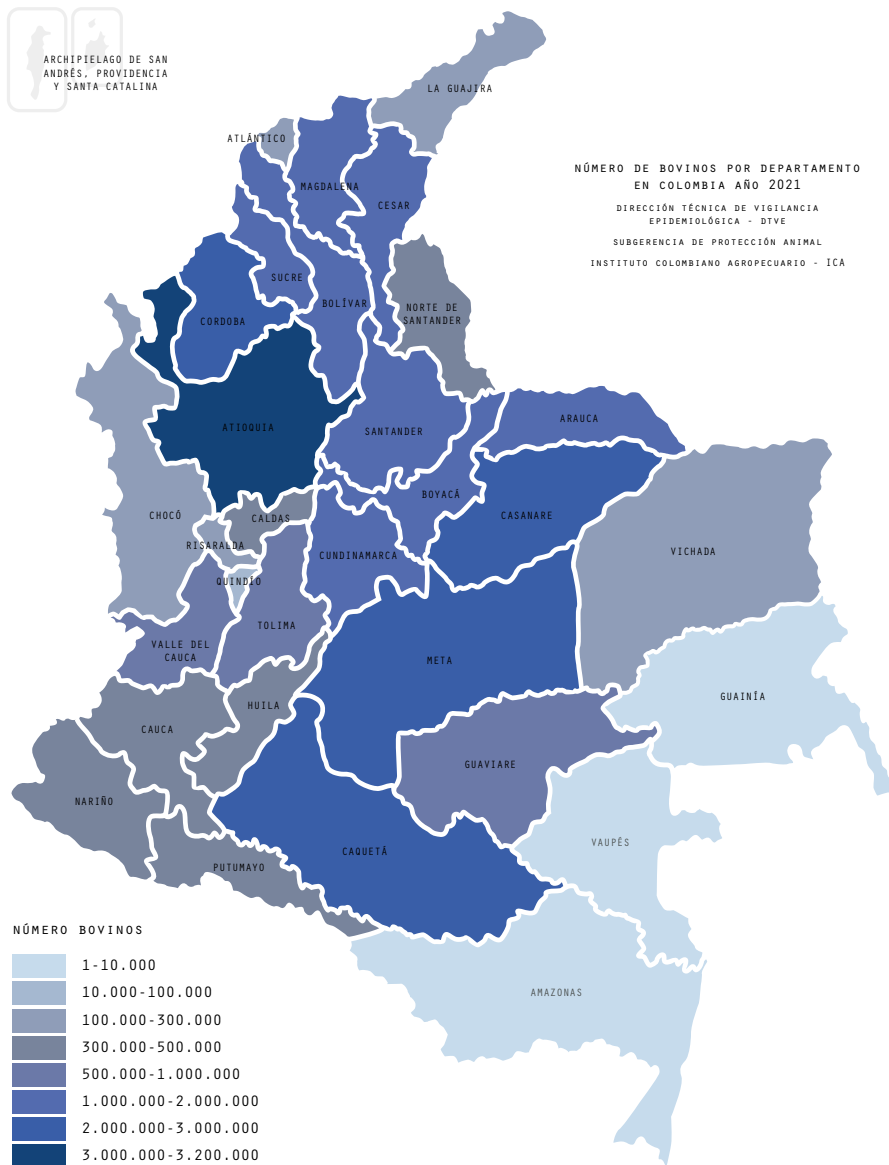
15 Este proceso de consolidación del gremio en pequeños productores está sustentado en la Unidad Agrícola Familiar (UAF). El artículo 38 de la Ley 160 de 1994, la definió como “la empresa básica de producción agrícola, pecuaria, acuícola o forestal cuya extensión, conforme a las condiciones agroecológicas de la zona y con tecnología adecuada, permite a la familia remunerar su trabajo y disponer de un excedente capitalizable que coadyuve a la formación de su patrimonio”.

aprovechamiento de las tierras haya traído bastantes dividendos y apoyos económicos por parte del Estado para las familias que ejercen esta actividad, especialmente en zonas de frontera agrícola, además de la conformación de representaciones culturales e identidades regionales vinculadas a la producción ganadera y al consumo de carne como, por ejemplo, la cultura cafetera (Bolívar y Flórez Malagón, 2005, pp. 176-177) o la identidad llanera (Baquero Nariño, 1990, p. 77).

Sin embargo, frente a este panorama de apoyos estatales, de conformación de diferentes asociaciones productivas y el avance de la actividad pecuaria, el sector ganadero se ha convertido en un blanco estratégico de los intereses económicos de diferentes grupos armados al margen de la ley interesados en ejercer un control territorial para aumentar sus ingresos económicos con actividades delictivas como la extorsión, el secuestro, el desplazamiento, el abigeato, la utilización de la tierra despojada para los cultivos de uso ilícito o la siembra de minas antipersonal (MAP) y municiones sin explotar (MUSE). Estos grupos armados han producido inestabilidad económica y social, además de afectaciones directas a los planes de vida de las personas vinculadas al sector ganadero y a sus familias.

Ante estos hechos nace Fundagán en el año 2007 como un espacio dentro de la Federación cuya intención es asumir la responsabilidad social del gremio y hacer visible la compleja situación de los ganaderos que han sido víctimas del conflicto armado en Colombia.

A continuación se hará un recuento sobre el tipo de victimizaciones sufridas por las personas pertenecientes a este gremio —y de manera específica por los aportantes de los diez relatos que se presentan en este libro— y cuáles han sido los daños individuales, familiares y colectivos que han enfrentado en el marco del conflicto armado.



Mapa 1. Número de bovinos por departamento en Colombia, 2021
 Fuente: ICA, 2021.

.....

VICTIMIZACIONES EJERCIDAS SOBRE EL SECTOR GANADERO

La historia del conflicto armado en Colombia no se puede entender sin tener en cuenta su vinculación directa con la historia económica del país y la lucha por la tierra en sus diferentes regiones. Esto, ligado a la falta de una reforma rural integral (CNMH, 2013b, p. 138), ha llevado a que personas de la sociedad civil, específicamente pequeños campesinos, decidieran invadir fincas, predios y latifundios que estaban en poder de grandes empresas tabacaleras, madereras, de ganadería extensiva y otros procesos agroindustriales, establecidas por las diferentes élites locales y regionales desde las primeras décadas del siglo XX, y que siguen existiendo en la actualidad (CNMH, 2010b, p. 64). Es así que la desigualdad estructural ha permitido que diferentes grupos armados hayan ejercido un control territorial por medio de las amenazas, el despojo, el desplazamiento, el secuestro y asesinatos selectivos en contra del sector agropecuario del país y en contra de los campesinos sin tierra (CNMH, 2010b, p. 38).

Los pequeños, medianos y grandes ganaderos fueron considerados objetivos directos del conflicto armado durante el siglo XX, pero entre las décadas de los setenta y de los noventa es cuando se recrudece el accionar bélico en contra de sus vidas y bienes. En ese momento las guerrillas buscaron aumentar su ingreso económico y ampliar su control territorial por medio de delitos como el secuestro, la extorsión y el abigeato en contra de este sector, con el pensamiento de que así reivindicaban derechos sociales frente a la denominada clase burguesa, entre la que se encuentran grandes propietarios de tierras rurales, específicamente en zonas de frontera agrícola como el Carare, en regiones como el Magdalena medio, el Urabá antioqueño y el caribe colombiano (CNMH, 2011, pp. 93 y

230; Rettberg y Landínez Acero, 2012, pp. 4 y 5; CNMH, 2013a, pp. 72-73 y 86; CNMH, 2014a, pp. 24 y 30.

Los delitos por parte de la guerrilla se unieron a las estrategias implementadas por los grupos paramilitares durante su auge en la década del dos mil y posteriormente a las dinámicas de guerra heredadas por personas desmovilizadas y rearmadas. Esta época se caracterizó por el aumento de los señalamientos y la estigmatización en contra de los administradores de fincas ganaderas, ganaderos y hacendados, señalados como colaboradores de la guerrilla, del Ejército o de los grupos paramilitares, aumentando así la cantidad de asesinatos selectivos en contra de este sector, las “vacunas” ganaderas, el despojo de sus tierras y el traspaso forzoso de ganado (CNMH, 2012a, p. 320; CNMH, 2012b, pp. 189 y 198; CNMH, 2014c, pp. 26, 307 y 337).

Con información de la base de datos suministrada por el Observatorio de DDHH y DIH de Fundagán, se han identificado 734 casos de delitos ejercidos en contra de personas vinculadas al sector ganadero¹⁶, de los cuales 410 corresponden a asesinatos selectivos, seguido de 264 casos de secuestro y cuatro casos de masacres. Según esto, más del 90% de los delitos en contra de los ganaderos se han relacionado con atentados contra la vida y la integridad física, emocional y, en menor medida, con daños materiales.

Pero en un ejercicio histórico de contrastación de fuentes con respecto a las víctimas del sector ganadero por tipo de hecho victimizante entre 1958 y 2022, en la base de datos del Observatorio de Memoria y Conflicto (OMC) del CNMH se identificaron por lo menos 2631 casos vinculados a las modalidades de violencia señalados anteriormente por Fundagán (véase Tabla 1).

16 Aunque en el libro *Acabar con el olvido* (2009) se menciona que existen por lo menos 3.293 víctimas identificadas en el nivel nacional vinculadas al sector ganadero, en esta introducción nos centraremos en los 734 casos caracterizados por el Observatorio de DDHH y DIH de Fundagán hasta el año 2020 y datos del OMC del CNMH hasta el año 2022.

Tabla 1.
Principales modalidades de violencia en contra del sector ganadero entre 1958 y 2022

MODALIDAD DE VIOLENCIA	NÚMERO ¹	NÚMERO ²
Acciones Bélicas (AB)	9	16
Asesinatos Selectivos (AS)	410	1308
Daños a Bienes Civiles (DB)	47	ND ³
Masacres (MA)	4	88
Secuestro (SE)	264	1219
Total	734	2631

¹ Fuente: Elaboración propia con base en datos del Observatorio DDHH y DIH de Fundagán, 2020.

² Fuente: Elaboración propia con base en datos del CNMH, Bases de datos, Observatorio de Memoria y Conflicto, fecha de corte: 30/04/2022.

³ Sin información en el CNMH.

A estas cifras se suman 186 casos de desaparición forzada, siete casos de violencia sexual¹⁷, una víctima de minas, una víctima de atentado terrorista y una víctima de ataques a poblados, lo que aumenta la cifra a 2.827 víctimas del conflicto armado colombiano vinculadas al sector ganadero, teniendo un aumento de delitos en contra de este sector entre 1989 y 2004, en el marco de las confrontaciones entre grupos paramilitares¹⁸ y grupos guerrilleros¹⁹ en diferentes zonas pro-

¹⁷ Seis de estos siete casos de violencia sexual ejercida sobre hombres pertenecientes al sector ganadero fueron atribuidos a grupos paramilitares y un caso a un grupo desconocido. Estos hechos sucedieron en los departamentos de Antioquia, Arauca, Bolívar, Bogotá D. C., Meta y Santander entre 1993 y 2002 (CNMH, 2022).

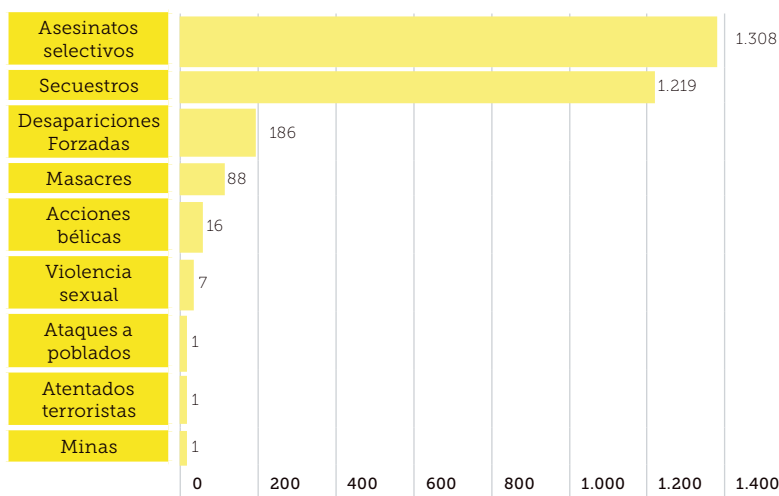
¹⁸ Según el Observatorio de Memoria y Conflicto (OMC), la categoría de grupo paramilitar se divide en: Autodefensas Unidas de Colombia (AUC), Autodefensas Campesinas de Córdoba y Urabá (ACCU), Autodefensas Campesinas del Casanare (Buitragueños), Muerte a Secuestradores (MAS) y No Identificado.

¹⁹ Según el Observatorio de Memoria y Conflicto (OMC), la categoría de guerrilla se divide en: Disidencia ELN, Disidencia EPL, Disidencia FARC, Otra disidencia, ELN, EPL, FARC, ELN y M-19.

ductivas del país (CNMH, 2022). Los delitos de asesinato selectivo y secuestro son los más representativos en los casos identificados por los dos observatorios (véase Gráfico 1). Estos hechos victimizantes también aparecen narrados en los diez relatos presentados en este libro.

Gráfico 1.

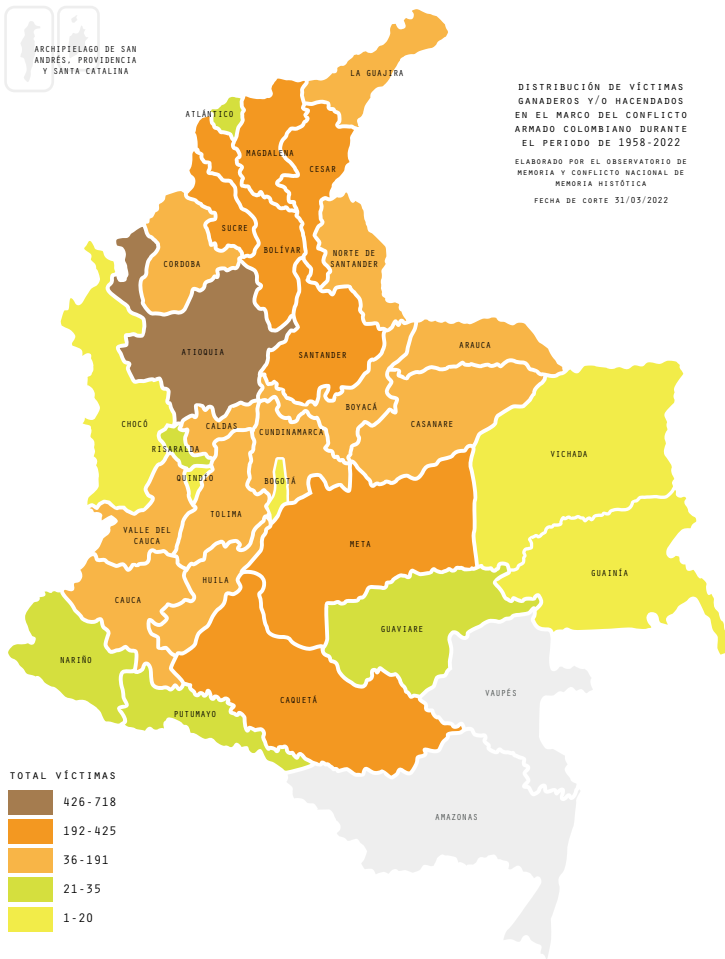
Víctimas ganaderas por tipo de hecho victimizante 1958-2022



Fuente: CNMH, Bases de datos, Observatorio de Memoria y Conflicto, fecha de corte: 30/04/2022.

Entre 1958 y 2022 se reportaron 1219 casos de ganaderos o hacendados secuestrados: 41 mujeres, una persona sin información sobre su género y 1177 hombres. Estos secuestros fueron realizados en su mayoría en los departamentos de Antioquia (169 casos reportados), Cesar (125), Sucre con (107), Santander (71), Casanare (64) y Meta (60). De este hecho, en catorce ocasiones los ganaderos fueron desaparecidos en cautiverio, once continúan secuestrados, 489 fueron liberados (por pago, fuga u otros), 113 murieron en cautiverio y de 592 no se conoce su situación actual (CNMH, 2022).

También entre 1958 y 2022 se presentaron 1308 víctimas de asesinato selectivo vinculadas al sector ganadero: 1275 hombres y 33 mujeres. Los departamentos que más casos reportaron fueron los de Antioquia (251 asesinatos), Santander (109), Magdalena (108), Cesar (92), Córdoba (91), Caquetá (67), Meta (57), Casanare (50), Sucre (48) y Arauca.



Mapa 2. Víctimas ganaderas y/o hacendados entre 1958-2022

Fuente: CNMH, Bases de datos, Observatorio de Memoria y Conflicto, fecha de corte: 31/04/2022.

En el Mapa 2 se puede evidenciar que los gremios ganaderos más afectados por el conflicto armado han sido los de los departamentos de Antioquia, Casanare, Caquetá, Cesar, Córdoba, Magdalena, Meta, Santander y Sucre. Los casos de hechos victimizantes contra los ganaderos de estos departamentos van desde 113 (en el caso de Casanare) hasta 475 (en el caso de Antioquia).

Aunque existe un subregistro en las bases de datos consultadas con respecto a los delitos de extorsión (como la “vacuna”²⁰), amenazas, despojo, abandono forzado de tierras, abigeato, expropiación de ganado, uso indebido de las tierras para la siembra de minas antipersonas y desplazamiento forzado ejercidos sobre los ganaderos colombianos, en los relatos de este libro aparecen casi siempre como el preámbulo para los secuestros y asesinatos selectivos.

En el caso del relato “Cómo fuera la vida”, la coautora y protagonista afirmó que tanto paramilitares como guerrilleros le pedían colaboración e información a su esposo: “Uno no quería relacionarse con ellos, pero por obligación uno tenía que hacerlo. Esa gente le pide a uno un favor y si uno no lo hace entonces ¿qué van a pensar? Uno en esa situación se siente humillado”.

Con respecto a los presuntos victimarios, en la Tabla 2 se evidencia cómo el sector ganadero ha sido víctima de los diferentes grupos armados al margen de la ley que han ejercido sus acciones bélicas en contra de la sociedad civil en el marco del conflicto armado.

20 “Los estimativos sobre los ingresos de las FARC relacionados con la droga no existen sino para comienzos de los noventa y presentan notables diferencias en las cifras calculadas, aun a pesar de que estas provienen de una misma fuente. Así, una cifra gubernamental indicaba que entre 1993 y 1994 esta guerrilla percibía anualmente entre 20 y 30 millones de dólares por estos conceptos, mientras otra estimaba que alcanzaban los 78,3 millones de dólares anuales. Por debajo de los ingresos de coca y amapola, estaban los provenientes del secuestro, el cobro mensual de la “vacuna ganadera [impuesto por cada cabeza de ganado]”, CNMH, 2014a, p. 146.

Tabla 2

Presuntos responsables de los hechos victimizantes contra el sector ganadero

PRESUNTO RESPONSABLE	CASOS (FUNDAGÁN)¹	CASOS (CNMH)²
Agente del Estado	2	41
Bandolerismo	1	53
Desconocido	2	123
Grupo Armado No Dirimido-Otros	4	21
Grupo Armado no identificado	5	220
Grupo Paramilitar ²¹	184	683
Grupo Posdesmovilización	27	38
Guerrilla ²²	509	1663
Total	734	2843³

1 Fuente: Elaboración propia con base en datos del Observatorio de DDHH y DIH de Fundagán, 2020.

2 Fuente: Elaboración propia con base en datos del CNMH, Bases de datos, Observatorio de Memoria y Conflicto, fecha de corte: 30/04/2022.

3 *El total de víctimas ganaderas es de 2.827. El total puede no coincidir con la sumatoria de víctimas por presunto responsable dado que hay víctimas que pueden tener más de un presunto responsable.

De la anterior tabla, y teniendo en cuenta los datos suministrados por el Observatorio de Memoria y Conflicto del CNMH, se puede afirmar que el 58% de los presuntos responsables de los hechos vic-

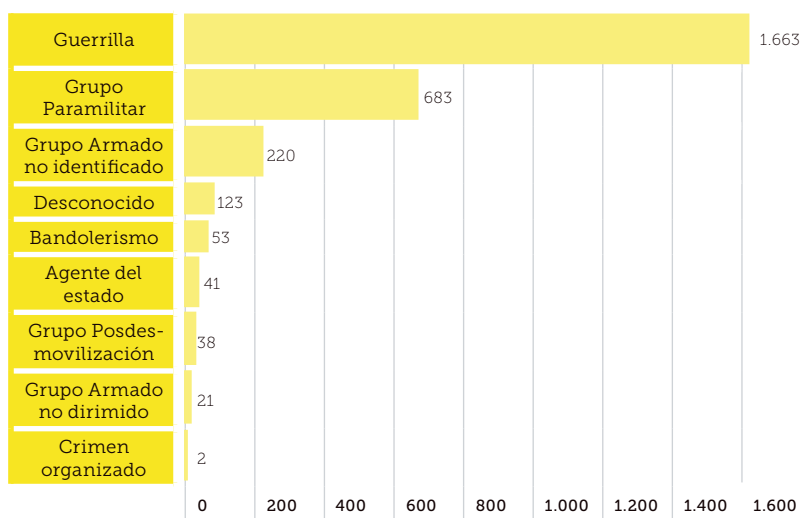
21 Según el Observatorio de Memoria y Conflicto (OMC), la categoría de Grupo Paramilitar se divide en: Autodefensas Unidas de Colombia (AUC), Autodefensas Campesinas de Córdoba y Urabá (ACCU), Autodefensas Campesinas del Casanare (Buitragueños), Muerte a Secuestradores (MAS) y No identificado.

22 Según el Observatorio de Memoria y Conflicto (OMC), la categoría de Guerrilla se divide en: Disidencia ELN, Disidencia EPL, Disidencia FARC, Otra disidencia, ELN, EPL, FARC, ELN y M-19.

timizantes corresponde a los diversos grupos de guerrilla, seguidos por los grupos paramilitares (24%), grupos armados no identificados (8%) y un 4% de casos cuyos responsables se desconocen. Los menores responsables, que aparecen casi como excepciones, corresponden a agentes del Estado, grupos posdesmovilización, grupos armados no dirimidos y a bandolerismo. En *Acabar con el Olvido*, Fundagán señala que si bien los grupos paramilitares y la delincuencia organizada han ocasionado daños al gremio ganadero, “sus principales victimarios han sido las FARC y el ELN” (2009, p. 28).

Gráfico 2.

Víctimas ganaderas por presunto responsable 1958-2022



Fuente: CNMH, Bases de datos, Observatorio de Memoria y Conflicto, fecha de corte: 30/04/2022.

Según los datos del Observatorio de Memoria y Conflicto del CNMH el 87% de los secuestros contra ganaderos son adjudicados a las guerrillas. Con respecto a los asesinatos selectivos, el 39% fue adjudicado a las guerrillas mientras que el 35% fue ejecutado por grupos paramilitares. Por otro lado, el 52% de los casos de desaparición

forzada contra ganaderos están adjudicados a grupos paramilitares, frente a un 19% conferido a grupos guerrilleros (CNMH, 2022).

Además, se evidencia en los relatos que en ocasiones fue difícil para las víctimas determinar quiénes eran los grupos armados que los amenazaban y atacaban. Esto dependía de si los individuos armados que hacían presencia en sus fincas y casas hacían pública su vinculación a grupos guerrilleros, grupos paramilitares o agentes del Estado.

Por ejemplo, en el relato “Ahí está mi tierra” se afirma que los militares “empezaron a hacer cuanta pregunta podían: que si la guerrilla estaba por ahí, que si los paracos andaban por allá. Como ellos andaban vestidos todos con la misma vaina, uno no sabía ni quién era quién”. Otros, en cambio, aparecían con diferentes distintivos. En el relato “El ejemplo de don Melco” se menciona que varios integrantes de las AUC portaban brazaletes cuando llegaron a la finca para confiscarla, finca que actualmente está en Restitución de Tierras.

.....

DAÑOS OCASIONADOS A LOS GANADEROS

Como se mencionó anteriormente, los asesinatos selectivos y el secuestro son los delitos que han tenido mayor incidencia sobre el sector ganadero. Teniendo en cuenta este marco de delitos se puede afirmar que estos afectaron la vida de las personas victimizadas, quedando truncados sus proyectos individuales, familiares y hasta los comunitarios (CNMH, 2014b, pp. 22-25).

Los daños más importantes identificados por los participantes en los diez relatos de este libro son el asesinato de sus seres queridos, la ruptura del tejido social causado por el desplazamiento forzado a otros territorios, las secuelas psicológicas de los hechos violentos, daño material y afectaciones económicas derivadas del

secuestro de ganado, la extorsión y las vacunas. Todo esto sumado a la percepción del abandono estatal y la carencia de apoyo después de los hechos victimizantes.

En el relato sobre José Raimundo Sojo, su hijo menciona que su familia no quería que la muerte de su papá se volviera un tema político, pero reclama que: “El Estado se olvidó de mi papá y nosotros nos olvidamos del Estado”, y que el apoyo y reconocimiento lo encontraron por parte del sector ganadero. En este punto, en el relato sobre el exdirector de Fedegán, quien fue asesinado en 1995, son evidentes los daños políticos causados a este sector.

En otros casos las afectaciones se sintieron en la salud de los ganaderos. Por ejemplo, David Sogamoso Leyton se sintió muy afectado al tener que vivir en la ciudad, dice que estuvo “casi loco”, que perdió la memoria y se enfermó, y que además perdió una de sus piernas por la diabetes: “Me dio muy duro tener que dejar todo botado: motor, chalana, todo. Fue un cambio muy difícil para mí”.

También se evidenció, como dimensión del daño colectivo vinculado al buen nombre y a la moral, la estigmatización hacia las personas pertenecientes a este sector, a quienes se señalaba como presuntos colaboradores de la guerrilla, del Ejército o, en otros casos, como colaboradores de grupos paramilitares, lo que generó lesiones físicas y mentales (CNMH, 2012a, p. 135). Esta estigmatización no solo partió de la sociedad civil y otros sectores de opinión, sino que provino también del Estado colombiano. El ganadero León Jaime Restrepo conserva en su cuerpo las esquirlas del atentado sufrido en Urabá y todavía tiene pesadillas y secuelas psicológicas que han afectado su vida familiar y su paz interior. Él asevera en su relato que “pese al miedo, las amenazas y los riesgos” ha intentado seguir adelante, aunque sabe que por su postura política puede sufrir consecuencias graves y ha pensado irse del país.

En algunos de los relatos presentados en este libro, el acercamiento de los diferentes grupos armados hacia los ganaderos partía de la presunción de su apoyo directo a los enemigos de los primeros que pasaban por sus territorios. De esta manera, el ganadero autor del relato “Ahí está mi tierra” tuvo que dar cuenta de lo que sabía sobre el paso de grupos armados por su finca a integrantes de la guerrilla, paramilitares y del Ejército. En cada ocasión les decía: “Yo voy todos los días al pueblo y vengo todos los días a trabajar. Yo no soy guerrillero, yo no soy paraco, yo no soy soldado, yo vengo a buscar el sustento para mi familia, yo no sé”.

Me preguntaron: “¿Usted sí sabe que la guerrilla está por allá?”. ¿Por qué me preguntaba eso el Ejército? Porque pensaban que uno era colaborador. Ahí en seguida algún sapo podía decir: “Sí, llegaron allá donde el señor este, por ahí pasa la guerrilla y él les trae compras”. A los que señalaban así era a los que luego llegaban y, ¡pan, pan!, los mataban ahí en la finca o les quemaban el rancho, los mataban los unos por colaborarle a los otros o viceversa. A mí a veces el Ejército me decía que les hiciera favores y yo decía: “No, yo no puedo, no puedo. Si ustedes me consideran a mí, sálvenme, porque si la guerrilla sabe que yo les estoy comprando a ustedes, en seguida me matan. Ustedes saben que ya por ahí están quemando ranchos, que ya están matando”.

En el tema del daño individual, muchas de las acciones bélicas en contra de los ganaderos no distinguían entre trabajadores pecuarios, administradores, cuidadores y hacendados. Este fue el caso del secuestro y de los asesinatos selectivos (CNMH, 2013a, pp. 87 y 210; CNMH, 2022). Una gran parte de los ganaderos, en menor o mayor medida, sufrió afectaciones a su integridad personal. El ganadero Orlando Plazas fue secuestrado en dos oportunidades por la guerrilla de las FARC: la primera vez fue entre 1985 y 1986 —en esta ocasión pasó cinco meses secuestrado—, y luego entre 1994 y 1995, antes de ser asesinado por integrantes de

dicha guerrilla (relato “El último ganadero que quedó en Urabá en la década de los noventa”).

En el relato “El ejemplo de don Melco” se evidencia el caso del robo constante de cabezas de ganado por parte de la guerrilla, con argumentos vinculados a la necesidad de complementar su dieta, afirmando que lo merecían por defender el territorio y, por otro lado, la insistencia de pedir vacunas a los trabajadores y quitar pedazos de tierra a los dueños de las fincas para sembrar comida para los combatientes y sembrar coca. Así, a costa del esfuerzo de este ganadero, muchos guerrilleros siguieron lucrándose de este sistema económico ilícito. De esta manera, se constatan varias afectaciones alrededor del daño material y patrimonial, específicamente en la disminución de los bienes, lucro cesante, costos y gastos sufridos y asumidos por este gremio, los cuales surgieron a partir de una estrategia guerrillera enfocada “en la desmoralización de los terratenientes, los finqueros y los empresarios mediante la afectación de sus bienes, que son tenidos como símbolos de poder y estatus del orden que los armados intentan subvertir” (CNMH, 2013c, p. 40).

El daño inmaterial, el que se refiere a las afectaciones sobre la dimensión humana, se sintió en muchos proyectos de vida (CNMH, 2014b, p. 18). “El último ganadero que quedó en Urabá en la década de los noventa”, relatado por el hijo de Orlando Plazas, cuenta que, después del asesinato de su papá, él no descansaba, tomaba mucho licor y estaba en contacto permanente con hechos violentos: “[Lo] manejaba como un desahogo para salir de la realidad, pues no teníamos un hogar. A mí me tocó desaprender y ser sensible. No era porque no sufriera, uno sufre, lo que pasa es que no me salía el sufrimiento”.

La coautora y protagonista del relato “Cómo fuera la vida” comenta que el sueño de formalizar su relación quedó truncado por el asesinato de su esposo: “Con lo que sucedió, a uno la vida le

cambia cien por ciento. Yo tengo secuelas de lo que le sucedió a él, de lo que me tocó vivir, de lo que tuve que ver”. Y a pesar de recibir reparación monetaria por parte del Estado colombiano dice que le gustaría que realizaran una reparación integral para evitar que esto les suceda a otras familias en el país.

Todavía continúan los hechos victimizantes en contra del sector. Las amenazas han sido constantes en departamentos con vocación ganadera como Córdoba, y ejemplo de esto es el final del relato “La gente murmuraba”, donde el coautor y protagonista menciona que ha sido objeto de amenazas y extorsiones a lo largo de los años por parte de grupos guerrilleros, grupos paramilitares y delincuencia común y asegura que “en la zona sigue habiendo presencia de grupos armados que cobran vacunas por las hectáreas de arroz”. Él tomó la decisión de no seguir sembrando para evitar problemas en caso de tener una cosecha que no le genere los dividendos suficientes para sostener las extorsiones. Ahora se dedica a vigilar que el ganado de su vecino no se coma los pastos de su finca.

•••••

MECANISMOS DE AFRONTAMIENTO Y PRÁCTICAS DE RESISTENCIA

Teniendo en cuenta estas afectaciones, las personas que participan con sus testimonios en este libro son pequeños, medianos y grandes ganaderos en el país, con economías diferentes, distintas tenencias de tierra y ganado, sectorizados en actividades gremiales bajo una perspectiva regional, pero con un mismo propósito que es el de luchar y representar a los ganaderos que siguen invisibilizados tras cincuenta años de sufrimiento, miedo y dolor causados por los hechos victimizantes perpetrados por los principales actores del conflicto armado en el país.

Como afirma el hijo de Orlando Plazas, en general los ganaderos “eran muy unidos, porque cada uno tenía que sobrevivir. Se hacían amistades y el ganado se manejaba por buen nombre, por respeto y por seriedad en los pagos”. Esto da luces de la configuración de un sector ganadero que ha gestionado procesos de resiliencia. Las personas victimizadas y sus familiares han logrado construir, tras largos procesos individuales y colectivos, mecanismos de resistencia que involucran el perdón, la unión familiar y el activismo por la paz. Este es el caso presentado en el relato “Cada hombre es un universo”, en donde el hijo de José Raimundo Sojo expone que siguen creyendo que “el proceso de paz ha traído la oportunidad de conocer un poco las verdades —la verdad de muchos hechos de violencia que sucedieron en Colombia— y de hacer entre todos nosotros una catarsis”.

Algunos familiares de los ganaderos se han dedicado a estudiar para salir adelante —este fue el caso del hijo de Orlando Plazas y de la coautora y protagonista del relato “Cómo fuera la vida”— o en generar ingresos desde otros sectores productivos como las artesanías. Esto último sucedió con David Sogamoso, quien ahora está dedicado al tejido de chinchorros, saber artesanal que aprendió por medio de los programas dirigidos a los adultos de la tercera edad.

También muchos ganaderos en todo el territorio colombiano han apostado al turismo sostenible y a la conservación biológica (The Nature Conservancy, 2021a y 2021b). En el relato “Uno cree que todas las tierras son iguales, pero son muy distintas entre sí”, a pesar de sufrir la muerte de su padre a manos de paramilitares de la columna de Salvatore Mancuso, el coautor del relato decidió declarar una de las fincas que dejó su papá en el norte del departamento de Bolívar como reserva de la sociedad civil, para así mantener un bosque de doscientos años de antigüedad y aportar a la conservación ecológica del país. Por otro lado, el autor del relato “Solo Dios sabe” está dedicado actualmente a planificar una ruta turística hacia el Cerro de las

Tetas en el Guaviare al ver el potencial que ofrece el ecoturismo en zonas de gran biodiversidad, y también se dedica a la producción de alimentos orgánicos y a la reforestación de su finca.

Como sector productivo —y de manera específica con respecto a la exigibilidad del derecho a la justicia por parte de las víctimas que participaron en esta iniciativa y que hacen parte del gremio—, Fundagán ha establecido mecanismos y ha realizado tareas de apoyo jurídico a los procesos de las víctimas, como el seguimiento al estado de estos y la indagación sobre los casos que han sido archivados. Una de sus peticiones es acceder a las versiones de guerrilleros y paramilitares en el marco de la Ley de Justicia y Paz. En este sentido, desde la organización han considerado que dicha ley ha avanzado positivamente en el esclarecimiento de la verdad frente a delitos impunes, gracias a la confesión de victimarios y del acceso público y democrático de las víctimas al proceso.

Es así como, durante el año 2020, Fundagán solicitó el apoyo del Centro Nacional de Memoria Histórica para la elaboración de estos diez relatos de víctimas del conflicto armado vinculadas al sector ganadero. Teniendo en cuenta esta solicitud, se realizó el acompañamiento desde la Estrategia de Apoyo a Iniciativas de Memoria Histórica.

El objetivo principal de esta iniciativa es dignificar y visibilizar los relatos de vida de los ganaderos y las memorias que conservan sobre ellos sus familiares, y rechazar la estigmatización y señalamiento generalizado que ha existido sobre el gremio ganaderos.

Estas narraciones, desde voces diversas, delimitan un panorama de lo ocurrido. La idea es que estas mismas potencien los aprendizajes sobre la paz, mostrando las diferentes herramientas que han utilizado para sostenerse como individuos, como colectivos y como comunidad, y con ello reivindicar sus derechos a la verdad, la justicia, la reparación y la no repetición.

•
P E R F I L E S
•

Cada hombre es un universo

Ahí está mi tierra

Buscando el porvenir

Cómo fuera la vida

El ejemplo de don Melco

El último ganadero que quedó en Urabá
en la década de los noventa

La gente murmuraba

Pese al miedo, las amenazas y los riesgos

Solo Dios sabe

Uno cree que todas las tierras son iguales,
pero son muy distintas entre sí



"Raimundo Sojo". Fotografía de archivo para el CNMH de la familia Sojo Zambrano para el CNMH, 2022

•
Cada hombre
es un universo
•

Mi hermano Mauricio recuerda que un amigo de nuestro papá, que vivía en Usiacurí, Atlántico, le contó de sus años de juventud, de las travesuras que hacían de niños y cómo se la pasaban de arriba abajo en una moto conquistando a las chicas del barrio y jugando en la calle, entretenidos. Papá, Raimundo Sojo Zambrano, nació en la Barranquilla de 1930, una ciudad tranquila que parecía un pueblo, en el que todo el mundo se conocía. De esa ciudad él saldría hacia Bogotá a estudiar Derecho. Dejó la casa paterna y se costó sus estudios trabajando en uno de los dos grandes diarios del país; su familia no era adinerada. Cuando terminó la carrera, empezó a estudiar Economía y luego se devolvió a Barranquilla, donde arrancó su vida pública a muy temprana edad. Allí, estuvo en la Cámara de Comercio de Barranquilla, luego en el Concejo, y después fue el alcalde más joven de la ciudad. Con los años volvió a Bogotá. Estuvo en el Instituto de Seguros Sociales —del que fue presidente— y después empezó su vida gremial y política en la capital del país.

Nuestros papás se conocieron en el Ministerio de Desarrollo. Nuestra madre, Elsa Teresa Vázquez, era asistente del ministro, y cuenta que cuando se dio el cambio de jefe de la cartera le dijeron que el nuevo ministro se llamaba José Raimundo Sojo, de Barranquilla. Ella imaginó que llegaría un señor oyendo vallenatos, tomando ron y que pondría los pies encima del escritorio, y pensó: “¡No, qué horror, esto va a ser espantoso!”. Sin embargo, cuando conoció al nuevo ministro empezó a notar que era muy elegante, de buenas maneras, educado y con un conocimiento tremendo de lo que estaba haciendo.

Así, comenzó a admirarlo muchísimo. Con el tiempo, en un viaje él le mandó una postal diciéndole que todo estaba muy bien,

menos una cosa: él, porque ella no estaba cerca. Nuestra madre todavía guarda esa postal. Cuando papá volvió del viaje se propuso conquistarla, y lo hizo a punta de versos, de detalles: desde donde estuviera le mandaba una postal. Él era muy poético, entonces, las cartas que le mandaba a mi mamá eran divinas. La fue enamorando poco a poco y finalmente le propuso matrimonio.

Fruto del matrimonio con nuestra madre somos cuatro hermanos: José María, el mayor, luego está Raúl Alfredo, Mauricio y finalmente yo, María Teresa. Papá era muy apegado a Mauricio, pues él aprendió a leer muy chiquito y leía las enciclopedias ganaderas para tener tema de conversación. También leía el periódico y cuando papá llegaba le preguntaba sobre las noticias. Duraban horas hablando. Con los otros era alcahueta, era una relación de compinchería.

Esos son los recuerdos que tenemos de papá como hombre de familia: cariñoso, sencillo y serio. No era una persona interesada en las notas o en las tareas. Estaba siempre en su mundo, que giraba alrededor de los animales.

Mauricio recuerda que durante nuestra niñez la casa y la finca eran un verdadero zoológico. Nuestro padre era aficionado a las aves exóticas y llegó a tener una colección inmensa de canarios de todos los colores: los consentía, los cuidaba. Hacía parte del círculo de canaricultores de Colombia y lo invitaban a eventos y exposiciones. Incluso hacían concursos de canto de canarios. Cuando volvía de la finca en Anolaima, traía el carro cargado de nabo, una maleza cuyas semillitas son muy buen alimento para estos pájaros.

Ese amor sobrenatural por los animales que tenía papá viene de mi abuela paterna, Elena, a quien le gustaban mucho. Cuando vivían en Barranquilla, la casa tenía un solar lleno de aves. Entonces,

ella le enseñó a manipularlos, a manejarlos, a limpiarlos, a reproducirlos. Mi papá era fanático de lograr nuevas razas. Él vivía y respiraba por los animales. Dedicaba muchísimo tiempo a investigar y aprender sobre temas relacionados con ellos.



“Raimundo Sojo con sus palomas”. Fotografía de archivo para el CNMH de la familia Sojo Zambrano para el CNMH, 2022

También era capricultor; es decir, criaba cabras. Tenía galpones llenos de cabras de diferentes razas: alpinas, nubianas y hasta chivos criollos. Su entretenimiento era criarlas, y cuando estábamos

chiquitos nuestra mayor diversión era ir a los establos a darles leche en tetero a los chivitos pequeños.

Fue pionero en la cría de muchos animales, no solo en Colombia sino en Latinoamérica. Mi hermano Mauricio recuerda especialmente cuando le dio por criar burros:

Eran los burros más altos del mundo, una raza llamada catalán; los criaban en granjas en Estados Unidos, en Alabama o Texas. Cuando estábamos pequeños, ir al aeropuerto a presenciar la llegada de estos animales era todo un espectáculo para nosotros. Los burros más altos de Colombia eran su gran tesoro de exhibición, animales que podían medir un metro con ochenta, verdaderamente hermosos, de piel brillante y orejas gigantes. En particular, se sentía muy orgulloso de los reproductores, Jota Jota y Billy Boy. Cuando participaba en ferias como Agroexpo, llevaba sus burros y los mostraba sin ningún interés de ganar ningún premio ni nada, simplemente porque se sentía orgulloso de ser criador de burros catalanes.

Papá también tenía caballos de paso fino. Pero le parecieron muy aburridos, pues los caballos de paso fino, según la norma de la raza, tienen que ser de un solo color, entonces se propuso hacer cruces para obtener animales pintados: blanco y negro o blanco y rojo.

En los lagos de la finca metió tilapias y mojarras. Si veía un perro, entonces buscaba la raza particular que quería tener. Nosotros, sus hijos, siempre estuvimos rodeados de una cantidad inmensa de animales. Vivimos y crecimos en una granja que más bien parecía un zoológico. En algún momento, cuando estábamos pequeños, papá envió de regalo a la granja del colegio unas cabras. Esos eran los regalos que él hacía: animales, porque siempre intentó acercarnos a la afición por ellos. A mi hermano José María le regalaba cabras, a Raúl caballos y a Mauricio vacas. Cada uno de nosotros tenía sus propios animales y nos involucrábamos en la cría de estos.

Cierta vez papá apoyó a Mauricio en su idea de tener conejos; entonces le consiguió los mejores conejos, de las mejores razas — chinchilla y angora—, para que fundara su propia cría de conejos y le asignó un espacio en los galpones para que arrancara con su proyecto. Lo apoyó todo el tiempo hasta el punto de que llegó a tener una cría de cientos de conejos.

Papá nos pagaba para desmenuzar unos costales con los que le hacía los nidos a los pájaros. Mauricio, él y yo pasábamos horas cortando cuadritos de tela. Así nos enseñó a trabajar por las cosas: sentados los domingos en la tarde deshilachando costales de fique.

Papá solía compartir sus hobbies con sus amigos: las aves, las cabras, la música, la política... Para cada afición contaba con su grupo de amigos y compartía mucho tiempo con ellos. Era muy amiguelo.

Entre sus amigos recordamos a Alonso Restrepo. Con él compraba animales, hacía negocios con cabras y camuros. Otro era Jaime Angulo, de Barranquilla. Además, estaba el tío Álvaro, que era su confidente: a él le dijo cierta vez que sabía que lo iban a matar. Sé que mi papá tenía miedo, y por eso habló con mi tío.

Era melómano, además. Escuchaba boleros y ópera en la sala de la casa, donde estaba el tocadiscos. Se quedaba en la noche recostado en una silla escuchando sus discos o sus casetes de Pavarotti y Plácido Domingo. Pasaba horas pensando con música de fondo. Cuando íbamos a la finca los sábados, en el camino ponía sus casetes. En algún momento le dio por empezar a soltar sus propias melodías y sus propias letras. Papá escribía de una manera extraordinaria, tenía una prosa espectacular. Se notaba principalmente en sus discursos, pero también escribió muchas cosas para sí mismo.

TERESITA
Bolero

yoza Raimundo Sojo S. 1

1

2

VOZ

1

2

3

4

5

6

7

8

9

10

ALDENUSICA
Enrique Umalla Hernández
Call. Calle 10 No. 725/729

“Bolero compuesto por Raimundo Sojo para su esposa Teresa”. Fotografía de archivo para el CNMH de la familia Sojo Zambrano para el CNMH, 2022

Tenía un grupo de amigos a los que les gustaba también la música y ellos lo animaron en su aventura de grabar su propio casete de boleros románticos, apasionados:

Recordaba a su Caribe, porque nunca rompió las raíces con su Caribe del alma ni con su Barranquilla querida, era muy costeño a pesar de que Bogotá lo cachaquizó.

Sus canciones demostraban una sensibilidad tremenda, las cantaba desde el corazón y con muy buena voz, pero nunca tuvo ningún tipo de ambición más allá de dejar el registro de sus composiciones. Nosotros solemos recordar una muy linda, que decía: “*Mar, yo no te puedo olvidar...*”.

Él escribía en blocks de papel amarillo las letras de sus canciones y después se las leía o se las cantaba a mi mamá; y ella, con la guitarra, les ponía la música. Fueron cómplices en eso, y mi mamá le decía: “Cambia tal palabra porque no rima bien, o tal otra”; entonces, él la cambiaba. Muchos de sus boleros fueron a dos manos, porque mi mamá era como la correctora de estilo de mi papá. No sabemos cuántos boleros alcanzó a componer, pero sí que lo llenaban de orgullo y que mamá hizo todo para que sacara su música y para que fuera feliz haciéndola. Uno de los boleros más lindos que escribió se llama Teresita, por mi mamá. Es espectacular. Es la descripción completa de su amor y de su relación.

Fue un hombre muy disciplinado en su vida pública. Tenía una biblioteca enorme que debía tener seis mil o tal vez ocho mil volúmenes, libros de todas sus aficiones: clásicos de la literatura, de la filosofía, de la política, de la economía, libros de animales, de historia. Era un hombre que leía con un apetito realmente desenfrenado, comía libros. Tenía una velocidad para leer impresionante y

pasaba mucho tiempo inmerso en su estudio. A sus libros les hacía anotaciones a medida en que los leía para luego acudir a ellas si las necesitaba para algún discurso.

Era un hombre tremendamente culto y tenía un conocimiento de la realidad y de la actualidad nacional que en su momento no tuvo nadie más, especialmente en lo que tiene que ver con el campo. Le cabía el país en la cabeza. Tenía una capacidad de análisis y una capacidad de observación de los hechos impresionantes.

Fue, además, un hombre encantador. Desde joven llamaba la atención de las chicas de Barranquilla, era muy apuesto y era un contertulio que todo el mundo quería tener a su lado. No era gracioso, no contaba chistes, pero le fascinaban y se reía a verdaderas carcajadas. También era un hombre serio y muy bien puesto. Vivía en su papel de personaje público.

Le fascinaban los niños. A cada niño que llegaba a su lado inmediatamente le ponía un apodo, empezaba a hacerle gracias y al cabo de un tiempo ya lo tenía subido en sus piernas haciéndole caballito. Los niños terminaban adorándolo. Siempre fue así con nosotros, con los sobrinos, con los pequeños de la familia.

Papá fue presidente de Fedegán. Mauricio y yo solíamos acompañarlo en su trabajo. Cuando papá se sentaba en su escritorio a escribir, Mauricio se hacía a la pata del escritorio, acostado en el piso. Generalmente lo imitaba garabateando en libretas y escribía cuentos que luego le mostraba para que los leyera, comentara y corrigiera. Recuerdo que cuando yo lo acompañaba a la Federación Colombiana de Ganaderos me pagaba por sacarles punta a los lápices de toda la oficina y me compraba grandes perros calientes.

Ese fue uno de los momentos en los que más pudimos disfrutar con nuestro padre. Luego, cuando fue senador, estuvo muy inmerso en la legislatura, entonces teníamos otro tipo de relación, porque

no paraba de trabajar: llegaba a la casa e iba directamente a su estudio a redactar ponencias y discursos.

Fue senador de la República por el Partido Liberal en los primeros años de los noventa y fue ponente de la Ley Agraria en noviembre de 1993. Llegó al Senado porque era muy directo, claro y conciso, y le hablaba al que le tenía que hablar: al ganadero, al campesino y al agricultor. Buscaba protegerlos. Tenía esa cualidad: defendía al ganadero, al campesino y al agricultor con sus discursos, con sus leyes, con todo lo que hacía; convencía con argumentos y con las promesas que hacía y cumplía.

En ese tiempo el país estaba patas arriba y había violencia por todas partes. En nuestra familia nos angustiaba pensar en nuestro padre y su papel como líder en un momento en el que mataban figuras políticas. Ese fue el inicio de la zozobra. Su asesinato estaba advertido, ya le habían hecho varios atentados de los que se salvó, se sabía que algo estaban tramando contra él. Nuestro padre nos alejó de todos estos peligros y nos mantuvo al margen. Hubo muchas cosas de las que vinimos a enterarnos después.

Su bandera en el Congreso y en su rol de líder político y gremial era traer seguridad y prosperidad al campo. Quería que Colombia pudiera tener un campo productivo y un sector agrícola competitivo, moderno, pero al mismo tiempo tenía que luchar con la realidad, que era una violencia desmesurada en las zonas campesinas. Gran parte de su labor se centró en lograr que los campesinos tuvieran una mejor vida, mejores ingresos, negocios, cosechas, hatos y, al mismo tiempo, que no tuvieran que estar defendiéndose y enfrentándose a la inseguridad del campo.

Jamás lo vimos con escoltas. Creemos que un poco por temor de perder la libertad de meterse caminando a sus potreros a meditar, pero también un poco por abandono por parte del Gobierno, que, sabiendo que era una persona que corría un peligro altísimo, nunca le prestó la suficiente atención.

Una vez estábamos todos en la casa viendo el noticiero, porque ese era el plan de familia, y salió que habían atrapado a un emisario de la guerrilla, y presentaron la noticia con una foto que le habían confiscado. Cuando la vimos, todos dijimos: “¡Esa es nuestra finca!”. Dijeron que era un nuevo objetivo de la guerrilla. Él pidió ayuda al Gobierno, pero no hicieron nada. Nos dieron una charla de seguridad, nos dijeron que no podíamos tomar las mismas rutas todos los días y cosas así.

Cuando mataron a mi papá yo tenía doce años y era la menor de la familia. El día de su muerte yo estaba con él. Lo que se comentó en las noticias fue que la guerrilla tenía la intención de secuestrarlo para hacerle un juicio político en el monte. Eso significaba matarlo en el monte.

De los responsables no sabemos mucho. Eso se le atribuyó a alias el Mono Jojoy. Seguramente capturaron a algunas personas, otras ya murieron, y esa parte de la historia se ha perdido. Nunca vimos ninguna intención por parte de los gobiernos sucesivos de llegar a una verdad sobre el caso de mi papá. Nunca supimos que se estuviera haciendo algo para encontrar verdad o perdón. El perdón nosotros lo hemos venido haciendo solos durante estos veinticinco años.

Sentimos rencor muchos años y cada uno ha llevado su proceso de duelo de diferentes formas. En mi camino personal destaco lo que pasó durante el proceso de paz. Una vez mi hijo me preguntó: “¿Por qué hay gente que no quiere la paz?”, y yo me quedé pensando: “Tiene toda la razón, hay gente que no quiere la paz. Hay gente que prefiere que nos matemos y que los muchachos campesinos vayan al monte con un arma que ni siquiera saben manejar”.

Así como yo vi morir a mi papá y es algo que tengo hace veinticinco años clavado en la memoria, así como yo crecí sin mi papá, mi hijo también puede crecer sin alguien de nosotros o puede ser él quien tenga que ir a una guerra que no escogió. Cuando comencé a ver

que yo era mamá en un país tan violento como este, ahí fue cuando dije: “No, un momentico. Si yo como persona, como víctima, sigo llenándome de odio, sigo celebrando las muertes de otros, me estoy haciendo daño a mí misma”. Cuando entendí eso y cuando vi que mi hijo podía ser víctima o podía ser victimario, dije: “No más”.



“Raimundo Sojo”.
Fotografía de archivo para el CNMH de la familia Sojo Zambrano para el CNMH, 2022

Mi hermano Mauricio ha transitado también el duelo y la pérdida de mi padre desde sus propias perspectivas sobre este proceso:

Pese a este hecho tan doloroso y tan dramático, nosotros como familia seguimos haciendo nuestras vidas y dejando un poco de lado las motivaciones y las explicaciones sobre los hechos que tuvimos que vivir. Nos fuimos apartando de todas las historias de guerra y muerte, y de la política colombiana. Fuimos rehaciendo nuestras vidas como familia. Ha sido un camino muy difícil y doloroso porque después de la muerte de nuestro padre nosotros quedamos desprotegidos y atemorizados. Mis hermanos se fueron del país e hicieron su vida lejos en gran parte por la zozobra que les causaba la situación de violencia en Colombia. Creemos que el proceso de paz ha traído la oportunidad de conocer un poco las verdades —la verdad de muchos hechos de violencia que sucedieron en Colombia— y de hacer entre todos nosotros una catarsis. Pero nunca tuvimos ningún interés en hacer de esto un tema político. El Estado se olvidó de nuestro papá y nosotros nos olvidamos del Estado.

Sabemos que mi papá fue un hombre muy importante para la ganadería y para la agricultura en Colombia, y por eso el gremio ganadero ha reconocido y preservado su memoria. Le han hecho homenajes: está el Día del Ganadero, el Premio José Raimundo Sojo y otros honores que son lo mínimo que merece la memoria de una persona tan importante como él.

El único recurso que tuvimos nosotros, y que es el único que también tuvieron muchas familias colombianas víctimas de la violencia, fue el propio amor familiar. Nada más. Nosotros nos agrupamos, nos cobijamos, tuvimos momentos muy difíciles que pasamos juntos. Pudimos superar el dolor y el temor juntos, siempre alrededor de mi mamá como una persona que nos reunió y nos supo aglutinar como si fuera una pata cuidando a sus paticos. Eso fue lo que nos permitió salir adelante y sobrevivir a este hecho. El amor de familia es el mejor homenaje que podíamos hacerle a la memoria de mi papá: mantenernos unidos, fuertes y recordándolo de la mejor manera posible.

Somos una familia católica y durante mucho tiempo hemos recordado a mi papá en su aniversario de muerte y en su cumpleaños. Hemos hecho misas y hemos tenido momentos de conversación íntima para recordarlo.

Todos nosotros lo traemos a la memoria de una forma muy cariñosa, con una reverencia gigante, y eso es lo que ha permitido que con el paso de los años él no muera. Murió el señor público, murió el político y murió un líder gremial, pero para nosotros no ha muerto y no morirá porque sigue presente en nuestros pensamientos a diario.

Yo recuerdo mucho la última conversación que tuve con mi papá un par de días antes de que lo mataran. Algún problema tenía yo, entonces se lo compartí, y el consejo que me dio me ha acompañado toda la vida. Me dijo que tenía que entender a las personas: "Cada hombre es un universo". Y esa ha sido la máxima que yo he llevado en mi vida, y de esa manera he construido mis relaciones personales, tratando de entender a los demás, porque cada persona es un universo.



“Coautor de este perfil con sus elementos de trabajo diario”.
Fotografía para el CNMH de Isis Restrepo Bulla, 2021

•
A h í e s t á m i t i e r r a
•

Cuando yo era chiquito quería ser grande. Yo quería ser grande para trabajar, y nunca se me vino a la mente ser un profesional porque no sabía leer. De pronto si yo hubiera sabido leer a mí se me hubiera venido a la mente ser un profesional, ser un profesor. Pero como nunca estudié, nunca se me vino a la mente eso. Toda mi vida fue trabajar y tener algo: algo para más adelante sostenerme y sostener a mi familia, para no ser dependiente de otro sino de mí mismo. Y gracias a Dios que me dio ese don y es lo que tengo, porque hasta el momento yo mismo soy el que me manejo. Soy independiente de todo y he sabido trabajar. Inclusive, con toda la violencia, he sabido sobrevivir.

El día en que me quedo en mi casa es que estoy enfermo, pero mientras no, siempre me voy para el monte porque me siento bien allá. Y el tiempo que paso aquí en la casa es por un problema que tengo de salud, pero no es porque quiera andar en mala vaina. El día que me quedo aquí mantengo aburrido, porque toda mi vida ha sido en la finca. Me siento contento y tranquilo allá en el monte. Yo me voy a morir cansado. No muchos saben lo que son cincuenta años de trabajo: subiendo lomas, haciendo vueltas, desmontando, picando, quemando. Eso es grande.

Mi papá fue una persona que nunca tuvo finca. Él nunca tuvo nada de reses, de mulos, pero él sí era un propio campesino. De todos los hermanos míos, el único que ha sido campesino como mi papá he sido yo. A los otros les gusta sembrar su matica de bastimento, pero no se han consagrado a la agricultura, no es que sean campesinos así como yo, que estoy siempre ahí en los montes.

Yo arriendo tierra por ahí para sembrar, entonces ellos se pegan a donde estoy y siembran sus maticas para tener su comida; pero ellos no siembran cantidades como sembraba yo, que sí he sembrado bas-

tante porque, ajá, toda la vida me ha gustado cultivar. Lo que más me ha gustado sembrar ha sido ñame espino, también la yuca, el maíz y el ají. Son unos cultivos que uno los siembra y al poquito, en nada, uno está recibiendo la platica para el sustento de la familia.

Cuando estaba con mi papá, él siempre me decía: “Mijo, vamos a sembrarnos un cayo de arroz”, porque él era muy fanático del arroz. Y cómo no, yo le colaboraba, le decía: “Papi, vamos a sembrar”. A lo que él falleció, ya yo más nunca sembré arroz.

El problema del arroz es que uno tiene que pilarlo y no hay tiempo; no es como usted ir a la tienda y comprarse dos libras. Pero nosotros sembrábamos bastante. Nosotros nos demorábamos todo el año comiendo arroz nuevo, pero era un arroz sabroso porque era un arroz hecho por uno mismo.

A mí me tuvieron en el monte, en una finca llamada Orjuela. A mi mamá se le perdió la cuenta. Cuando ella quería que mi papá la sacara para el pueblo, él le dijo: “La otra semana vamos”. Pero los cogió el parto en el monte y a él le tocó partearme a mí. Cuando se dio cuenta, ya yo estaba naciendo y a él le tocó atenderla y mocharme el ombligo.

Esa finca quedaba en Botijuela, aquí en San Juan Nepomuceno. Mi papá era trabajador de ahí. El dueño se apodaba señor “Mano Peluda”.

Nosotros vivimos siempre en el monte, criados con comida preparada en fogón de leña. Todos esos olores uno los recuerda; por ejemplo, el olor de la creciente, que son las aguas nuevas de los arroyos después de llover. Uno los recuerda porque uno los conoce de siempre.

Fuimos siete hermanos y toditos somos unidos. Donde algo le pasa a uno, ahí está el otro ayudándolo y aconsejándolo.

Yo no tuve niñez de andar jugando, de andar recochando. Mi niñez fue en el monte trabajando. Más o menos desde los cuatro años, cuando ya medio caminaba, yo andaba con mi tío, trabajando. Él me mandaba por ahí de cuatro o cinco años desde Botijuela a San Juan con dos burros cargados de mangos, guineos, plátano, mamey, de todo. A veces se me caían en el camino y tenía que esperar a alguno que viniera para que me ayudara a descargarlos porque yo no podía. Un pelado de cinco años no tiene la fuerza para cargar un burro que viene con una carga más o menos de doscientas libras. Era un trayecto largo, prácticamente se está tirando uno como dos horas de aquí de San Juan hasta allá donde estaba la finca esa.

Mi tío me mandaba para ver si podía conocer de monte. Hoy en día yo a un hijo mío no lo mando a que vaya a la finca solo. El peladito que tengo tiene catorce años; a veces me lo llevo para la finca y a veces lo mando en un animal y vengo asustado porque hay muchas vainas: puede llegar alguno y le puede hacer un daño.

Cuando yo tenía doce años, mis papás salieron de esa finca y se vinieron para San Juan. Mi mamá atacó a mi papá, le dijo: “Vamos para San Juan que a estos pelados hay que ponerlos en el colegio. Estos pelados se están criando brutos y tú aquí en el monte”. Y fue ahí cuando ellos salieron del monte y pensaron en ponernos a estudiar.

A mi estudiar ya me daba pena en ese momento. No me gustaba la idea de comenzar un kínder a donde iba un peladito de tres o cuatro años y yo con doce. Ya yo me sentía un hombre, con ganas de trabajar y de ayudar a mi familia. Por eso no fui al colegio, me dediqué a trabajar para ayudarles a mis papás.

Por ahí de veintitrés años fue que yo me empecé a alejar de mis papás. Sin embargo, yo nunca dejé de corresponderles todo lo que me dieron.



“Retrato familiar en la casa que construyó el coautor de este relato”.
Fotografía para el CNMH de Isis Restrepo Bulla, 2021

Primero me fui con el esposo de una prima que estaba trabajando en una finca y necesitaba a un compañero. Por allá me conseguí una muchacha y tuve una niñita, pero no hicimos buena vida. Luego me fui para Venezuela, pero no me sentí muy bien porque estaba lejos de mi familia, entonces me vine y empecé a trabajar otra vez en agricultura, empecé a sembrar mis cosechitas solo.

Cuando cumplí veintiséis años pensé en organizarme y fue cuando me enamoré de mi esposa. Teníamos nueve meses de amores cuando la mamá de ella me dijo: “Ya ustedes están buenos para que le vean el bigote al cura. Ya está bueno”. Como yo pensaba también en casarme con ella, enseguida le dije: “Bueno, vamos a casarnos. Si tú dices que le veamos el bigote al cura, vamos a casarnos”. Ahí fue cuando empezamos a organizar nuestra familia, comenzamos el hogar y me metí de lleno en la agricultura y en ser un campesino para sostener a mi familia.

Yo no tenía nada, tenía un mulo. Cuando yo me casé con mi esposa, me fui para Bajo Grande y me puse una meta: sembrarme dos

mil matas de ñame espino al año. Esas dos mil matas de ñame fueron las que me dieron para tener lo que tengo ahora mismo. Con eso compré unos animalitos y un pedacito de tierra que les compré a los hermanos de ella. Ese proceso fue como de unos quince años. Un año tras del otro yo hacía lo mismo: sembraba mis matas y decía: “Este año voy a meterle tanto a la casa”, y lo sacaba de mis dos mil matas de ñame.

Nosotros nos casamos y duramos los primeros tres años viviendo con mis suegros. Luego compramos un solarcito en San Juan. Yo tenía dos hermanos albañiles, entonces yo le dije a uno: “Hombre, colabóreme, yo voy a comprar una parcelita”. Y él me dijo: “Vamos”. Yo nunca había pegado un bloque, pero yo soy una persona a la que no se le hace nada grande, para mí lo grande es robar. Al empezar la construcción yo me dije: “Si lo hace otra persona, ¿cómo no lo voy a hacer yo?”. Mi hermano trabajaba en una pared y yo en la otra. Después de dos semanas de empezar ya estábamos metidos aquí buscando el bienestar para nosotros. Ya tenemos diecinueve años de estar viviendo en esta casa.

Por ahí catorce años después de casados yo les di la partecita a los cuñados y compré el terrenito. Ahí fue donde yo pasé toda la violencia y todavía ahí está mi tierra. Ahí está porque son recuerdos que son herencia de los suegros y herencia de mi esposa. Además, yo cogí ese pedacito, lo compuse, le hice su casita, le hice su corralito. No tenía agua, le hice un pozo a mano. Ese pedacito de tierra es toda la tierrita que tenemos nosotros y está muy organizada la finquita. Toda la violencia que viví allá, la viví trabajando para sostener a mi familia.

Antes de empezar las violencias comenzaron unos grupitos, no sé si eran los paracos o la guerrilla, que llegaban y recogían un lote

de ganado, se llevaban cincuenta, ochenta, cien reses de diferentes personas, y yo decía: “¿Y esta vaina por aquí?”.

Como yo no tenía pastico por esa época, yo tenía a mis tres animalitos pastando en donde arrendaba las tierras. Entonces iban esos grupos con un viaje de ganado y ¿qué hicieron? Les abrieron el portillo y mis animalitos se fueron con el grupo. Ahí cayeron las tres novillitas.



“Retrato del protagonista y coautor de este relato”.
Fotografía para el CNMH de Isis Restrepo Bulla, 2021.

Del momento de la violencia yo tengo muchas cosas que decir, ¿qué va a hacer uno con inventar? He batallado tanto con eso. No es fácil tener que salir de la casa a la finca a las cuatro de la mañana para ir a buscar la comida de los hijos y que en el camino le pidan papeles los paracos o la guerrilla. Ellos le pedían papeles a uno y al que tenían en su lista, ¡pan, pan! enseguida lo mataban. Por ahí cerquita ya tenían el hoyo cavado donde lo enterraban.

¿Qué puede sentir uno cuando le pedían papeles, sabiendo que ya habían matado en varias partes a un poco de gente?, ¿qué esperaba uno? Uno pensaba: “Ahora vienen y ¡pan, pan!, aquí nos matan”.

Cuando uno se los encontraba en el camino, ellos decían: “Aguante ahí”, y empezaban a reunir a la gente. Nos amontonaban hasta las seis de la mañana. Llegaba a haber hasta doscientos a trescientos campesinos con sus mulos; ahí quedaba todo el que iba pasando. Si iba en carro, si iba en burro, si iba en mulo, si iba en yegua o en bicicleta, a toditos nos juntaban. Por ahí a las seis, siete de la mañana llamaban al jefe que se llamaba *Zambrano*, un jefe paramilitar. Él empezaba a hablar y uno tenía que oírlo. Decía: “Aquí el que la embarró hasta ahí llegó, porque yo vengo aquí a sacar lo malo y a meter lo bueno”. Ya después, cuando se cansaba de hablar paja, podía salir todo ese poco de gente como en una procesión: unos cogían para allá, los otros cogían para acá. Y eso era cuento de cada rato.

Después yo llegaba allá al monte y me encontraba cinco, seis o siete guerrilleros, o a veces llegaba uno allá a la finca y se encontraba con el Ejército y preguntaban: “¿Adónde está la guerrilla?”, y yo decía: “¿Cuál guerrilla? Yo voy todos los días al pueblo y vengo todos los días a trabajar. Yo no soy guerrillero, yo no soy paraco, yo no soy soldado, yo vengo a buscar el sustento para mi familia. Yo no sé”. Pero ellos me decían: “Tú sabes”. Todos estaban metidos ahí, toditos estaban por ahí por la región, ya uno temía a cualquiera de los grupos que llegara.

Una vez yo tenía a unos trabajadores ayudándome; como yo sembré unas rosas grandes, necesitaba ayuda. Yo llegué al racho, le llevé comida a mi viejo —que se había pasado a vivir a la finca— y me devolví hasta donde tenía el trabajito. Yo tenía de costumbre

mía poner a cocinar la olla de bastimentos y hacer cualquier vaina en la orilla de las rosas. Yo me quité la camisa y me puse a mochar unos retoños.

Cuando estaba descamisado llega el Ejército y uno de ellos dice: “Hola, ¿quién es el jefe aquí?”. Yo quedé intranquilo y descamisado, y dije: “El jefe aquí soy yo, yo soy el dueño del trabajo”. Me dijeron “Venga acá”. Cuando salí para el rancho iba a coger para ponerme la camisa y me dijeron: “No, usted así va bien”. No me dejaron ni poner la camisa. Me dijeron: “Llame a los muchachos, vamos acá que les vamos a hacer una entrevista, unas preguntas”.

Estaba un tipo con pasamontañas. Ese tipo era de aquí de San Juan, era el que llevaban para que reconociera a las otras personas. Así nos empezaron a hacer cuanta pregunta podían: que si la guerrilla estaba por ahí, que si los paracos andaban por allá. Como ellos andaban vestidos todos con la misma vaina, uno no sabía ni quién era quién. El tiempo pasó y yo le dije a uno de los que estaban conmigo: “Mierda, hermano, fíjate tú, esta vainita me está fregando porque yo le estoy pagando el día a estos muchachos y ahora este tiempo lo estoy perdiendo yo. Si yo estoy haciendo el esfuerzo es para ganar y para que ellos se ganen el día, para poder sacar mis vainitas, para sacar a mi familia, ¡no joda!, ahora tengo que perder este tiempo. ¿Hasta cuándo nos irán a dejar acá?”. Entonces me interrumpen y me dicen: “Ey, cálese la boca”. Enseguida me dijo eso el comandante de ellos: “Usted no tiene que estar hablando nada”. Y bueno, ahí me tocó quedarme callado.

Cuando me llamaron a mí a la entrevista me preguntaron: “¿Usted sí sabe que la guerrilla está por allá?”. ¿Por qué me preguntaba eso el Ejército? Porque pensaban que uno era colaborador. Ahí en seguida algún sapo podía decir: “Sí, llegaron allá donde el señor este. Por ahí pasa la guerrilla y él les trae compras”. A los que señalaban así era a los que luego llegaban y, ¡pan, pan!, los mataban

ahí en la finca o les quemaban el rancho, los mataban los unos por colaborarle a los otros o viceversa.

A mí a veces el Ejército me decía que les hiciera favores y yo decía: “No, yo no puedo, no puedo. Si ustedes me consideran a mí, sálvenme, porque si la guerrilla sabe que yo les estoy comprando a ustedes, enseguida me matan. Ustedes saben que ya por ahí están quemando ranchos, que ya están matando”.

Sería el mismo Dios que hizo que jamás nunca a mí me quitaran un peso. Aquí en esta región le quitaron a un poco. No sé si será porque la gente hablaba de mí y decía: “Es buena gente, es servicial”. No sé. Pero además de los animalitos estos, jamás y nunca me quitaron nada.

Lo que sí pasaba es que seguían yendo al rancho. Un día llegué y vi que estaban reunidos con mi viejo nueve guerrilleros con un poco de ñame en la mesa. Yo dije: “Buenas, buenas”. El comandante del Frente 37 de las FARC le preguntó al viejo:

—Señor Enrique, ¿ese muchacho quién es?

—Ese es hijo mío.

—Ah, ¿y él qué hace aquí?

—No, él viene a darme la vuelta aquí, a traerme comida, porque él tiene el trabajito por allá adelante.

—Bueno, bueno, que entre, pues.

Yo bajé del mulo y entré y saludé a todo el mundo. Me dieron de comer, y luego me llamó el comandante a un palo de mango retiradito. Me dijo:

—Señor, nosotros somos del Frente 37 de las FARC. Nosotros so-

mos los propios del 37 de las FARC, yo soy el comandante.

—Usted me va a perdonar, pero usted me está haciendo daño a mí.

—¿Cómo?

—Sí, usted me está haciendo daño a mí. ¿Sabe por qué me está haciendo daño? Porque por ese camino que va ahí transita gente para allá. Usted lo primero que me dice a mí es que si no he visto a nadie. Yo voy al pueblo y a mí no me interesa que ustedes estén aquí en el rancho mío, que ustedes estén comiendo aquí, pero el que pasa por ahí enseguida lo primero que dice es: “Allá en el rancho de este señor está la guerrilla”. Viene el Ejército, vienen los paracos, y lo saben. Mañana o pasado vienen y ahí me quemán con el viejo mío.

—No, pero mientras nosotros estemos por aquí no les pasa nada.

—Eso es mientras que ustedes estén por aquí, porque ustedes toda la vida no van a estar por aquí.

—No, a ustedes no les pasa nada. Cualquiera vaina que oiga usted por ahí de alguien que lo esté molestando, que lo esté mal informando, me dice quién es para sacárselo de encima, porque nosotros por aquí no venimos a hacerle males a nadie. ¿A usted lo han molestado por aquí?

—Jamás y nunca a mí me han pedido un peso, no me han pedido nada.

—Si a ustedes los están molestando por aquí, dígame. Dígame que es Fulano el que lo está molestando, que le está pidiendo esto o lo otro. Porque nosotros no le quitamos un millón de pesos a usted, nosotros le quitamos a una persona que pase de cien reses porque nosotros somos la guerrilla. A nosotros no nos sirve un millón de pesos, dos millones de pesos, a nosotros nos sirve que la persona tenga cien reses. Y nosotros sabemos quiénes tienen cien reses, que sean de ellos. A esos es a los que nosotros les quitamos. Si tú tienes diez, veinte, treinta reses, a ti no te quitamos, tú no tienes para darnos a nosotros cien millones de pesos, doscientos

millones de pesos. Nosotros somos el 37 de las FARC y a ustedes no les va a pasar nada.

—Pero vea lo que está pasando, por aquí han quemado un poco de ranchos.

Un día, después de que yo hablé de eso con ese comandante, yo le dije a mi viejo: “Viejo, vamos para el pueblo. Papi, esto está mal, porque mañana o pasado viene el Ejército y los encuentra aquí, y aquí con todo y rancho lo queman a usted. ¿Usted no se dio cuenta ya de lo que pasó donde Conchita, lo que está pasando por ahí? Vámonos. Esa matica de yuca que usted está sembrando yo me la llevo para el pueblo, allá siembro bastante, yo se la llevo. Vámonos. Vamos a dejar esta vaina sola.

A mi papá le dio duro haberse venido del monte, le hacía falta, pero él fue el que me enseñó lo que yo sabía y yo lo tuve hasta el último momento conmigo. Por eso yo dije: “No, yo no voy a dejar que me quemen al viejo”, y me lo traje.

Yo dejé de ir al terrenito en el año 2007, ahí fue cuando me desplazé. Pero ese lugar no se abandonó. Demoró, eso sí, como tres años la finquita sola porque había mucha violencia, hubo muchas masacres.

Hubo un año cuando se metió la guerrilla a San Juan a cazar a un señor que tenía mucho ganado aquí. Lo cogieron llegando al pueblo, ya sabían de dónde venía. No sabemos si lo enterraron. Él era uno de los tipos más ricos del pueblo y era el hombre que ayudaba al pobre.

Si yo tenía esa parcelita y necesitaba diez reses, hablaba con él y le decía: “¿No tiene unas diez novillitas por ahí que me las dé?”. Y me las daba. A él lo desaparecieron y desaparecieron todo su ganado.



“Retrato del protagonista y coautor de este relato”.
Fotografía para el CNMH de Isis Restrepo Bulla, 2021

En esa época todo el mundo se desplazó de sus fincas. Ya por acá uno buscaba la yuquita, la carnicita, lo que se pudiera comer; pero ¿el que no tenía eso?, ¿el que no tenía ni el bastimento para comer? No había casi ni trabajo porque los dueños de finca no buscaban a nadie.

Antes de desplazarme yo volvía en las noches aquí a San Juan y le decía a mi señora: “Ve, pasó esto y esto”. Y así me iba al día siguiente. Cuando salía por la puerta me preguntaba qué me iba a encontrar otra vez. Si yo hubiera sido otro, de pronto no hubiera alcanzado a sacar a mi familia adelante porque me hubiera achantado aquí y habría dejado esa vaina abandonada para siempre. Pero yo lo primero que le pedí a Dios fue: “Ayúdame porque yo voy a trabajar es para tener para mi familia, yo no estoy haciendo nada malo, yo voy es por mi familia”. Por eso unos años después, como

yo quería tener mis vainitas, le dije a mi señora: “Bueno, vuelvo y voy, lo que Dios quiera”.

Por esa época, cuando decidí volver, hice unas rocitas buenas y me compré como tres vaquitas. Cuando mi mamá supo me dijo:

—¿Que compraste unos animales?

—Vea, yo compré esos animalitos por el bienestar mío y el de mi familia, porque yo mañana necesito un millón de pesos, ochocientos mil pesos y yo vendo a un animal de esos y ya tengo con qué solucionar el problema. Mis hijos mañana o pasado van para un colegio, van para una universidad, y ya yo tengo con qué darles algo porque no tengo que andar pidiendo prestada plata por ahí.

—Ay, no te va a alcanzar lo que tienes para lo que te van a quitar.

Entonces a mí se me vino a la mente eso y yo dije: “Caramba, lo que me está diciendo la vieja es como correcto”. Pero también yo decía: “Si mañana o pasado empiezan a quitarme animales, los vendo. Dios quiera y no me pase”.

Uno continúa ahí luchando y rogándole a Dios que no vuelva a pasar eso, porque se oye que andan por allá, que andan por acá, que andan por Reventón, que andan por La Pujana.

Yo ahora también estoy respondiendo por unos animales ajenos y todo eso me da miedo. Yo quisiera que no se repitiera lo que se vivió en esas violencias, porque esos fueron unos momentos muy duros, muy grandes. Uno salía de su casa y no sabía si iba a volver.

Pese a todo, ahora me siento contento. Yo mismo me elogio por lo que fui. Me siento feliz por todo lo que he hecho, porque, ¡ajá!, no he hecho vainas malas.

Lo bonito que yo he vivido en esta vida y por lo que la he aguantado y la he sostenido es por mi familia. Hoy día quisiera que mis hijos me terminen sus estudios, que sean unas buenas personas, así como soy yo y así como van.

También quisiera que el hijo mío y la hija mía mañana o pasado mañana quedaran ahí en la finquita, haciendo su vida como nosotros en ese pedacito de tierra, porque está bien bonita. Le hice una casita de zinc y tiene un tanque llenito de agua dulce. Ha habido vecinos por ahí que, como ven el pedacito de tierra bonito, me dicen: “Hombre, ¿tú no vendes esto?”. Y yo digo: “No, yo te aviso, yo te aviso”. Porque esto trae muchos recuerdos, y ahí es donde uno sacó a su familia adelante.



“David y Ana Lucía frente a su casa”. Fotografía para el CNMH de Julián Villegas Santamaría, 2021

•
B u s c a n d o e l p o r v e n i r
•

Mi nombre es David Sogamoso. Nací en Purificación, Tolima, a inicios de los años cincuenta. Fui el segundo hijo de Juan Sogamoso y Carmen Sánchez. Somos nueve hermanos. Cinco hombres: Isidro, Germán, Éver, Ramiro y mi persona. Y cuatro mujeres: Elisenia, Verónica, Gloria y Estela.

Mi mamá se dedicaba a los oficios del hogar mientras mi papá era jornalero, trabajaba en cultivos. Recuerdo que cultivaba plátano, yuca, maíz, ajonjolí. Trabajaba para otros finqueros. En ese tiempo teníamos una casita con algunos animalitos.

A la edad de seis años tuvimos que irnos con mi papá, mi mamá y mis hermanitos al Huila. Tocó dejar la casita botada porque la situación estaba muy apretada por la violencia. Todo estaba mal por la violencia política. En esos tiempos eran los godos contra los liberales, y en mi familia eran liberales. Los conservadores querían acabar con todo y quedar ellos no más. Nos fuimos y nunca volvimos, abandonamos todo. Todo se perdió. Gallinas y marranitos, todo quedó allá botado.

Estuvimos en Neiva menos de un año. Mi papá trabajó de ayudante en una ganadería y también amansaba caballos, pero mayormente no le resultaba mucho trabajo. Entonces salimos para Montañita, Caquetá. Mi papá buscaba el modo de tener una tierrita y un amigo le dijo que allá se podía organizar. Y así fue que nos fuimos. Llegamos prácticamente a colonizar, sin plata, sin nada, a fuerza bruta. Llegamos a trabajar.

La finca de allá se llamaba El Belgrado. Ese era el nombre que le tenía a la gurrerita, a la finquita, el señor que le cedió el terreno a mi papá. Él se lo dio a cambio de nada prácticamente, se lo cambió por una semana de trabajo en otra gurrera que tenía en otro lado. Allá, los mismos que habían fundado se lo llevaban a uno y le mostraban qué podía agarrar, la mayoría de la tierra no tenía dueño. El señor le dijo a mi papá en qué lugar podía hacer su finquita.

No agarramos sino cien hectáreas de monte y las arreglamos para cultivo y pasto. Y así fue el principio: yo y los hermanitos fuimos creciendo y le ayudamos a mi papá a hacer la finquita. Nosotros fundamos esa tierrita y agrandamos el lote de montaña y formamos la finca. Sembrábamos yuca, plátano, topocho, maíz, caña y arroz.

Ya con el tiempo, pasados unos años, mi papá hizo un préstamo con la Caja Agraria y con eso se compró una vaquita. Cada año iba aumentando el préstamo y así estuvimos bregando un tiempo. La finquita pasó de ser de solo cultivos de pancoger y se fue volviendo ganadera. Cultivábamos el maíz, la yuca y el plátano para el sustento de la familia. Ahora esa finquita la tiene Verónica, mi hermana. Mi papá se la vendió después de que mi mamá murió, y él se fue a vivir al pueblo.

A los dieciocho años me fui de la finca para Villavicencio, huyendo de tener que pagar el servicio militar. Trabajé en la hacienda de un señor Miguel Rojas. Trabajaba con ganado y limpiando los potreros. En ese tiempo todo era muy sano y el trabajo muy bueno. Pero a los seis meses me cogió el Ejército, era por ahí el año 68. Estuve en el Aerotransportado de Villavicencio y en Granada, Meta. Después estuve en Fuente de Oro y Planas.

Pagué servicio como por dos o tres años hasta que me dieron la baja porque recibí un disparo en una mano, perdí el dedo meñique de la mano derecha. Eso fue en Planas durante un combate con un grupo insurgente que se estaba formando en la región. De allá fui a parar a Bogotá, donde me hicieron la cirugía, y después volví a Granada, donde me dieron la baja. Me dieron once mil pesos de indemnización junto con la liquidación del tiempo que presté servicio.

Entonces volví al Belgrado, eso por ahí en el año 71. En esos tiempos fue que conocí a mi señora, Ana Lucía Morales. La mamá de ella tenía un restaurante en El Triunfo, un caserío cercano a la finca. Nos conocimos y nos casamos. Yo tenía veintiséis años y ella

veintiuno. Nos fuimos a pasar la luna de miel en Neiva y luego en Ibagué duramos como veinte días y luego volvimos a la finca. Con lo de la indemnización pusimos una tiendita con droguería y también compré ganado. Ahí nos quedamos como más de tres años. Tuvimos a nuestros hijos: Freddy y Yony Alberti. Luego vendimos todo y nos fuimos a Puerto López, Meta, buscando el porvenir. Ahora del caserío no queda nada, eso se acabó, solo queda la finca que ahora es de mi hermana.

Nos fuimos a Puerto López como en el año 75 porque cuando estuve pagando servicio me gustó mucho el lugar. Entonces, me traje a la familia y nos quedamos como tres años. Allá la vida era muy buena, también trabajé con ganado, me hice miembro del Comité Ganadero y compré mi hierro certificado por la Federación para herrar. Después de un tiempo me hice conocido de un señor que tenía una finca acá en Arauca, me dijo que las tierras estaban baratas. Estábamos buscando un lugar para hacer una finquita y en Puerto López la tierra estaba demasiado cara, entonces decidimos movernos.

Llegamos en una avioneta pequeña a Arauca, a una finca llamada La Maceta, ubicada en una vereda que se llama La Comunidad, Cañas Bravas. En ese tiempo solo se podía llegar por río desde Puerto López o en avioneta. Cuando eso hacían pistas en las fincas, se limpiaban bien y también servían para cancha de fútbol. Eso yo creo era como el año 78. Duramos como un año donde el amigo que nos daba posada hasta que nos salió una tierrita para comprar ahí mismo en la vereda. Esperamos todo ese tiempo porque no conseguíamos un lugar bonito que nos gustara. Finalmente conseguimos una tierrita barata y bonita en la ribera del río Ele.

La finca la llamamos Los Sufrimientos porque se sufría para conseguir todo, nos tocó trabajar montones. Eran como cien hectáreas de sabana. En ese tiempo no se cercaba, se dejaba lo que se

llamaban sabanas comunales. Se soltaba el ganado, los marranos, lo que uno tuviera; eso se revolvía con lo del vecino. No era sino herrar el ganado y soltar. Eran sabanas libres, nadie sembraba. Se dejaban los potreros para echar el caballo, pa' mañanear, y así. Ahora dicen que tienen todo cercado. Al otro lado del río también teníamos un pedazo de montaña, pero eso tocó dejarlo para los indígenas. Eso ahora es reserva indígena.



“Ana Lucía teje un chinchorro en compañía de David”.
Fotografía para el CNMH de Julián Villegas Santamaría, 2021

Los primeros años fueron duros. Trabajamos duro. Casi no se veía mercado ni tiendas, nada. El mercado era muy escaso. No había pueblitos. El mercado entraba en lanchas desde el Meta, desde Puerto López. Era muy bravo porque muchas veces no teníamos mercado, no teníamos víveres para sobrevivir. Entonces empezamos a sembrar plátano y yuca hasta que hubo producto. Conseguimos gallinitas y marranos. Luego sembramos maíz y ahí ya fue un cambio. En ese tiempo no había carreteras por allá, no había

manera de ver un carro, tocaba esperar a que subieran las chalanas, los botes que traían los víveres.

Y entonces empecé a aserrar también. Intercambiaba madera por mercado cuando pasaban las chalanas. Aserrábamos la ceiba tolúa. También hacíamos cacería, cazábamos chigüire, lapas, chacharos, venados, picures. Los animalitos nos sacaron de apuros varias veces. En ese tiempo también había mucho pescado, hasta que llegó la compañía petrolera. Apenas llegaron se empezaron a secar unos esteros ricos en pescado. El río era hondo y era navegable.

Ya como a los cinco años de estar en la finquita compré la primera novilla. Llegamos a tener hasta ciento cincuenta reses. Los niños fueron creciendo y se construyó una escuela en el terreno de la finca. Estudiaron hasta quinto de primaria. Para el bachillerato teníamos que enviarlos a Arauca, pero la mamá no quiso, entonces se quedaron trabajando conmigo. El ganado lo conseguíamos con los vecinos, también pasaban llaneros. En un principio solo se veía ganado criollo y uno que otro cebú, solo eran cacho y buche, parecían venados. Con el tiempo fueron llegando toros buenos y se fue seleccionando el ganado. Llegaban compradores de Saravena, La Esmeralda, Tame, Aguachica, de todos los caseríos venían a comprar ganado para engorde. Compraban vacas flacas y mautes, becerritos. Venían los finqueros y se llevaban de a cien o doscientas reses.

La relación con los vecinos siempre fue muy buena. Nos querían mucho porque acá sembrábamos plátano, yuca, ahuyama, caña, maíz. Entonces, ellos nos traían botellitas de leche, queso, carne o carne seca y nosotros les dábamos de nuestro cultivo. Se llevaban bueyes cargados de plátano, yuca, mazorca, maíz de ese tierno para hacer la cachapa y el tungo. Y así con el tiempo fueron llegando más vecinos al sector. Los “guates” que les llaman los llaneros, gente de afuera. Y también empezaron a bajar más los indígenas.

Ya para el año 89, cuando la guerrilla asesinó a monseñor Jaramillo Monsalve, vino un señor desde Bogotá, venía del Agustín Codazzi. Vino a delimitar el resguardo indígena y nos tocó a los colonos entregar las tierras del otro lado del río, que era donde había más madera. Ya no pudimos aserrar más, pues a ese lado era donde estaban las maderas; había tolúas, cedros. A nosotros nos pagaron por esas tierras y nos quedamos en el otro lado del río que era la sabana.

Nosotros vivíamos con mi esposa, los hijos y los trabajadores. El menor vivía con nosotros y el otro vivía más abajito en la finca de la suegra, donde era La Conquista. La gente era muy unida, uno nunca se sentía solo. Todos los días pasaba algún vecino a pedir algún favor. Todos vivíamos bien, vivíamos como hermanos. No había peleas. Pasaba el vecino a dejar carne, que una presa de marrano, que “Mire, don David, sacaron pescado”. Entonces mandaba uno al trabajador a avisar o a llevarle a algún otro vecino. Recuerdo que se sacaba mucho pescado. El río, el agua, desde lejos olía a pescado. Rayas, cachamas, bagres, toninas. Se veían los cardúmenes a simple vista. Muy rico era el río en pescado. También había chigüiros. Mejor dicho, el que se moría de hambre era por flojo, porque había mucha comida. Se veían las bandadas de patos, el real, güire. Ya casi no se ven porque los han envenenado para sembrar arroz, para que no se coman el cultivo. En la montaña se veía el paujil, la pava: grandotes, deliciosos.

Ya cuando nos tocó venirnos fue el cambio más brusco. Eso fue para el año 2005 que empezaron a aparecer los paramilitares y de repente resultó guerrilla en todos lados. En ese entonces fue la guerrilla contra los paramilitares. Y si los paramilitares no encontraban guerrilla, entonces la cogían contra nosotros, los campesinos. El que se quedaba era porque se había volteado, y si se defendía de alguno, venían a darle los otros. Por eso nos tocó dejar todo abandonado y venirnos a la ciudad, a Arauca. Casi a todos los vecinos nos tocó venirnos, aunque algunos ya se devolvieron.



“Ana Lucía teje un chinchorro”.

Fotografía para el CNMH de Julián Villegas Santamaría, 2021

Todo empezó porque nosotros trabajábamos y teníamos nuestros cultivos y nuestras bestias. Entonces, a veces llegaban y nos pedían: que necesitaban un marrano gordo, una novilla, camuros. También nos pedían gasolina porque yo tenía embarcaciones para bajar la madera hasta donde la agarraba la lancha. Pero todo era muy tranquilo, cada cual en su cuento. Nosotros trabajábamos y no le parábamos bolas a nada. Uno no sabía con quién estaba hablando. Entre menos se sepa mejor, se evita uno problemas. Además, nadie iba a llegar a decirnos: “Yo soy Fulano”. Todos andaban vestidos como cualquier paisano y uno no se iba a poner a preguntar quién era quién. Por eso nos tocó salir corriendo cuando llegó el Ejército, porque decían que uno les colaboraba. Pero ¿qué más íbamos a hacer? Si había comida, tocaba darles. Llegaban con hambre diciendo que necesitaban comer, pues les dábamos comida. Así éramos con todo el que pasaba por la finca y no teníamos pro-

blemas. Llegaban los vecinos, los del Ejército, la Policía, la guerrilla, tocaba atender al que llegue. Al que fuera se le atendía bien.

Nunca nos maltrataron o le hicieron daño a la familia hasta ese día que llegó el Ejército. Llegaron por la noche en dos helicópteros, descendieron y rodearon la casa. Decían que venían desde Tame. Llegaron a preguntar por mis hijos, porque, según información que tenían, ellos eran guerrilleros. Menos mal ya mis hijos tenían su mujer y no vivían con nosotros. Llegaron diciendo también que yo era un financiero de la guerrilla. Todo era una gran mentira, además lo que tengo es mío y se lo debo solo a Dios y La Virgen, y además no tengo una compañía con nadie. Me tocó enfrentarme con un teniente, le dije que en mi familia ninguno es guerrillero. Yo mismo soy reservista, fui paracaidista y conozco el trabajo del Ejército, les dije: “Eso que les han dicho es una mentira”.

El teniente luego preguntó por los camuros (la finca la teníamos llenita de camuros). Nos preguntaron si les podíamos vender uno, pero nosotros se los regalamos. Quería mandar a unos soldados a coger los animalitos a tiros ahí mismo, pero les explicamos que son muy mansos y no había necesidad. A ellos los atrae uno solo con el sonido de la vasija del maíz. Yo le expliqué al teniente que ahí atendíamos a todo el que llegara: si llegaba la guerrilla a pedir algo, tocaba atenderlos para evitar que me hicieran daño a mí o a mi familia. Me dijo que les habían preguntado a los indígenas guahíbos por mí y que le habían dicho que yo era muy buena persona. Yo siempre les pasaba su mercadito cuando había; si matábamos una res, les pasábamos su pedazo de carne. Le recriminé al teniente el haberme dicho que venía a matar a mis hijos. Me contestó que a eso era a lo que había venido, que para eso lo habían mandado. Me dijo que veía que yo era una gran persona, pero que tenía que irme, que mejor me fuera a vivir a Arauca; que nos fuéramos a vivir donde quisiéramos, pero no ahí, porque si nos quedábamos ahí nos iban a

matar. Me amenazó con que en quince días volvían a pasar por mí, porque la información que había era que mis hijos eran guerrilleros y que yo era uno de los financieros de las FARC.

Finalmente les regalé los dos camuros y les reiteré que yo no era nada de lo que ellos decían. Antes de irse, el teniente dejó la orden de que me dejaran un mercado. Yo me puse a pensar entonces en qué iba a pensar la guerrilla si me quedaba después de que habían pasado. Seguramente pensarían que me había vuelto un informante, un sapo. Entonces no había amparo, lo único que nos ofrecían era plomo.

Ahí fue cuando le dije a la señora: “Toca irnos porque acá nos van a matar”. Al día siguiente vimos cómo hacer para traernos unas cositas y el resto lo dejamos abandonado. Trajimos más que todo los muebles. Los animales se quedaron allá: marranos, gallinas, pavos, burros, camuros, patos, caballos, reses. La casa era una casa grande, en pura madera, de piso alto y buenos corredores. Nos fuimos como a los dos días. Llegamos a Arauca a pagar arriendo y hacer mercado, después de tener todo en la finquita. Fui a la Defensoría del Pueblo a poner el denuncia. Me resultó un abogado que pedía veinte millones por llevar el proceso de la pérdida de las reses. Pagaban un millón por cada res y se habían perdido setenta. Entonces, el abogado nos dijo que a nosotros nos tocaban cincuenta millones, que solo tenía que esperar a que se solucionara el proceso. Y hasta el día de hoy no ha pasado nada con eso.

En ese tiempo, el que pudo correr se fue. No quedó nadie en la vereda. Con el tiempo, cuando ya habían salido los del Ejército, fue volviendo la gente. Yo pensé en volver, pero la señora ya no quería saber nada de ese lugar. Nos robaron el ganado, nos robaron todo lo que pudieron, ¿para qué íbamos a volver? Yo volví, pero ya con ganas de vender. Los vecinos se opusieron, dijeron que ellos necesitaban de esa tierra para el ganado porque ese sector tenía el mejor bebedero. Pero ellos no quieren comprar tampoco. Un señor me

ofreció quinientos millones por el fundo, por la tierra que tenemos allá. Pero quedamos en el medio de los dos vecinos que no quieren dejarme vender. Son vecinos y de ñapa son compadres. Se puede decir que se quieren robar el fundito. Lo último que supe fue que echaron cerca; que cercaron e hicieron potrero. Pero ellos no tienen papeles de eso, mientras yo tengo la carta de venta.

En un punto, alguien me dijo que esperara mientras llegaba a Arauca la Agencia de Restitución de Tierras, que nos la iban a quitar y luego nos la entregaban. Pero yo creo que prácticamente se robaron la territa. Además, ya la casa está caída y los vecinos cercaron la mayoría de la sabana y metieron el ganado de ellos.

Apenas llegué a la ciudad a mí me dio muy duro. Estuve casi loco, perdí la memoria y estuve bastante enfermo. Me dio muy duro tener que dejar todo botado: motor, chalana, todo. Fue un cambio muy difícil para mí. Finalmente salimos adelante porque no me achicopalé. Busqué a mis amigos y muchos me ayudaron. Me dejaban reses o animales para que los vendiera y les ganara algo. Con eso pagábamos el arriendo y el mercadito. Jamás me quedé con las manos cruzadas. En ese tiempo todo era más fácil: podía pasar a Venezuela, al Amparo, allá era barato el mercado. Me compré una moto, una ochenta de segunda, y traía mercados para vender acá. Me ayudaba con lo que resultara.

Luego nos metimos a eso de Unidad de Víctimas por ser desplazados. Una viejita fue la que nos dijo. Y ya con eso también nos ayudábamos para pagar la renta o el mercadito. Siempre nos servía cuando llegaba esa ayuda. Al principio nos pasó mucha cosa mala y fue difícil, pero después, gracias a Dios, la cosa fue mejorando. Nos regalaron esta casa en la que vivimos, esta casa fue dada por el Gobierno. No toda, yo luego le construí otra parte, porque no eran sino dos piecitas, un baño y una sala que era cocina, comedor y todo. Aquí nosotros arreglamos la casita y la dejamos a nuestro

gusto. Este barrio, donde usted vaya, todas son casas de desplazados. Algunos ya han vendido o alquilan por piezas, y así. Uno se enseña a vivir en el ambiente del pueblo, porque ¿qué más? Ahora nosotros ya estamos es pasando el ardor de la peladura.



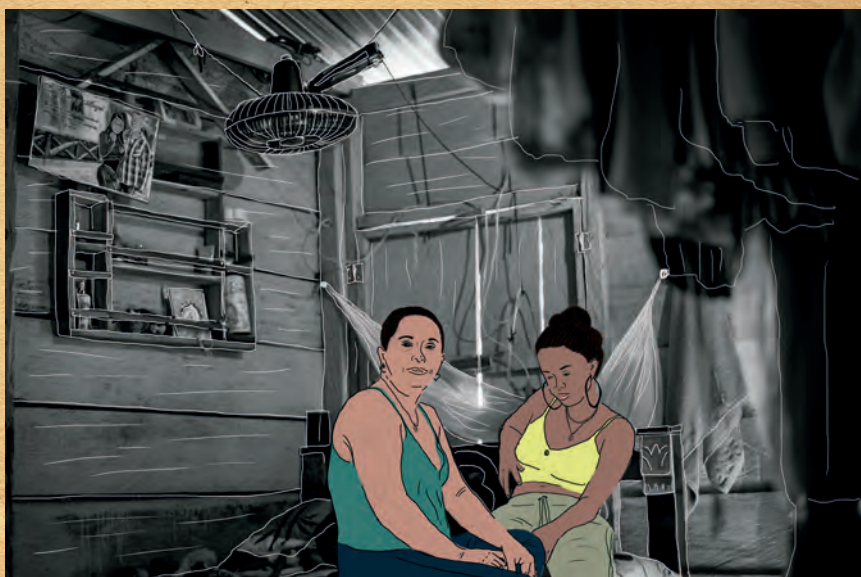
“David teje un chinchorro”.

Fotografía para el CNMH de Julián Villegas Santamaría, 2021

De la Federación Ganadera y Fundagán alguna vez me llamaron, pero eso nunca prosperó nada. Me hicieron preguntas por la pérdida del ganado y dijeron que me iban a ayudar para que volviera a comenzar, pero no pasó nada. Dijeron que después de diez años era muy difícil, que probablemente eso se había perdido. Lo del fundo también está parado. Yo creo que como está la situación, lo mejor ahora sería que nos reconocieran, que nos dieran el dinero del fundo y las reses, porque ya bregar con esa tierra y ganado a esta edad y con las enfermedades y achaques de la vejez es para puro problema. Si volvemos allá es para que nos maten los vecinos. No me ha matado el azúcar para que ahora lo vengan

a hacer los vecinos. Ya no se pudo cuando estábamos alentados, mucho menos ahora ya viejos.

Últimamente, después que perdí la pierna por el azúcar, yo me desvaro tejiendo chinchorros. Me demoro quince días haciendo uno. Al mes me hago dos. El chinchorrito queda valiendo cuatrocientos mil pesos. Yo aprendí a tejer por medio del SICA, lo de los ancianos de la tercera edad, ahí me enseñaron. Yo me metía a todos esos cursos. Eso fue hace unos doce o trece años. Con eso me he desvarado estos últimos años, y la señora ayuda con todos los quehaceres de la casa. Ahora estamos bien, no pasamos necesidades y la relación con los hijos ha mejorado, ahora ya ellos mantienen más pendientes de nosotros. No nos quejamos de nada, no nos echamos a morir, y seguimos adelante a pesar de los dolores y las cosas de la edad. Ahí mi nieta está estudiando para auxiliar de enfermería. La vida continúa.



“Coautoras de este relato en su hogar”. El retrato se interviene para proteger su identidad. Fotografía para el CNMH de Daniel Francisco Sarmiento Gómez, 2021

•
C o m o f u e r a l a v i d a
•

Yo nací en Córdoba en una vereda que le dicen El Chocó, allá crecí con mis padres. Cuando tenía catorce años me vine para Urabá. A los dieciocho años conocí al papá de mis hijas y me puse a vivir con él. Vivimos en una vereda que pertenece a Turbo y ahí convivimos doce años, hasta que pasó lo que pasó. El cuatro de enero él cumple ocho años de muerto.

¿Qué sueños tenía yo cuando pequeña? Lo que pasaba es que se sufría mucho en esa época, a veces había comida y a veces no. Nosotros nos levantábamos en una pobreza tan grande, tan grande, que por eso yo decía: “Yo me voy y me consigo un trabajo o un hombre que me dé lo que yo necesito”. Lo que yo necesitaba era salir adelante. También quería comprarme ropa, quería comprarme algo que a mí me gustara, pero no podía comprarlo y mis padres tampoco me lo podían dar.

Tuve una niñez muy dura. Hoy en día yo le digo a mi mamá que no tuve niñez porque la niñez que tuve fue bregar con mis hermanos, trabajar como una mula. Como hermana mayor, todos los quehaceres me tocaban a mí. Mi mamá se iba a trabajar con mi papá al campo y me tocaba quedarme con mis hermanos. Me tocaba apilar, lavar, cocinar. Cuando ellos llegaban yo tenía que tener todo listo. Mis hermanas menores, cuando pequeñas, me llamaban mamá. Yo era una niña y era una mujer adulta. Era la mujer de la casa.

Estudio tampoco tuve. Yo sé firmar porque lo aprendí de adulta, pero para mí estudio no hubo porque me crié en el campo. Mi papá me dice que la hija que más le ayudó fui yo. Él dice: “¡Qué pesar de mi hija, cómo le tocó trabajar, y nosotros no pudimos darle estudio!”. Yo tenía un tío que vivía en Caucasia en ese entonces. Una vez fue a pasear a la finca y le dijo a mi mamá que si me dejaba ir para donde él vivía, que él me daba los estudios, que él me daba lo que yo necesitara, pero mi mamá no quiso y mi papá tampoco. Ahora yo les digo a ellos: “Si ustedes me hubieran dado la oportunidad, quizá yo fuera otra persona hoy en día, pero ustedes no me la dieron”.

Cuando me dio por venirme para Urabá, me vine sin permiso de mis padres porque estaba aburrída. Yo quería otra vida. Me quedé donde una tía que me iba a dar estudio, pero ella se enfermó, entonces me puse a trabajar en una casa de familia. Ellos se amañaron conmigo. Trabajé dos años ahí y así empezó mi trayectoria.

Mi compañero, como yo, solo sabía firmar. Él no estudió. Me contaba la historia de que su papá se separó de su mamá y a ella le tocó quedarse sola con sus hijos. Por eso, desde muy pequeño, a él le tocó irse a trabajar y no tuvo la oportunidad de estudiar. Él solamente firmaba con tres letricas, esa era su firma.

La historia de amor entre él y yo empezó así: yo dejé de trabajar y me fui a donde mi mamá en Apartadó. Allí me puse a buscar trabajo y un amigo me dijo: “Yo tengo un señor que está buscando una trabajadora por los lados de Turbo”. Yo lo llamé y él me dijo: “Usted está muy joven, ¿sí es capaz de trabajar?”. Yo le dije que estaba acostumbrada a trabajar duro. Me conocí con él días después y me dijo que necesitaba una muchacha para trabajar en la finca que él administraba.

Cuando al mes me confirmó que me daba el trabajo, yo pensé: “Voy a mirar a ver si me amaño”. Él tenía treinta y cinco años, estaba bastante hecho ya, estaba de edad, pero era un señor muy bien presentado. Tenía ojos azules, era un paisa de San Carlos, Antioquia.

Lo que yo tenía que hacer era cuidar los animales, hacer la comida, arreglar la casa y lavar la ropa. A él le gustó mi trabajo y me dijo estas palabras: “Yo no pensé que usted iba a ser capaz de hacer los oficios que hay aquí”. Cuando él me pagó mi primer sueldo yo salí a donde mi mamá y compré ropa, compré cosas que yo necesitaba.

En la finca él tenía marranos y gallinas, había potreros, aguacate, cacao, plátano y yuca. También tenía vacas de leche, se or-

deñaban y se vendía el queso. Esas tierras eran muy productivas, eso era una bendición.

Cuando volví a la finca empecé a mirarlo como enamorado. Él había tenido una mujer y tenía cuatro hijos con ella, pero estaban separados hace tiempo y estaba solo. Él me preguntaba que si a mí no me interesaba conseguirme un compañero, me decía que yo era una mujer muy guapa. Ese día me dijo: “Y si yo le propusiera que fuéramos algo usted y yo, ¿usted qué diría?”. Yo apenas hice: “¡Jum!”.

Mi hija nació el primero de octubre de 2002. Nació ella y a los ocho años nos dio por tener dizque el niño. Él me decía: “Mija, vamos a buscar el niño”. Y, bueno, buscamos el niño y resultó una niña. Mi segunda hija nació el once de septiembre de 2010. Yo paré ahí, él quedó con ganas de otro hijo. Cuando falleció, la pequeña tenía dos añitos.

Yo tuve a mis hijas porque quise tenerlas. Cuando joven yo decía: “El día que yo me consiga un esposo, un compañero, voy a esperar. Hijos no voy a tener joven”. A mí me tocó muy duro con mis hermanos, por eso yo decía: “¿Voy a soltarme de una obligación para enredarme con más hijos? No, eso no lo hago”. Cuando tuve a la niña mayor yo tenía casi veintiún años. La felicidad del hogar fueron mis dos hijas.

Ellas me dicen que extrañan mucho al papá, que les hace mucha falta. La niña grande me dice: “Mami, ¿cómo fuera la vida si nosotras estuviéramos con mi papá? ¿Cierto que la vida sería diferente?”. Y, pues, yo le digo: “Mija, nunca es igual estar uno solo a estar con el papá”. Yo con mis hijas siempre he sido muy amorosa, porque las quiero mucho, las adoro, pero por mucho que les dé amor, siempre les hace falta el afecto del papá.

A nosotros nos tocó pasar muchos miedos en esa finca donde vivimos. Una vez yo me fui para Apartadó a donde mi mamá y en la noche me llamó mi compañero y me dijo:

—Mija, estoy asustadísimo.

—¿Qué pasó?

—Mija, por aquí pasó la guerrilla. Me dieron unos boletos, dijeron que eran la guerrilla de las FARC.

—¡Dios mío! ¿Cómo así?

—Sí, aquí entraron y me pidieron agua y me dijeron que ellos venían a quedarse y que se iba a formar el plomeo.

—¡Ay, Dios mío!

Ese día él salió de la casa huyendo. Los paramilitares pasaron y enseguidita se engancharon a pelear con las FARC. La cosa quedó así y después esa gente siguió yendo a la casa. Ellos pasaban y entraban a preguntar: “¿Por aquí pasó la guerrilla?”. Y la guerrilla pasaba y preguntaba: “¿Por aquí están los paramilitares?”. Eso era muy verraco. Él un día les dijo: “Vea, yo no soy informante ni del uno ni del otro. Vayan y búsqúenlos ustedes, que ustedes son los que se están buscando entre sí, pero a mí no me pregunten cosas que yo a ustedes no les voy a responder nada”.

Yo con esa gente no tuve nada que ver. Mi compañero era el que salía cuando lo llamaban: “Buenas, ¿se encuentra el señor de la casa?”, y él salía. Ellos pedían que les colaboráramos con plata o que les colaboráramos con un cerdo. Él un día les dijo: “La verdad es que yo no soy el dueño de esto, el dueño no está y yo a ustedes no les puedo colaborar”. Entonces, le dijeron: “Si no nos va a colaborar nosotros nos podemos llevar cualquier cosa de aquí”. Cuando él les dijo eso,

yo me le arrimé y le dije: “¡Por Dios, deles lo que le están pidiendo!”. A mí me daba mucho miedo que le hicieran algo a él o a mis hijas. Uno no quería relacionarse con ellos, pero por obligación uno tenía que hacerlo. Esa gente le pide a uno un favor y si uno no lo hace, entonces, ¿qué van a pensar? Uno en esa situación se siente humillado.

Todo pasó cuando él salió para el pueblo un jueves, se fue a vender un cacao. Salió en la mañana, montó el cacao en la bestia, porque siempre era retirado, la finca quedaba a tres horas de la carretera. Él volvió a la finca a las seis de la tarde y yo lo vi diferente, lo vi raro. Le pregunté:

—¿Usted va a comer?

—Mija, no, no sé. Me pasa como algo, tengo como algo.

—¿Qué le pasa?

—No, mija, nada. No sé, como que no tengo hambre, como que no sé. Me siento como maluco.

Uno en la finca se acuesta temprano, y en ese entonces no había energía, se alumbraba con linternas o velas. Eran como las siete y media y él me dijo: “Mija, vamos a acostarnos”. Las niñas andaban encima de él y le preguntaban: “Papá, ¿usted qué tiene, por qué no comió?”. Ellas se habían acostumbrado a que el papá les echara la bendición antes de dormir, entonces ellas se acostaron en la cama y le dijeron: “Pa, la bendición”. Y él les dijo: “Mi Dios las bendiga, hijitas”. Le dieron un beso al papá y se acostaron a dormir. Yo también me acosté, y él se quedó acostado en la hamaca. Como él era diabético le daba mucho calor, entonces no dormía conmigo, tenía su cama donde dormía solo y yo dormía con mis dos hijas.

Como a la una de la mañana la niña grande me comenzó a llamar. Yo tenía un sueño muy profundo y no la escuchaba al principio. La niña sentía algo afuera y empezó a moverme. Cuando me desperté, yo escuché un quejido impresionante, era algo horrible que yo nunca en mi vida había escuchado.

Me levanté, alumbré hacia la cama de él y no estaba. Lo busqué y lo vi en agonías en la hamaca: se estaba ahogando, tenía sangre en la boca. Yo grité: “Dios mío, ¿qué te pasó?!” A él le pegaron en la cara, lo mataron con un hacha.

Yo no sabía qué hacer. Busqué una cabecera y se la metí por debajo para que la sangre no lo ahogara, pero él estaba muy golpeado. Los vecinos que había más cerquita estaban a veinte minutos y en ese momento no había trabajadores en la casa, se habían ido a rumbeo. Estábamos solos. Mi niña me gritaba desde la pieza: “¡Mami, éntrese para dentro que le van a hacer algo a usted también!”. Yo le decía: “No, hija, pero ¿cómo voy a dejar a su papá?”.

Yo sentía gente afuera. Ellos decían: “Si no se ha muerto, voy a acabarlo de matar”. La gente estaba detrás de una palma de coco afuera de la casa. Esa noche había una luna clarita y yo veía los bultos de las personas y los escuchaba hablar. Yo les dije estas palabras: “Si lo van a acabar de matar a él, vengan y me matan a mí, yo no lo voy a dejar solo”.

Yo veía los bultos, pero no sé quiénes fueron. Por la casa pasaban de los unos y de los otros. Tampoco sé por qué lo mataron. Han pasado ocho años y aún no lo sé. Yo salí de la finca desplazada con mis hijas, nunca volví a entrar por allá.

Él era un hombre muy divertido, una persona muy formal. Le gustaba ayudarlo al vecino, a las personas, le gustaba mucho compartir.

Él me decía: “Vea, hija, cuando yo no esté, si viene un amigo y no hay sino la comida para mí, dásela al amigo porque él viene, pero yo estoy en mi casa entonces yo puedo hacer otra cosa”. Si le tocaba bajarse de la cama para dársela a la persona que tocara, él lo hacía.

Era un gran esposo. Él salía cada ocho días al pueblo y, como se sabía las fechas en que nosotras cumplíamos años, el día de mi cumpleaños se iba con la niña más grande, se madrugaban y por la tarde llegaban con un regalo: una muda de ropa, una torta. Ellos me daban esa sorpresa. Él veía algo en el pueblo que a mí me gustara y lo compraba. Una vez me regaló unos aretes muy hermosos de oro que aún conservo como un tesoro. Me los traje cuando llevábamos dos años de convivencia y me dijo así:

—Mija, le voy a hacer un detalle.

—¿Qué me va a regalar?

—Venga y mire, a ver si le va a gustar.

Mis hijas lo recuerdan como una persona muy especial. La grande tiene más recuerdos de él, pasaban mucho tiempo juntos, ella lo recuerda así:

Mi papá era blanquito, piponcito, sus ojos eran súper bonitos, era nalgui-sequito y, así como la hija, andaba con las manos boleadas. Él era súper buena gente con todo el mundo. Me llevaba con él a encerrar los terneros y las vacas, a montar en bestia. Era amante de las bestias, del ganado, le gustaban mucho las fincas. Cuando él hacía negocios, yo era la que salía a acompañarlo. Le ayudaba, me iba con él al monte a andar. Nos íbamos a cazar pavones. Cuando llegábamos, los escondíamos detrás de un palo y mi mamá nos preguntaba:

—¿Qué trajeron?

—No, hija, no trajimos nada. No encontramos nada por allá en ese monte.

—Ay, ¿en serio?

—Sí, hija, no encontramos nada. Mija, pero vaya y traiga la mochila.

Y en la mochila llevaba el pavón ya muerto. De cariño me decía hija o

mi niña. Cuando él llegaba del pueblo siempre me echaba la bendición y me decía: “Hija, Dios la bendiga”. Él me decía que estudiara, me decía: “Mija, vea que el trabajo del campo es muy duro. Mija, capacítese, estudie. Salga adelante, sea una profesional”.

Él dejó un vacío muy grande en nuestros corazones. Sin embargo, nosotras seguimos adelante. Las dos niñas son muy querendonas conmigo y son muy inteligentes. La mayor ya tiene dieciocho años, la pequeña se parece más a él. Mi mamá la ve y dice: “Mire donde viene Gelo”, porque así le decían a mi esposo. La niña se le parece en el caminado, en las piernas, en los pies. Ella es monita como él.

Hoy en día yo tengo mi casa en Urabá, la tengo arrendada y de eso me voy ayudando para sobrevivir. Esa casa la compró él y los papeles los dejó a mi nombre. Él nos dejó esa casa a mí y a mis hijas. Eso es de ellas. Yo ahora tengo el proyecto de recibir unas capacitaciones de belleza y cosmética, que es un tema que siempre me ha encantado. Con eso pienso ponerme a estudiar.

Con lo que sucedió, a uno la vida le cambia cien por ciento. Yo tengo secuelas de lo que le sucedió a él, de lo que me tocó vivir, de lo que tuve que ver. Pese a que hemos recibido reparación, uno con plata no supera las pérdidas ni la falta de esa persona. La plata no compensa lo que ha sucedido. A mí me gustaría que el Estado pusiera más atención a que no vuelva a ocurrir lo que pasó, que lo que me sucedió a mí no le vuelva a suceder a otra persona. Porque no es fácil, uno queda marcado para siempre.

Nosotros teníamos el proyecto de casarnos. Cuando él falleció teníamos la idea de irnos a San Carlos donde su familia. Él me dijo: “Mija, vea, nos vamos a ir para enero. Vamos a ir a pasear donde mi familia y vamos a proyectarnos para casarnos”. El cuatro de enero falleció él. Ahora, para recordarlo, nosotras lo que hacemos es ir a visitarlo al cementerio cuando él cumple años, le llevamos unas flores amarillas muy bonitas.



“Retrato del coautor y protagonista de este relato”.
Fotografía para el CNMH de Isis Restrepo Bulla, 2021

•
El ejemplo
de don Melco
•

Nací un cinco de febrero de 1959 en Castilla La Nueva, Meta. Mi mamá vivía con un tal Ciro Antonio, mi padrastro. Como estábamos tan pequeñitos, nos dijo que él era el papá de nosotros, pero éramos tres hermanos bastardos. Eso lo supimos mucho tiempo después, nunca conocimos a nuestro papá. En la libreta militar quedé con el apellido de mi mamá. Nosotros somos nueve: Dionisio es el mayor, Anadelbia es la que le sigue y luego mi persona; el resto son cinco muchachas y un muchacho, para completar nueve de una sola parvada.

Llegué de cinco años a San José del Guaviare. Nos llevaron en un avión de Satena. Y de ahí comenzamos a trabajar. Mi padrastro nos llevó a una finca y desmatonaba potreros, y yo comencé a crecer y le ayudaba en lo que podía, en medio de la pobreza absoluta. Mi padrastro le compró una finca a don Melco Sidel García. Trabajamos como ocho años pa' pagar la finca, como que se la dejó en diez centavos, diez mil pesos. Así era la finca de esas fanegadas, de esas hectáreas que ahorita son dos haciendas. Don Melco me enseñó mucho a ordeñar vacas y a hacer cercas, y yo rodeaba al ganado a veces hasta las cuatro de la mañana. Otras veces, cuando salíamos a la sabana, nos íbamos a cazar venados, esos que parecen chivos —creo que el nombre es ciervo—. Recuerdo que de pequeño don Melco mataba esos bichos, se los llevaba y seleccionaba las carnes para vender a clientes.

Cuando se acabó de pagar la finca que mi padrastro le compró a don Melco, recuerdo que al poquito tiempo mi padrastro se puso a tomar con don Campo A. Díaz. Nosotros ya con mi mamita andábamos contentos de que ya había tierrita pa' trabajarla, pero resulta que se puso a tomar con Campo A. Díaz y la vendió en seis mil pesos. Cuando eso le dio un poco de plata y yo sé que sacó fiadas un poco de cervezas con la plata de la finca. Ya cuando regaló la finca, nos fuimos pa' un lugar que ahorita creo que se llama la ve-

reda Nueva Tolima. Allá iban los cortes de la fundación. Yo fundé con mi padrastro una *intensidad* de tierra. Uno llegaba y, como allá había trocha, de ahí pa' allá era de la persona que había trochado, porque allá se respetaban las trochas. Siempre fuimos a buscar lejos, nos echábamos ocho horas, allá iban los cortes de la fundación, y donde estaba baldío fundamos.

Cuando tenía doce años, don Melco comenzó a decir: “Mire, Cubín, llévese estas becerras, las cría y se las dejo a los partos”. Luego me dijo: “Llévese estas novillas”, y me mandó como con treinta. A los catorce años ya podía alzar un bulto. Como la gente sembraba cosechas, conseguimos mulas y nos contrataban para sacar por lo menos treinta o cuarenta cargas de tal parte. Todo era por camino de herradura. A los catorce años yo ya arreaba bestias, ya era arriero.

Tumbamos la hermosa selva, la montaña y regamos pasto. Don Melco fue allá y vio que hicimos potrero la fundación, entonces él me dio el ganado a mí, me dijo: “Yo le doy el ganado a usted, mijo, porque no se lo puedo dar a Ciro, porque llega y se lo toma”. Y, claro, yo cuidaba y cuidaba, pero mi padrastro sí fue abeja y sacó marca. Cuando eso era fácil sacar un hierro, entonces marcaba los bichos y cada que se emborrachaba por ahí vendía una res e iba y dejaba la papeleta. Las treinta primeras que me tocaron se las ganó mi padrastro.

También fue muy atrevido con mi mamá. Eso llegaba borracho y le encaramaba la peinilla en planazos, la hacía gritar. Pero cuando yo crecí ya tenía fuercita. Un día que llegó borracho y le fue a pegar delante de mí, lo cogí del cuello y le dije: “Me hace el favor y no me le vuelve a pegar a mi mamá”. Santo remedio, que no volvió a tocar a mi mamá pa' nada.

Don Melco me enseñó a colocarles una señal en la oreja a las bichas. Cuando ya estuve grande, de diecinueve años, compré una marca en el Comité Ganadero y ahí sí saqué marca. Cuando eso

me decían: “Tómese una amarga”; y yo llegué una vez con sed y me tomé unos tragos de cerveza amarga y sentí que eso por acá me bajaba como quién sabe qué. Cuando vi que ellos ya no estaban viéndome, yo me hice el que iba a mirar las bestias, salí y volqué esa cerveza y en mi mente decía: “Ser macho es muy feo, esta cerveza es muy fea”. El que me enseñaba a ser macho y a echar cerveza era mi padraastro, pero el trabajo que yo sé me lo enseñó don Melco.

A los treinta y nueve años fue que me casé con Alba Luz. La conocí cuando vivía en una casa grande y fina. Ella llegó con otra mujer a pedir un cuarto para arrendar y yo le dije a la mandamás: “María Custodia, esas son limosneras. Dígales que se entren y vivan ahí, que no me paguen nada”. Y le dije yo limosnera a la que hoy es mi esposa. Después de decirle limosnera comencé a decirle Lucecita. Tengo cuatro hijos. El macho no se ha casado.

* * *

Fue en el año 83 cuando ya saqué la marca, entonces don Melco dijo: “Bueno, mijo, ya como usted es hombrecito, le voy a dar el aumento pa’ que tenga más amplio”. Y yo hacía potreros, hartos, y don Melco me daba ganado, vacas en aumento. Y con eso yo fomenté un capital rápido de joven, tenía veintidós años. Ya tenía uso de razón, era muy capitalista en el asunto de ganado y tierras y, gracias al señor, nunca aprendí de pernicioso de ninguna especie: ni el cigarrillo ni la cerveza ni el aguardiente, ni nada de eso.

Mi mamita fue el puente del trabajo de todos nosotros para levantar todo eso, luego yo era el puente para darle estudio a mis hermanas, a mi hermano Danilo y a los hijos de Ciro, que es papá de seis muchachos: cinco mujeres y un hombre.

Recuerdo una vez que fuimos a desmatonar. A mí me rendía mucho volar rula, era muy práctico con ambas manos y, cuando

me cansaba con esta mano, le pasaba la rula a esta mano y me rendía mucho. Hubo un contrato que le hice a un señor vecino de don Melco y dijo: “Si me desmatona ese potrero, le doy una novilla”. A esa novilla mi mamita le puso nombre. Cuando hice el contrato, don Melco dijo: “Ahora venga por la novilla”, y yo fui por la novilla. Cuando llegué, mamita dijo: “Mijo, a esa novilla le vamos a poner la Leontina”. Y así quedó.



“El coautor de este relato explica una forma de ponerse el poncho”.
Fotografía para el CNMH de Isis Restrepo Bulla, 2021

Esa novilla se creció y se volvió vaca y la llamaban la Leontina. La Leontina crio un becerro y lo llegamos a vender en dos mil pesos. A mi mamita le dio mucha nostalgia y se puso a llorar. Cuando yo miré a mi mamá llorando, yo también me puse a llorar. Y yo sé que mi mamita estaba llorando por el becerro porque después de que se nos pasaron las lágrimas le dije:

- Mamita, ¿y usted por qué lloró?
- De ver que el becerrito lo matan mañana.
- Mamita, usted también me hizo llorar a mí.

Una monja me enseñó a leer y a escribir. Se llamaba Beatriz. Le pregunté que cómo hacía para saber si estaba en la verdadera religión y ella me dijo: “Cubín, cinco más cinco diez. La iglesia que le enseñé a usted tiene diez mandamientos”. Un día que estábamos ahí charlando, y como ya tenía mucha confianza con ella, me le senté al lado y se me dio por echarle el brazo por encima y le dije que me daba pena decirle que yo no sabía nada de letras. Entonces ella llega y me dice que era muy despreciable que el novio de una monja no supiera nada. Sacó un cuaderno y me colocó el abecedario y me dijo: “Dentro de quince días usted me llena esta hoja”. Y comenzó a enseñarme el nombre de las letras, el abecedario, y me preguntaba para que se los dijera de memoria. Cuando comencé a aprenderme los mandamientos, comencé a saber algo de números y de letras, y entonces comencé a conocer la plata y a saber qué eran mil pesos, qué eran quinientos pesos y ya con eso no le traía el ramillete de plata a mi mamita. Ya le tocaba a mi mamita decirme:

—Cubitas, hágame un favor, ¿tiene plata, mijito?

— Sí, mamita, venga le doy tanto.

Carlos Beltrán fue uno de los que me ayudó a conocer la plata, luego de que a la monjita la trasladaran.

Los grupos armados comenzaron a llegar a San José para la época de la toma del Palacio de Justicia. Eso fue ligerito que se juntaron, en el año 81, y se comenzó a ver que ya sembraban coca, que la coca era de no sé qué, que las coqueras de no sé cuándo... Recuerdo que nosotros vivíamos en la finca La Libertad cuando ya las “fuerzas armadas” empezaron a llegar, los rebeldes. Al poco tiempo esos grupos armados comenzaron con sus cuentos de reuniones.

Al primero que reconocí en esas reuniones fue a alias *El Paisa*. Lo reconocí por el hablado, porque una vez me dijo que no tener casa era pobreza y eso se me quedó en mi inconsciente, la voz de él, porque cuando andaba de civil trabajando para mí no lo reconocí. Después, cuando él tuvo un accidente y desertó, fue que hablamos en San José y me contó que sí, que él estaba trabajando haciéndome seguimiento a ver si yo era oficial, porque yo manejaba mucha plata, ya tenía tres fincas. Tenía El Roble, tenía El Progreso y tenía la casa paterna donde nos criamos. Ahí fue donde conocí las reuniones, y eso lo convidaban a uno a tal parte, cerca de las fincas, por tal vereda, y así fue que comenzaron con su cuento de las fuerzas armadas. Primero los trabajadores tenían que dar un porcentaje y que los dueños de fincas tenían que tener dos hectáreas disponibles para la comida; y que si querían sembrar coca, que se abrieran a sembrar coca.

Yo no fui cocalero, lo que sí me gustó aprender fue ese asunto de cómo se saca la coca en la base del agua hasta quedar harina. Eso sí yo iba de parte en parte y me pagaban billetico largo. Recuerdo que en unos platones llegaban unos costales y me ponían ahí a mí y buscaban al químico. Eso sí aprendí y trabajé poco tiempo en eso. Con la plata que me pagaban le compré a don Bernardino unas novillas. Yo llegué a tener unas ciento cincuenta novillas.

Una vez llegaron unos guerrilleros y llamaron a mi padraastro y le dijeron: “Vea, necesitamos una novilla de catorce arrobas”. Eso le hacen una charla a uno de que están comiendo yuca con solo plátano, que se defienden y que defienden nuestro territorio de palo a palo. Mi padraastro llegó y dijo: “Aquí yo ya estoy inhábil, ya no puedo trabajar. Aquí el dueño del ganado es Fulano”. Y entonces me llamaron y me dijeron que si les podía donar una novilla de catorce arrobas, y se llevaron esa novilla. Ellos mismos la mataron y se la llevaron. Luego vinieron por tres, luego por siete más.

Y yo no contestaba nada, pero en mi mente dije: “Siete... En esto dicen que se llevan todas”. Les respondí: “Cojan siete de ahí pa’ allá, cojan siete animales”. Eran novillos grandes, blancos. Pero no aguanté y les dije duro: “En esto dicen que se llevan todas”. Ellos iban por allá bien allá y no sé si se ofendieron, pero se devolvió un guerrillero y me habló durito: “Ensillemos un caballo de esos y va y nos entrega ese ganado a tal parte”.

Llegamos a un lugar, salieron otros tres guerrilleros. Ahí sí me parece que salió el que me habló golpeado y dijo: “Usted ya devuélvase de aquí”. Era pura montaña espesa. A los tres o cuatro meses fui, ahí tenían un campamento, eso había de todo. Ahí hacían la comida y ahí fue donde se comieron las siete reses. Esa vez se me identificó el comandante alias *Floro* del Séptimo Frente de las FARC. Me preguntó que si yo era dueño de todo el ganado que tenía. Le dije que no, la mayoría sí era mío, pero hay parte ajena, y me preguntó por los otros dueños y le nombré dueño por dueño del ganado. Él abrió una libretica y empezó a hacer las boleticas y me dijo: “El jueves necesito a todos los dueños del ganado. Y usted me trae todo el ganado de El Roble, de El Progreso, todas las reses que usted tiene, y las encierra en este corral. Los espero”. Yo le llevé las boleticas a los dueños del ganado: Gustavo, don Melco, el hijo de don Melco y uno de apellido Marín.

El tal *Floro* llegó temprano y se puso a remendar el bolso en que él cargaba las armas. Cuando ya estaba acabando de remendar me hizo señas para que me acercara y me dijo: “Llámeme al hijo de don Melco”. Se terció el bolso y sacó la pistola y le dijo: “Tiéndase, tiéndase”, y se le arrimó a Henry con la pistola en la cabeza. Henry se acostó al lado mío. Yo tenía una peinilla en la cintura. El guardaespaldas de *Floro* vino y me la sacó y la tiró pa’ allá, porque el guerrillero tenía que agacharse a amarrar al otro y me dijo que no me moviera. Me quedé quieto.

A Henry lo pararon de ahí y se lo llevaron y lo entregaron por allá a otros. *Floro* regresó y les dijo a los dueños de ganado: “Esto es para una investigación: pásenme todos los papeles de ustedes”. Yo vi a todo el mundo sacando los papeles pa’ entregarle. Nos rapó la billetera a todos, las echó en un bolso y se fue. Me mandaron a arrear todo el ganado a mi finca y allá estaba un guerrillero esperando. Eran doscientas veintiocho reses en total. Ese mismo día se tomaron la finca El Progreso. A Henry lo amarraron y se lo llevaron. A los tres o cuatro días le pidieron a Don Melco setenta millones de pesos por el rescate de Henry.

Un día estaba calurosa la mañana, fue cuando alias *Gentil Duarte* llegó, se había machucado el dedo de la mano izquierda y me dijo:

—Miré como me volví este dedo, Cubín.

—Está amoreteado.

—Sí, esta mañana limpiando el fusil.

Después recuerdo que me dijo estas palabras:

—Usted está en brazos caídos con el camarada *Floro* y con el camarada *Edilberto*. Lo mejor es que no vuelva por la finca de El Progreso ni tampoco por la de El Roble. Usted no quiere ingresar. Si usted entrara a “la institución” entraría de una vez con ascenso, porque tiene capital para comprar un fusil, pero como no lo convencí, entonces le voy a decir que es mejor que se vaya. Usted me ha simpatizado, le voy a decir este consejo: váyase de por aquí. Usted se defiende muy bien en otros lados y yo voy a hacer todas las vueltas para entregarle su ganado. Yo me comunico con usted, yo lo llamo, pero váyase porque apeliagra la vida suya y las de sus niñas.

Esa fue una charlita de media hora. *Gentil Duarte* se valía mucho de mí, me pedía muchos favores, por eso me tenía en buena estima.

Después de eso yo desayuné y le dije a mi esposa que alistáramos una mulita de jala que teníamos. Así nos fuimos. Mi mamá lloraba porque de un momento a otro yo me iba de la casa. Ella se quedó en la finca hartoo tiempo, hasta que falleció.

Después de eso me vine para una finca que me dejaron para cuidar. Me la dejó un tal Manuel Mejía, era un sitio que se llama La Recebara. Ahí me dejó él para vivir y me estuve un poconón de tiempo.

Luego negocié, por medio de un tal Germán Unsiso, una finca que queda cerquita al kilómetro nueve. Yo la negocié con el dueño, don Héctor José Loaiza Noreña, que era de por allá de Buga. Seguí trabajando un poco de tiempo y ya tenía hartoo ganado, unas ochenta reses de doble propósito.

Todo transcurrió de nuevo por allá en el año 98. Fue un miércoles o jueves, ya había pasado el mandato de Samper. Era de mañana y estábamos listos para irnos a la iglesia. Nosotros somos adventistas y estábamos toditos cuando llegó alguien que se me identificó como alias *Chaqueto*. Calzaba zapatos finos, de puros militares, llegó bien vestido de civil y decía AUC [Autodefensas Unidas de Colombia]. “Soy alias *Chaqueto*”. Se paró, y por allá había bien lejos una mata de guayabo y cogió un rifle, una carabina y le hizo un disparo a la peca del árbol y me dijo:

—Coja ese rifle y hágale un disparo para ver si le pega donde yo le pegué.

—No, Chaqueto. No me gusta manipular armas. Primero, soy adventista, y la palabra de nuestro Dios prohíbe manipular la muerte.

Ese día me dijo que tenía que dejarles la finca, me dijo: “Tómese su tiempo y saque todo lo que tenga que sacar. Yo como estoy en estos lugares, yo miro cuando la finca queda sola. No es necesario

que me la entregue hoy, lo que sí es que tómeselo el tiempo que usted necesite”. Yo de ahí me fui pa’ un lugar llamado la San Francisco, un sitio llamado El Mirador. Me encontré con don Manuel y él me arrendó la finca porque yo tenía ganado. Hicimos documento con don Manuel y todo eso, entonces reuní el ganado y lo metí al corral.

Luego apareció un tal alias *Brayan*, también con brazalete de las AUC, que había llegado también con *Chaqueto*. No me dejó contar el ganado. Solo logré sacar cuarenta reses, de ochenta que tenía. Ahora esas fincas están en Restitución de Tierras. La mayoría son haciendas: El Roble, El Progreso y la última que me quitaron las autodefensas. Son haciendas porque la mínima es de ciento ocho hectáreas: El Roble de ciento cincuenta hectáreas, El Progreso también de ciento cincuenta hectáreas —todas compradas—, y la otra —que también compré— me parece que de ciento veinte hectáreas. Aquí la del kilómetro nueve está en Restitución. Pero esas tres fincas de allá de la vereda de Los Alpes y de Nuevo Tolima están todas confiscadas, esas me las quitó todas el Séptimo Frente de las FARC, y las que me quitó *Chaqueto*, de las autodefensas.

Ya estábamos hartos de andar de finca en finca, de tener a las niñas de escuela en escuela. Don Saúl, el de la finca donde administrábamos, no nos pagó, nos quedó debiendo mucha plata a mi esposa y a mí. Así que liquidamos y con eso me conseguí un lotecito en San José. Con el tiempo yo era el caporal, recibía el ganado de un lado a otro lado. Entonces a mí me pagaban las vaquerías. Las niñas y yo siempre sacábamos los domingos: ese día, como no estaban estudiando mis chinitas, ellas eran las vaqueras. Les gustaba mucho montar a caballo.

Después me tocó trochar una de las fincas que me habían confiscado. Pero yo ya estaba despojado de ella. Después de que me la quitaron, eso me buscaron hartos clientes para venderla, porque la fue a comprar un tal señor que era prestamista aquí, se llama

Reinaldo y la esposa se llama Gloria. Recuerdo una vez que Gloria estaba en la notaría haciendo unas autenticaciones y dijo: “*Cubín*, si necesita usted mi firma de esa finca, yo le doy una firma, porque yo recuerdo que cuando fuimos con Reinaldo a comprar una finca, él dijo: ‘Esta finca no la compro yo porque esta finca se la quitaron a un ganadero de aquí de San José y yo lo conozco porque él ha trabajado conmigo, me ha ayudado a ver el ganado de Miro Lindo. Por eso yo no compro esta finca, porque yo sé que se la quitaron a ese señor y él es un vaquero mío’”.

Esa finca la compró un tal Hernando Vázquez, que tiene casa o tenía casa aquí. Yo le sembré pasto a esa finca. Eso por allá en el 2001.



“Retrato del coautor de este relato con su sombrero y su poncho, dos elementos que escogió como representativos de su labor diaria y su identidad”. Fotografía para el CNMH de Isis Restrepo Bulla, 2021

Cuando uno tiene ganado se vuelve muy servicial, porque yo recuerdo que miraba primero el ejemplo de don Melco y luego me miraba a mí. Cuando tuve ganado, también me llegaba gente a decirme: “Mire, usted tiene ganadito y yo tengo una finca en tal parte, ¿por qué no me deja unas dos o tres que yo pueda cuidar, les pueda dar el pastico?”. Cuando eso la sal era muy barata y la tierra tenía muchos

nutrientes, entonces no había que echarle sal ni nada. No es como ahora que es tan dificultoso para tener ganado. Entonces, como decía, uno de ganadero le sirve a la gente. Uno era solidario porque mucha gente criaba muchos niñitos y necesitaban tener con qué comer. Ya paría la vaquita y tenían leche para los niños, y por lo menos engordaba un novillito —o lo que sea— y remataba el novillito o algo así. Se siente bien tener capital honestamente del ganado.

A mí me ha hecho mucho perjuicio la guerrilla. Los grupos alzados en armas me han hecho mucho perjuicio. Yo tenía dieciocho trabajadores a mi cargo cuando comenzaron esas reuniones y les hicieron lavados de cerebro. Los dieciocho se fueron para la guerrilla y, de esos dieciocho, solo salieron dos.

Ya cuando se vino la dificultad con ese asunto del narcotráfico vinieron las mortandades. Miraba uno y eso se veía plata hasta por los aires, pero miraba también un montón de muertos por lado y lado.

Por acá eso eran trochitas, y en esos caminos así pasaba un tractor o pasaba un carrito grande; cuando uno venía, ¡pum!, y se encontraba uno o dos muertos ahí. De resto, cuando no hubo ese apogeo, pasaban años y años y nunca sabía que se moría alguien ni que mataban a alguien.

Yo vi crecer a San José con el cuento de la ganadería. Pero mi vida cambió por allá en el 91 cuando estos rebelados y los de las autodefensas comenzaron a quitarme una novilla, luego tres, luego siete y después me despojaron de todo el ganado y me quitaron las fincas. Y otra vez a comenzar de cero. Gracias al señor, y a la buena fama, yo vine a dar a la finca donde estoy ahora. Eso de una

vez cada quince o veinte días me llegaba una persona diciéndome: “Mire, yo le doy un ganado a cuidar. Usted como tiene esa finca ahí y tiene pasto, yo le doy un ganado a cuidar. Y si quiere se la dejo en aumento a pagarle pasto o usted me las cuida y yo le pago por el cuidado”. También llegaban personas que me decían: “Cuideme esas reses por tanto tiempo, y yo le pago a usted mensual tanto para que me las cuente, me las cuide”.



“El coautor de este relato enseña los distintos puntos de su territorio que habitó y en donde trabajó”. Fotografía para el CNMH de Isis Restrepo Bulla, 2021

Yo me sentiría muy conforme con que hubiera una reparación económica, porque vuelve uno como al asunto de la buena convivencia y de vivir uno con más tranquilidad. No en vano trabajé. Yo me imagino que la hora y la gloria sean dadas a nuestro Dios. Lo que llegue por beneficio del Estado, llega muy bien llegado; y lo que nuestro Dios conceda y le llegue a uno, eso debe uno de agradecerlo y conformarse.

Aquí en San José hubo un programa de sicología: un sicólogo llamado Henry nos reunía allá pa'l lado de la Casa de Cultura. Y yo recuerdo que de ahí él me sacó una vaina que yo tenía como complejo o como algo *dramático*. Como yo siempre he trabajado con ganado, yo salía a un potrero y miraba un monte y me acordaba de lo mío. Ese sicólogo me sacó eso de la cabeza. Ahorita es como si yo no hubiera tenido nada. Nos pasó una cartulina y nos dijo: “Hagan el mamarracho que se acuerden cuando los desplazaron”. Entonces, yo pinté a *Gentil* con el fusil y pinté el corral. Luego me hizo tacharlo y me dijo: “Ahora sí, pasen, ¿qué sintieron?, ¿qué salió?”. Yo sentí que descargué de mi mente el haber tenido ese capital. Ahorita me siento como si no hubiera tenido nada, me siento muy tranquilo. Yo digo que ese tal Henry me hizo lavado de sicología, porque toda la secuela que tenía en la mente mía la saqué.

También le doy gracias a Dios porque puso en mi camino a la monjita de esas bien católicas que fue la que me evangelizó. Cuando eso me mandaban a mí a llevarlas al lugar donde se hacía el catecismo y yo le pregunté a ella que cómo hacía uno para estar en la iglesia verdadera del pueblo de Dios. Ella me dijo: “Cubín, cinco más cinco diez. La que enseñe diez mandamientos, a esa llegarle”. Y a mí se me quedó eso en la mente. En todas esas adversidades, la fe es lo que me ha mantenido.

Recuerdo también una vez que recibí ejemplo de don Melco. Habíamos ordeñado y estábamos desayunando, y llegaron a hablar que Fulano de tal cometió tal cosa. Él se levantó y les dijo: “No, no. Eso no hay que pensar en matar, porque uno mata al otro y otro más adelante lo mata a uno”. Gracias a Dios don Melco murió de una muerte natural, no murió ni a bala ni nada. Murió como de ochenta y cuatro años, Don Melco, que me enseñó tanto.



“Orlando Plaza”. Fotografía para el CNMH
del archivo de la familia Plaza, 2021

•
El último ganadero
que quedó en Urabá
en la década de
los noventa

•

Mi papá era un ganadero. Era una persona de respeto, lo que él decía lo cumplía. Él era un hombre muy emprendedor, trabajador en exceso. Llegaba a las doce de la noche de hacer un negocio y a las cuatro de la mañana empezaba a trabajar otra vez. Era un guerrero: donde le tocara frentear, él iba y frenteaba. Es más, él fue el último ganadero que quedó en Urabá en la década de los noventa. Se llamaba Orlando Plaza Bermeo. Cuando murió, en el año 1995, tenía cuarenta y tres años.

En 1994 los paramilitares y la guerrilla se disputaban la zona entre Dabeiba y Chigorodó. Era un tema de control del Urabá, ese era un corredor estratégico. Muchos ganaderos se fueron por miedo; ellos y sus familias hicieron parte de las más de 69.305 personas que se desplazaron forzosamente del Urabá entre 1985 y 1995. Las FARC empezaron a matar a muchas personas desde finales de la década de los ochenta porque estaban perdiendo territorios. A mi papá le decían: “Orlando, vámonos, vámonos” —los amigos le decían: “Vámonos, vámonos”—, pero como a él le habían quitado mucho, él dijo que no, que él no se iba, porque ¿qué iba a hacer en la ciudad?

La situación no mejoró con el paso del tiempo. Los ganaderos asentados en el Urabá sufrieron asesinatos con intenciones de robo o sicariato y secuestros extorsivos. Por lo menos treinta y ocho ganaderos o hacendados fueron asesinados entre 1980 y 1995. La mitad de ellos estuvieron vinculados a integrantes de las FARC, la otra mitad a grupos armados que no se identificaron. También cinco ganaderos fueron víctimas de secuestro por parte de la guerrilla y pasaron por lo menos cien días raptados. Este era el panorama de guerra al que se enfrentó mi papá para sostener a nuestra familia¹².

12 Este párrafo se construyó con base en datos del CNMH, Bases de datos, Observatorio de Memoria y Conflicto, fecha de corte: 30/04/2022.

Mi papá nació en Florencia, Caquetá, en una familia de diez hermanos. Mi tío cuenta que tuvieron que salir muy jóvenes de Florencia:

Nos fuimos a Fusagasugá porque mi papá fue el primer secuestrado por el M-19 [Movimiento 19 de abril] en Florencia, yo tendría por ahí catorce años. La familia vendió las casitas del pueblo, vendió las cositas, se pagó y lo soltaron. Después a mi papá le dio mucho miedo. Él era un hombre muy sano, muy devoto de la iglesia, respetuoso, y dijo: “Yo me voy”. También se dedicaba a la ganadería ahí en Florencia, tenía una tierra, poquita. Ya en Fusagasugá mi hermano Orlando se fue a Villavicencio y se volvió ganadero, porque eso era lo que sabíamos hacer. Mi papá, aparte de tener su finquita, administraba una hacienda grande, entonces eso fue lo que aprendimos. En Villavicencio él les surtía el ganado a los almacenes LEY que hoy en día son Éxito; era la carnicería más grande que había en Villavicencio. Él era intermediario de ganado, no tenía tierra. Su vida era muy bonita porque se mantenía entre los corrales de ganado y el matadero.



“Finca La Sierra”. Fotografía para el CNMH del archivo de la familia Plaza, 2021

Mi papá viajaba mucho, vendía productos en los Llanos. Entre viaje y viaje, en Villavicencio conoció a mi mamá. La luna de miel fue por allá en un camión que él tenía, cargando ganado. Él era comerciante, pero principalmente era un ganadero, era enamorado de su ganado. Yo nací en Villavicencio en mayo veintiocho de 1979. Mi mamá venía de Santander. Yo soy un revuelto de santandereano, caqueteño y llanero, criado en Urabá.

En esa época los negocios no se hacían en la subasta, sino en la feria de ganado, en la cantina, en todo lado; entonces, mi papá era un ganadero que andaba pa'riba y pa'bajo. Le tocaba. Él prácticamente se trajo a toda su familia para Villavicencio. Después, por cosas de la vida, terminó en Urabá y de nuevo se llevó a toda la familia para allá. Nosotros vivimos en Villavicencio durante mi niñez. Al principio, por los viajes de mi papá, mi mamá y yo casi siempre estuvimos solos. Luego yo lo acompañaba a él. Cuando a mi papá le salió el negocio en Urabá, tuvimos que trasladarnos a Medellín y un tiempo después nos fuimos a vivir todos a la finca. La primer finca que compró mi papá se llamaba La Sierra y era contigua al lugar donde se asentaba las FARC en la vía entre Mutatá y Chigorodó.

Mi tío cuenta que cuando llegaron a Urabá por negocios lo hicieron con miedo, pero les quedó gustando la tierra y sus posibilidades. En sus palabras:

El cuento en el interior era que en Urabá mataban gente por ver caer. Pero en el primer viaje que hicimos nos presentaron como “los llaneros”, vinieron los ganaderos a conocernos y decían que los llaneros éramos los putas. Cuando volvimos ya teníamos una historia, teníamos una referencia y todo el mundo nos fiaba ganado, así nosotros empezamos a llevar ganado para Medellín. Como el ganado en Villavicencio era a peso —o sea, peso de pesar por kilo— y en Urabá era al ojo, nosotros le llevábamos una ventaja grande al ganadero de Urabá. Si ese ganado, esa vaca, pesaba trecientos kilos, era al ojo, y nosotros para el ojo sí éramos buenos: le acertábamos mucho al ganado. Fue nuestro gran éxito.

Nosotros estábamos enseñados a ver la tierra de Villavicencio muy dura, muy árida, con mucha piedra. En el primer viaje que hicimos a Urabá había un señor que estaba haciendo una cerca, yo miraba que él metía la pala y la tierra salía como ponqué, y dije: “Orlando, mire esa tierra, y nosotros para poner un poste allá tenemos que coger barro”. La tierra era muy virgen, todo era fácil de hacer, hasta los negocios, pero faltaba mucha cosa, la luz era muy ineficiente.

La finca que él compró al principio quedaba en la quebrada La Fortuna, se llamaba La Sierra. Luego se fue ampliando. Eran como trescientos cincuenta hectáreas. Al establecernos ahí nos dimos cuenta de que el negocio de nosotros no era tener ganado en la finca sino recibir ganado a utilidades y no dejarlo un año, sino venta y compra, que era lo que dejaba la platica. Nos gustaban mucho las vacas paridas: nosotros las cebábamos y de una vez las vendíamos. Orlando era ganadero a morir, él respiraba por el ganado.

Su sueño en Urabá era importar toros de leche para mejorar la calidad de vida de los campesinos; inclusive, lo estaba haciendo. Él trajo, por lo menos, unos ochenta toros y se los fiaba al campesino que tuviera diez, veinte vaquitas. Después hizo un contacto con Colanta, y Colanta le vendía los machos chiquitos, los terneros pequeños Holstein. Pero ahí fue cuando el sueño quedó frustrado, el sueño de que Urabá tuviera unas lecherías grandes y de calidad, que el pequeño ganadero subsistiera con su leche. Otros sueños quedaron frustrados también, como los de ver a sus hijos crecer y educarlos.

Mi papá aportó mucho al progreso de la ganadería en Urabá. En 1991 abrió la carnicería El Becerro de Oro, que se convirtió en un epicentro ganadero para la región. Hernán Isaza fue uno de los primeros trabajadores de la carnicería y recuerda que se convirtió en la mejor carnicería de la región, pues para ese entonces las carnicerías que había en Urabá no estaban tan tecnificadas. El Becerro de Oro implementó vitrinas y cubrió todas las necesidades para distribuir carne de la mejor forma posible.



“Carnicería El Becerro de Oro”.

Fotografía para el CNMH del archivo de la familia Plaza, 2021

Mucha gente tomaba a mi papá como un padre. Él, si tocaba llevarle las papas a la vecina de la finca, iba y se las llevaba; le llevaba los medicamentos o lo que necesitara, entonces mucha gente lo quería. Él se hacía querer y por eso mucha gente también le decía a la guerrilla: “No se meta con él, no se meta con él”. Esa era su forma de trabajar. Yo creo que casi ningún amigo va a ir a frentear con la guerrilla por otro.

A veces yo lo acompañaba cuando pelado. Él me llevaba porque ese era el modo de vivir de muchos ganaderos. No era que estuviera de acuerdo con las FARC, porque si hubiese estado de acuerdo nunca lo hubieran secuestrado. Los ganaderos de Urabá de esa época eran muy unidos porque cada uno tenía que sobrevivir. Se hacían amistades y el ganado se manejaba por buen nombre, por respeto y por seriedad en los pagos.

Un ganadero con dinero, estando en Medellín, no iba a negociar por teléfono —apenas estaban saliendo los celulares—, le tocaba ne-

gociar de frente y más encima negociar a expensas de que lo secuestraran. Entonces, ¿qué tocaba hacer? Llamar a alguien que estuviera en Urabá, alguien de confianza, que supiera, que respondiera, que pudiera hablar por él, y ahí entraba mi papá. No lo hacía con todo el mundo, pero sí lo hacía con los más grandes amigos que tenía, y yo creo que también por eso lo mataron las FARC, por frentear. Cuando él murió, yo creo que lo que sintieron las personas de Urabá fue desprotección, esa es la palabra, dijeron: “Si mataron a Orlando Plazas...”. Todo mundo, los poquitos que quedaban por ahí, se fueron.

A mi papá lo secuestraron dos veces. La primera vez fue entre 1985 y 1986, lo secuestraron entre Mutatá y Chigorodó, yendo para la finca. Nosotros aún vivíamos en Medellín y él llegó a la casa todo empantanado. Yo estaba en primaria y esa fue la primera vez que yo viví el conflicto. Mi tío recuerda ese momento como algo traumático para la familia:

Uno no sabía ni en qué pensar, ni quiénes eran ni cómo eran, pero como era un pueblo tan pequeño se supo que eran las FARC. Mi hermano mayor empezó a negociar y a decir que Orlando no era el rico que pensaban que era, sino que se movía mucho por todas partes. Eso fue un caos, fue muy duro, fue como un baldado de agua caliente que nos puso a brincar a todos. Pensábamos mil cosas, se sufrió mucho.

Del primer secuestro sé que aparentemente los responsables fueron las FARC. El segundo fue más traumático para mí. El día anterior había tenido un conflicto con mi papá. Yo me había ido de la casa y al siguiente día mataron a un amigo, me fui para Carepa al entierro y mi papá fue hasta allá a recogerme. Al otro día, ya en la casa del pueblo, madrugamos para la finca, nos fuimos con un primo. Al parecer mi papá tenía una cita con alias el Negro Acacio, pero el Negro Acacio no llegó. Cuando nos devolvimos, nos estaban esperando un chivero y cinco guerrilleros armados que se bajaron de un carro. Nos dijeron: “Bájense, bájense. Usted es Orlando Pla-

zas y usted es César”. Entonces, yo le dije al señor: “¿Usted de qué frente es?”, y él dijo: “Del Quinto”.

La idea era llevarse a mi papá y al supuesto hijo, pero yo no me parecía a mi papá, el que se parecía era mi primo. Al principio, como mi primo era menor de edad, pensé que lo mejor era dejarlos en su confusión y a lo mejor no nos llevaban a ninguno de los dos. A mi papá lo amarraron y lo metieron atrás de un Montero rojo. Nos metieron por Puerto Amor, una vereda de Chigorodó que sale al río León, que es un sitio muy estratégico para ellos. Nos dejaron esperando debajo de un palo desde la una de la tarde hasta las seis de la tarde. Para mí, ese fue el momento que más tuve conexión con mi padre: yo pensaba en qué hubiera pasado si él no hubiese ido por mí a Carepa y a él lo hubieran desaparecido en el secuestro.

Él me empezó a contar muchas cosas que yo no sabía. Me hablaba de qué tenía que hacer si se moría, qué tenía que hacer si se demoraba, qué tenía que hacer si me secuestraban a mí y a él lo dejaban salir. Cuando llegó la noche, llegó el *Negro Acacio*. A mi papá le tallaban las manos de estar amarrado, entonces yo lo sostenía. Mandaron a traer la lancha. Estaban esperando la noche para trasladarnos por el río León. Llegamos al campamento y nos dijeron que lo iban a secuestrar por equis o ye razón. Luego nos dieron de comer; mi papá no les recibió, yo tampoco. Luego mi papá se despidió de mí, nos abrazamos, me llevaron a la entrada del pueblo con mi primo y nos dijeron: “Corra”. Yo le dije a mi primo que tomáramos rutas diferentes para despistarlos y llegar lo más pronto posible a la casa.

Llegamos a la casa y todo el pueblo ya sabía que lo habían secuestrado, nos estaban esperando. En esos tres meses la UNASE, que era la Unidad Antisecuestro, estuvo detrás de mí. Nos preguntaban constantemente si era verdad que lo habían secuestrado. Era muy complicado denunciar un secuestro en ese momento porque

esa zona era de la guerrilla. Mi mamá me dijo: “Váyase para Medellín, a usted le toca irse”. Allá estuve dos meses encerrado en una unidad porque el cuento era que si él se volaba a mí me mataban. Cuando lo soltaron, recuerdo mucho que cuando llegó nos abrazamos y él estaba todo barbado y flaco. Duró como cinco meses secuestrado, eso fue entre 1994 y 1995. Mi papá no volvió a ser el mismo. Mi tío lo recuerda así:



Orlando Plaza B

“Retrato de Orlando Plaza”. Fotografía para el CNMH del archivo de la familia Plaza, 2021

Él siempre estaba triste, como ido, no sé si por el secuestro. Quizás más por sentirse solo o porque ya se miraba sin plata y las tierras no valían nada. Para él fue muy humillante. La plata se había perdido, el ganado

que tenía de él todo se había perdido, los que le tenían ganado a utilidad se lo habían llevado para Medellín. Todo se lo habían quitado. Vivía preocupado porque él compraba las fincas fiadas y tenía que cumplir con sus obligaciones.

Después del segundo secuestro toda la familia nos fuimos de Urabá, nos fuimos con lo que tuviéramos, nos fuimos a Medellín y allá yo duré cinco años. Cuando venía a Urabá, venía por cuestiones del negocio, del ganado o alguna cosa, y pedía permiso y me dejaban quedar una noche en el Batallón. Llegaba por la mañana y me iba al otro día en el último vuelo. Venía con una zozobra increíble.

Yo entiendo por qué Orlando no quiso irse. Muchos de los ganaderos que yo conocía se fueron, regalaron las cositas en Urabá y se fueron a poner tiendas a Medellín, a hacer lo que no sabían. La mayoría de mis amigos se quebraron porque ¿qué puede hacer uno, un finquero? Va y con cuatro pesitos pone una tienda, y no sabe de tiendas, la gente no estaba acostumbrada a eso. Por eso yo después de un tiempo regresé a Urabá, yo decía: “No, no. Yo no voy a hacer ningún negocio en Medellín”. Había mucha gente que quería que yo vendiera las cosas y yo decía que no.

En 1995 mi tío me invitó de paseo al Huila. Íbamos a ir todos y mi papá no quiso acompañarnos. Yo me fui y por cosas de la vida se nos quemó el carro en el camino y nos tocó devolvernos. Al otro día, cuando llegamos a Medellín, nos dijeron: “Mataron a su papá”. Pero como a él lo mataban cada ocho días, nosotros ya no creíamos: “Ah, otra vez lo mataron”, dije yo. Pero a él lo mataron de verdad. Venía de su finca, entre Chigorodó y Mutatá, iba con dos familiares y delante de ellas lo mataron. Eso fue en Guapá, llegando a Chigorodó.

Me dijeron que lo despidieron con pañuelos blancos en el aeropuerto como unas doscientas personas. A él lo despidieron en Chigorodó. Mi mamá se vino en el avión con él, ella me decía: “Usted no se imagina la cantidad de gente llorando”. Mi mamá ha sido muy recia. Durante el secuestro, el Negro Acacio le dijo: “Le voy a mandar

los dedos de su marido”, y ella le respondió: “Pues, mándelos, entonces ¿con qué le va a firmar el cheque?”, y le colgó.



“Orlando Plaza y César Plaza, coautor de este relato”. Fotografía para el CNMH del archivo de la familia Plaza, 2021

En ese momento era muy complicado que una viuda tuviera una finca: o la robaban o la mataban. Lo mejor que pudimos hacer fue irnos y vender todo. Ahí la historia se parte, empieza el paramilitarismo en Urabá después de la muerte de mi papá. Mi vida también se partió ahí. Cuando llegué a Medellín, después de la muerte de

mi papá, para mí todo era normal, ver un muerto era normal. Me volví insensible. Un primo me dijo: “Haga un curso de esos emocionales”, y un tío me pagó uno como de un millón y medio, porque yo así no iba a hacer nada en la vida. Yo tuve un momento de mucho trago, mucha rumba, mucha violencia. Manejaba eso como un desahogo para salir de la realidad, pues no teníamos un hogar. A mí me tocó desaprender y ser sensible. No era porque no sufriera, uno sufre, lo que pasa es que no me salía el sufrimiento. Luego encontré un desahogo que fue el estudio. Yo me dediqué a estudiar, hice como veinte cursos del SENA, pero siempre estaba esa sombra del conflicto, siempre estaba el tema del conflicto.



“César Plaza, coautor de este relato, revisita una de las fincas donde creció”. Fotografía para el CNMH de Daniel Francisco Sarmiento Gómez, 2020

Yo tenía un descontrol emocional muy bravo. Solo estaba con mi mamá y me estaban buscando y siguiendo. Algunos amigos que tenía, que estaban en el paramilitarismo, querían que yo me metiera en eso. Entonces mi mamá me dijo: “No, no, no. Usted tiene que

estudiar, vámonos para Villavo”. Y en Villavo me puse a estudiar y terminé ayudando a las víctimas, porque me di cuenta que perdían muchas oportunidades por desconocimiento de proyectos del proceso de paz y sentía que tenía una responsabilidad social y un llamado a ayudarlos por todo lo que nos había acontecido en Urabá, por eso hice una especialización en proyectos.

Mi mamá también quedó con muchos baches emocionales. Ella vivió los secuestros de mi papá y luego su asesinato. Quedó con un hijo único, sola, y con tantos problemas en esa época. Se sintió muy desprotegida y sacó fuerzas no sé de dónde. Ella no quiso volver a la finca después de esas grandes experiencias.

Yo, en cambio, tengo recuerdos felices en la finca donde vivimos. Hoy día siempre trato de ir a comer al pueblo, a Mutatá; voy con mi hijo y le cuento: “Vea, aquí quedan La Fortuna y Chadó”. Es como un llano donde se ve el sol al fondo, y en la curva, ya cuando usted va a seguir para Chigorodó, había una casa de dos pisos muy grande. Yo viví muchas cosas ahí con mi papá y mi mamá, ahí aprendí a manejar carro. La casa era roja y azul, con unas matas al frente que mamá sembró. Yo pinté esa casa. También estaban los establos de ganado. Recuerdo mucho que mi papá cuando topizaba el ganado —es decir que les quitaba los cachitos o los capaba— me decía: “Usted no quiere estudiar, trabaje”. Y me mandaba con los obreros: “Vaya, topice. Tumbé el ganado usted”. Yo tenía doce años y me acuerdo esos aporreones que me metía el ganado. Yo estaba pequeño y a mí todo me parecía una aventura. A esa finca también llegó la guerrilla cuando fue a tomarse Mutatá.

Cuando murió mi papá, mi tío dijo: “Uno nada se lleva en la vida”. Gracias a Dios no aguantamos hambre, pero no era que estuviéramos en la riqueza, siempre estuvimos medido medido. A veces me pregunto todo ese trabajo para qué fue. Hoy día lo que yo quisiera es que haya el reconocimiento de que mi papá era una buena

persona, ganadero, frentero y fundamental para el gremio ganadero de Urabá. Jaime Calderón, uno de sus más grandes amigos, lo recuerda así:

Orlando era muy abierto, hablador, mamagallista, de buen humor y echado para adelante. Era agresivo en los negocios, era muy arriesgado y pa' delante: metelón. Era muy activo, muy amigo de toda la gente, muy sociable. Con su muerte quedó un vacío muy grande, se siente mucho su ausencia.

Mi tío, con quien compartió tanto, también lo recuerda con muchísimo cariño y resume con sus palabras cómo lo recordamos sus amigos, trabajadores y familia:



“Pertenencias de Orlando Plaza, fotografía que la familia Plaza tomó como homenaje a Orlando”.
Fotografía para el CNMH del archivo de la familia Plaza, 2021

Todo lo que sé sobre el comercio me lo enseñó mi hermano. También me enseñó mucho sobre querer a la familia. Me enseñó a quererme a mí mismo. He tenido situaciones duras aquí y me he enfrentado a ellas evo-

cándolo a él. Yo tomé la mejor herencia de él, una herencia intangible. Los grandes amigos de él me acogieron y me acobijaron, me enseñaron, me llevaron, me orientaron y todavía yo llamo a muchos viejos de esos a las cinco de la mañana y les pregunto: “¿Usted qué piensa de este señor?, ¿usted qué haría con este señor? Hay este negocio, hay este otro negocio”. Yo lo escucho, me agrada escuchar diez, veinte veces las mismas historias, porque a los viejos les gusta repetir las mismas historias.

¿Qué fue lo que yo aprendí de Orlando? Que todo lo que él me decía y le escuchaba hablar con los amigos tal vez yo no lo ponía en práctica en el momento, pero ya cuando él murió, todo eso fue mío y lo puse en práctica. Yo relaciono eso con Jesús y los apóstoles, no fue que a los apóstoles les haya llegado el don de la sabiduría, sino que se acordaron de todo lo que Jesús había predicado; eso lo sentí de mi hermano Orlando.

Hoy en día voy a hacer un negocio y digo: “Hombre, ¿cómo hubiera pensado Orlando?, ¿qué hubiera hecho?”. Cuando pienso en eso, respiro, y entonces mi cerebro como que me da buenas ideas y me voy por los buenos caminos.

Orlando era amigo del pueblo y era el guía de la familia. Aún ahora le celebramos los cumpleaños cada cinco de enero, y cuando hay un evento especial tenemos una foto con su silueta para sentarlo con nosotros en la mesa.



“Foto tomada por el coautor y protagonista de este relato en su finca”. Fotografía del coautor para el CNMH, 2022

•
L a g e n t e m u r m u r a b a
•

Nací en el municipio de Ayapel, en Córdoba, el trece de febrero del año 1956. Mi padre fue un campesino que empezó cultivando arroz y con las utilidades fue comprando pedazos de tierra y vacas. Con el tiempo, junto a un socio, hizo ganado de compañía, dividiendo las ganancias entre los dos. Mi mamá era hija de unos señores que tenían una tierra con ganado y mi padre llegó a trabajar ahí en su vereda. Él era corralero, la familia de ella buscó a alguien para trabajar y fue así cómo se conocieron.

Mi papá era de la villa de San Benito Abad, Sucre, pero se trasladó a Ayapel y allá se quedó. Ambos murieron a los noventa y dos años, después de más de cincuenta años de casados y cuatro hijos, dos mujeres y dos varones.

Yo soy el menor de mis hermanos. Nos levantamos en la finca e hicimos la primaria y parte de la secundaria en el pueblo, que estaba a tres horas, en el corregimiento de Pueblo Nuevo. Pero solo los varones, porque las hembras no estudiaron, en ese tiempo no había forma. Mi hermano estudió parte de la secundaria, como dos años; no quiso seguir estudiando porque era muy fiestero y le gustaba mucho el trago. Yo, por mi parte, sí terminé el bachillerato.

La primera finca que tuvo mi papá se la dividió con los hermanos y vendió un pedazo. Luego compró otra para luego venderla. Pasó lo mismo con otro pedazo de tierra que vendió de cincuenta hectáreas. Entonces, compró trescientas cincuenta hectáreas por otra vereda, y cuando empezó la mafia le fueron comprando y vendió. También compró una finca cerquita de Ayapel, era de trescientas cincuenta y seis hectáreas, por la vereda de Caño Muñoz.

En ese tiempo eran tierras muy baratas porque por ahí no había nada. Yo me fui para la finca que teníamos en Muñoz, pero luego comenzó a llegar la guerrilla y las cosas cambiaron: llegaban hombres, amenazaban, incluso nos quitaron una plata. Luego empeza-

ron a decir que me iban a secuestrar, entonces mi papá dijo que no, que con lo que había dado ya estaba bueno, que no más.



“Foto tomada por el coautor y protagonista de este relato en su finca”. Fotografía del coautor para el CNMH, 2022

Cuando salíamos de vacaciones del colegio uno llegaba a San Isidro y lo ponían a montar caballo para estar detrás de las vacas. En ese tiempo le daban a uno la ropa y cualquier peso. Mis hermanas eran las que trabajaban. Por ser las mayores, cocinaban y pilaban el arroz para los trabajadores y los demás en la casa. Mi papá sembraba entre veinte y treinta hectáreas de arroz, tumbaba los mon-

tes para quemarlos, sembrar y limpiar el jornal –en ese tiempo no había insecticidas–. Entonces todos los días mis hermanas estaban con el machete y la recolección mientras nosotros estudiábamos. Para ir al colegio nos quedábamos en casa de una hermana de mi mamá, allá nos daban todo. Ella tenía marido pero no hijos. En ese tiempo solo había dos colegios en el pueblo: el público y el privado. Nosotros estábamos en el privado porque mi papá quería que estudiáramos y no nos tocara como le había tocado a él.

Cuando pasé a cuarto de bachillerato me fui para Barranquilla, convidado por un amigo, porque en el pueblo no se podía terminar la secundaria. Allá viví en una pensión. Tenía como quince o dieciséis años, y decía que si acababa el bachillerato iba a estudiar Medicina, pero me enamoré de una guajira. Como a mí me mandaban plata mensual, unos mil trescientos pesos en el año 75, yo vivía brincando por ahí: salía con la muchacha y con unos amigos de Valledupar y La Guajira, tomaba trago y me iba a pasar vacaciones con ella. Pero el papá era pesado con la marimba. Me dio miedo y no volví más porque los guajiros tenían fama de dar plomo y no andarse con vainas.

De regreso en el pueblo conocí a la que sería mi esposa y la mamá de mis hijos. Tuvimos dos, una mujer y un hombre, pero el varón murió a los veintinueve años de una leucemia que no le cuidaron. Se la identificaron a los veintiocho. Eso casi me acaba. Yo a él casi no lo nombro porque lo quería mucho.

Al año de haberme casado ya había nacido mi hija. Mi papá me ayudó e hicimos las vueltas para sacar un tractor nuevo con el que me puse a cultivar y a sembrar arroz en las tierras de nosotros, abajo en Muñoz. Allá yo sembraba cincuenta hectáreas de arroz. En esa época la vida era muy bonita y las cosas tenían más valor que hoy. La gente nos tenía respeto, nos tenían considerados como gente pudiente en el pueblo. Entonces salíamos regularmente cuando

se levantaba el cultivo de arroz, casi todos los sábados nos íbamos al pueblo. Esos días tomábamos trago y andábamos con mujeres, pero no se dejaban a un lado los quehaceres de la finca.

Yo tuve dos hijos por fuera del matrimonio. Aún sigo casado con mi esposa, pero nos separamos hace tiempo porque no tengo buena relación con su familia. Eso se rompió porque yo tenía una compañía de arroz con el papá de ella en la que yo era el que más aportaba, pero en una ocasión el arroz se perdió porque lo ahogó el agua y se quedaron debiendo unos insumos que estaban a nombre mío. Como yo había puesto más, le dije al papá que pagara la juria, pero a los seis meses vinieron a cobrarme porque el papá les había dicho que yo era el que la debía.

Luego de eso la familia de mi mujer decía que yo había quedado arruinado, y yo le dije a ella: “Dígale a su papá que si yo quedé arruinado fue por lo que yo le gasté al hijo mío, y a nadie le importa esa vaina. Y así me hubiera tocado pedir limosna lo hubiera hecho con tal de que estuviera vivo”. Luego de esa situación les compré los pedazos de tierra a mis hermanos.

En mi memoria, entre el 80 y 85 fue que los grupos armados empezaron a estar por ahí en Córdoba. En ese tiempo Ayapel era zona roja por ser un corredor del narcotráfico. Se decía que en una hacienda tenían una pista y ahí estaban los aviones, los cargaban y despachaban. Eso fue lo que atrajo a los grupos armados: el negocio de la droga.

Al principio la gente murmuraba. Entre 2007 y 2008 llegaron los paramilitares. Se sabía que ellos hacían presencia en el pueblo porque cuando llegaron estos grupos la dinámica cambió. Empezaron a prohibir los caminos, la gente no podía estar por ahí luego de las seis de la tarde ni pasar por las propiedades de ellos. Luego ellos

montaron oficina públicamente en el pueblo. A la gente la hacían ir a pagar las vacunas y cualquier vaina pendiente que les pusieran. O sea, ellos eran la ley. Y así está ahora actualmente porque los policías que están se hacen los de la vista gorda. Los paramilitares cuidaban a los narcotraficantes, eran como su ejército.

A mí personalmente no me molestaron, pero sí se me llevaron dieciocho cabezas de ganado de cincuenta que tenía para el negocio de la cría, unas en el 2011 y otras en el 2012.



“Foto tomada por el coautor y protagonista de este relato en su finca”.
Fotografía del coautor para el CNMH, 2022

El día del robo llevé los animales al pasto de la finca de un amigo, pero eso se inundó porque el río Cauca siempre ha tirado para Ayapel. La cuestión es que la finca de él estaba al lado de otra que fue de unos narcotraficantes. Eso estaba abandonado y desvalijado,

entonces el ganado iba de un lado al otro. Pero ese veinte de enero llegaron ellos y recogieron todo lo que estaba ahí. Eran como doce o catorce cabezas de ganado. La pérdida fue meramente material.

Con el amigo buscamos a la gente a ver si me las devolvían, pero me dijeron que tenía que pagar. Yo me rehusé y ellos dijeron que lo que ellos cargaban no lo regresaban. Así se recogieron como trescientas cabezas de ganado de varias fincas y otros vecinos.

En el siguiente robo yo tenía las vacas en otra finca porque todo estaba inundado, pero hicieron otra barrida y ahí cayó mi ganado. No había nada que hacer, uno no podía reclamar, nadie se atrevía. Luego vine a saber sobre el abigeato o robo de semovientes cuando nos tomaron la declaración.

Mis relaciones con el gremio ganadero se dieron porque Fedegán tiene las vacunas que se les aplican a los animales en dos ciclos: uno en el mes de mayo y otro en el mes de noviembre. A mí se me habían robado los animales y cuando llegaron los vacunadores les dije que se me habían llevado unas vacas, entonces me dieron un folleto para que llenara un formulario. Pero eso estuvo muy mal dirigido porque los mismos vacunadores le daban el folleto a gente que no tenía nada que ver con el conflicto, y como la gente pensaba que les iban a dar una plata y que eso iba a ser rápido, se metió una cantidad que no tenía pruebas sobre hechos relacionados con el conflicto.

En otro momento también sufrí amenazas de la guerrilla. Ellos decían que eran del Ejército de Liberación Nacional (ELN), del Ejército Popular de Liberación (EPL) y de las Fuerzas Armadas Revolucionarias de Colombia (FARC). Ellos pasaban por ahí, hacían sus cosas, secuestraban gente. Recuerdo que primero se llevaron al señor Nemecio. Después se llevaron a Ezequiel Llanos. Luego a José Torres y a Napoleón Niebles. A este último después lo mataron los paramilitares junto al papá. Dicen que al muchacho lo tenían

secuestrado y el papá no pagó el rescate completo, entonces posiblemente de ahí les vino la muerte.



“Foto tomada por el coautor y protagonista de este relato en su finca”. Fotografía del coautor para el CNMH, 2022

Ahora vivo en el pueblo con mi hija. La casa de nosotros es de dos pisos, ella vive en el piso de arriba y yo vivo en el de abajo. Tengo cuatro nietos de ella, dos hembras y dos varoncitos; una está estudiando Medicina y la otra todavía está estudiando el bachillerato. Vivo sabroso. En el pueblo todos me conocen y tengo fama de magallista. Yo no me meto en problemas.

En la finca quedó mi hermano. A veces voy y mañaneo por allá, veo los trabajadores que tengo, fumigo el potrero y les doy vuelta a los animales que tengo allá: marranos, carneros, gallinas, vacas y caballos.

En la zona sigue habiendo presencia de grupos armados que cobran vacunas por las hectáreas de arroz. Yo no volví a sembrar para no meterme en problemas en caso de no poder sacar una cosecha. En este momento allá en la finca se colinda con un solo vecino, pero él no arregla la cerca y me toca estar pendiente de que los animales de él no se me coman el pasto, porque el pasto es para que mi ganado y mis bestias coman; toca cuidarlo, porque el de ahora es artificial y uno lo ha sembrado. Es un pasto especial de la tierra baja, una hierba que hace que el ganado engorde más y se demora entre treinta y cuarenta y cinco días para crecer.



“León Jaime en la finca bananera que administra”. Fotografía para el CNMH de Daniel Francisco Sarmiento Gómez, 2021

•
Pese al miedo,
las amenazas
y los riesgos

•

Soy hijo de padres antioqueños. Ellos pasaron su vida matrimonial en el suroeste de Antioquia. Ahí nací en el municipio de Concordia, siendo el quinto de siete hermanos varones. Ellos, en orden de nacimiento, son: Carlos Alberto, Jorge William, Óscar Iván, César de Jesús, Pablo Arturo y Rubén Mauricio.

A temprana edad llegué a la región del Urabá antioqueño, concretamente a Apartadó. Crecí en un ámbito libre en el que, junto a mis amigos, me la pasaba descalzo, en pantaloneta, sin camisa; con ellos corría de allá para acá.

De ese tiempo recuerdo que el movimiento del Partido Comunista fue muy fuerte en Apartadó y en general en la Zona Bananera. Vivir en Apartadó implicaba conocer sobre la influencia y las dinámicas del Quinto Frente de las FARC y todo el trabajo político del Partido Comunista. También implicaba presenciar los hechos violentos; por ejemplo, la vez que mataron unos policías al frente del cementerio para robarles sus fusiles.

Si bien no me interesé ni involucré políticamente, mi papá llegó a trabajar en Cartones de Colombia —una empresa de capital estadounidense, hoy por hoy llamada Corrugados del Darién—, y salió de ella por formar parte del sindicato, tras trabajar durante cerca de doce años ahí, para luego ser independiente. Mi madre se encargaba de las labores del hogar y generaba ingresos arreglando ropa o en otras actividades.

Durante el bachillerato fui una persona trabajadora, por ello los fines de semana, finales de año y vacaciones trabajaba arduamente. Luego de terminar mi formación como bachiller en Apartadó me fui para Medellín. Allí ingresé a estudiar Tecnología Agropecuaria por mi inclinación hacia las cosas relacionadas con el campo. Terminé los estudios en el año de 1988.

La universidad fue la etapa en que amplíe mi conocimiento político, en particular sobre lo que llaman izquierda, que era lo que

predominaba en el Urabá. Esto a través de asambleas estudiantiles y reuniones privadas para estudiar con el PCC-ML (Partido Comunista de Colombia – Marxista Leninista). Sin embargo, tuve algunas discrepancias con esta ideología. Además, en esta época me dediqué a dos actividades: fútbol y cine. Este último me permitió abrir otras perspectivas intelectuales y conocer algunas amistades.

Volví a Apartadó para administrar una finca bananera a los veintitrés años. Uno de mis primeros contactos con el conflicto se dio en esa finca: Villa Clemencia, en la Comunal San Jorge. Desconocía la situación en el área, pero en 1988 dos sindicatos comenzaron a infundir miedo: Sintagro (Sindicato de Trabajadores del Agro, respaldado por el EPL) y Sintrabanano (Sindicato de Trabajadores del Banano, favorecido por las FARC). Después de tener un problema con algunos de los trabajadores que estaban sindicalizados, decidí renunciar.

Posteriormente conseguí otro trabajo en Urabá en una finca bananera ubicada en Currulao. Se llamaba Expobán y era propiedad de Banacol. Contaba con quinientas sesenta y tres hectáreas de banano. En ella me desempeñé siete años. En total trabajé en puestos afines trece años, llevo bastante tiempo trabajando con la industria bananera.

El tiempo en el que llegué a la zona fue el mismo año en que empezaron las masacres y persecuciones. Pese al miedo, las amenazas y los riesgos me he mantenido en esta actividad económica que sin duda tiene sus peligros, aunque nunca me haya involucrado en prácticas malsanas: siempre he trabajado con sinceridad y honestidad. Siempre fui una persona muy sociable que, a sabiendas de estar en lugares de alta complejidad, salía constantemente a interactuar con la gente para generar confianza.

A mi favor tuve el amor por el deporte. En la zona fui reconocido como deportista y jugador de fútbol, por ello muchas personas podían referenciar-me. Esto me ayudó pues en un encuentro social

me contaron que me habían estado investigando, pues se creía que era un policía infiltrado. También me ayudó, para no ser marcado negativamente en el lugar, no haber militado en ningún sector político y haber estado aislado de congregaciones y diferentes grupos.

En mi memoria está la primera vez que mataron a uno de mis empleados, Juan, a quien le decían “Botas”. En esa ocasión tuve miedo, corrí y me escondí como nunca antes lo había hecho, porque también venían por mí. Tuve miedo de preguntar por qué lo habían matado. A la vez, me pregunté: “¿Por qué no me mataron?”. Pero recuerdo que nunca hice nada para darles un motivo.

Cuando tuve poder administrativo por primera vez, me vi enfrentado a hombres armados que me exigían vacunas; sin embargo, con mis habilidades, hice todo lo posible para evadir las amenazas y la zozobra de lidiar con este tipo de personajes. Pese a mis esfuerzos, debí interactuar con la guerrilla (en ese tiempo los paramilitares no existían). De esa manera aprendí a administrar

el miedo y a vivir en medio del conflicto y sus diferentes eventos, que para mí eran, por lo general, amenazas contra mi integridad.



“Retrato familiar que León Jaime lleva consigo”. Fotografía para el CNMH de Daniel Francisco Sarmiento Gómez, 2021

Me casé con Norfa Nelly López. Con ella pude complementarme para desarrollar mi labor en el sector bananero, en el que ambos nos desenvolvíamos. Mis hijos son cuatro, dos con Norfa y otros dos de una relación anterior. Los mayores se llaman Alejandra y Santiago, ella es abogada y él es sicólogo. Con Norfa tengo a Felipe, médico de la Universidad Nacional, y Sarita, que también estudia en la misma universidad. Mi vida afectiva gira en torno a mis hijos: me agrada compartir con ellos y aprender de sus diferencias.

Yo llevo veintidós años viviendo en Apartadó tras haber estado por los lados de Turbo y Currulao. Terminé en Apartadó porque es



un lugar que me da seguridad, los otros lugares no me generan tranquilidad. Currulao, por ejemplo, fue cuna de todas las guerrillas y de los paramilitares, es un lugar que me genera zozobra.

“Manos de León Jaime que llevan la esquirra de bala que le dejó el atentado que sufrió junto a su familia”.
Fotografía para el CNMH de Daniel Francisco Sarmiento Gómez, 2021

El lunes festivo catorce de octubre del año 2003 iba para mi finca ubicada en el municipio de Mutatá, vereda La Selva, a unos quince kilómetros de Mutatá. Iba con mi esposa y mis cuatro hijos. En esa época tenían tres añitos la menor, el otro estaba de cinco y los mayores tenían diez y doce. La intención era ir a ver cómo estaban las cosas en la finca. Esa tierra se trabajaba con el ganado, la yuca y cultivos de pancoger. Recuerdo que por la entrada de Caucheras hay siete kilómetros y se parte la vía. Yendo para allá sufrimos un atentado por parte de la guerrilla.

Llegando a Mutatá salieron los guerrilleros de las FARC y nos indicaron que nos detuviéramos. Cuando quisimos parar, mi esposa, que era quien conducía, iba a una velocidad de sesenta o setenta kilómetros por hora, por eso no pudo hacerlo. Los guerrilleros abrieron fuego contra el vehículo en el que íbamos.

En el instante en el que impactaron el carro, mi esposa logró frenar, y, detenido el vehículo, nos siguieron disparando. Al parar, ella hizo un inventario de los niños: Sara, Felipe, Alejandra, Santiago. Todos cuatro reaccionaron y vimos que no había problema. Cuando yo miré mi pierna derecha noté que estaba herida en el muslo. Ahí fue donde nos entró el pánico: pensé que me habían cogido la femoral, pensé que iba a morir. Como pudo, mi esposa se bajó y atendió el llamado de ellos para que cesara el fuego.

Los guerrilleros hicieron que nos adentráramos sobre una vía que conducía a un área de potreros y comenzaron a detener los demás vehículos. Le preguntaron a mi esposa quién era ella y qué hacía. También indagaron sobre mí y mis actividades. Yo me presionaba la herida tratando de detener la hemorragia.

En esa época mi función de administrador de finca bananera me convertía en un objetivo militar, pues para las FARC todo el que administraba era considerado como alguien relacionado con las autodefensas. Por esto yo andaba con mucho miedo y ese día,

cuando nos pararon, dije: “Hasta aquí llegué”; pero mi esposa logró manejar la situación al expresar que ella me mantenía y que yo no tenía trabajo, aunque el comandante que hablaba por el radio decía que eso era mentira.

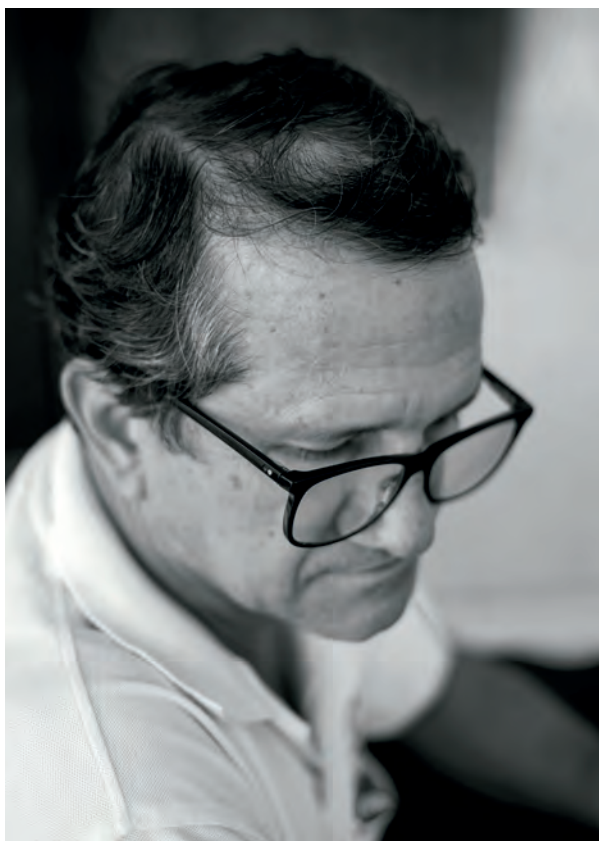
Ese instante fue muy duro porque de un momento a otro volvieron a abrir fuego, no sé contra qué. En el momento pensé que era contra el Ejército que hacía presencia cerca cuidando los corredores turísticos en los que se tenía el lema de “Vive Colombia, viaja por ella”. Pero luego me contaron que al grupo armado se les había volado un vaquero en caballo y habían abierto fuego contra él.

Mi esposa siguió en la discusión con el comandante, expresándole que ella era una empleada y yo un sostenido, que mirara la situación en la que estaba, que debían atenderme porque me iba a desangrar. Luego de un poco más de media hora logró convencer a esa gente y le dijeron: “Váyase, pues, con él”. Íbamos a subirnos al carro, pero la llanta estaba desinflada. El día anterior había llevado a lavar el vehículo y, cuando buscamos las herramientas, ni la cruzeta ni el gato aparecieron por ningún lado.

Una persona de una volqueta nos prestó uno, pero le quedaba muy alto, entonces entre varios levantaron el carro, metieron el gato y pudieron montar la llanta de repuesto. Nos fuimos para Mutatá. Allí me brindaron atención médica, pues ya estaban notificados sobre la llegada de unos heridos. Nunca supimos quién notificó el atentado. Me dieron los primeros auxilios, me mandaron rápidamente en ambulancia para Apartadó y allí me tomaron las placas. No encontraron una herida de gravedad. La bala estaba muy adentro, por tanto consideraron que era mejor no extraerla. Era más el daño que me hacía una extracción de tejido que dejarla ahí metida.

Así recuerdo esos treinta y cinco a cuarenta y cinco minutos, entre las ocho y las nueve de la mañana de aquel día. Dos días después puse la denuncia del atentado en la Fiscalía, pero no volví a estar

pendiente de la cuestión y hasta ahí quedó el evento, aunque a los quince o veinte días se supo de otro enfrentamiento de la guerrilla con el Ejército cerca al sitio donde nosotros habíamos sufrido el ataque. En ese enfrentamiento —que se dio en Bejuquillo, entre Mutatá y Chigorodó— fue dado de baja aquel que había comandado el ataque contra nosotros: alias *Guri Guri*. Una vez muerto, llamaron a mi esposa para que lo reconociera, pues ella había entrado en contacto con él. Entonces, ella solamente dijo: “*Guri Guri* es el que comanda ahí”. No fue a identificarlo, dijo: “Si ya lo mataron, no hacemos nada. Ya lo que fue, fue”. Esa gente era del Quinto Frente de las FARC.



“Retrato de León Jaime”. Fotografía para el CNMH de Daniel Francisco Sarmiento Gómez, 2021

Las cosas siguieron normal. Mi hija menor, Sarita, tenía que ir a la ciudad de Medellín a revisiones médicas al mes del atentado, tenía un tratamiento óptico. En el trayecto, en el que la acompañaba su abuela, hubo otra situación con la guerrilla y delante de ellas mataron a un soldado y quemaron la buseta en donde se desplazaban. Mi mamá fue muy valiente en el momento y logró devolverse con la niña en un carrocamión hasta Mutatá, de ahí cogió bus hasta Apartadó y luego yo logré mandar a la niña para Medellín a su procedimiento médico. Pero eso también fue un impacto fuerte para mi hija. Uno decía: “Pasó este chasco y tan rapidito pasa el otro”.

Fue muy duro, pero la vida sigue, nosotros continuamos con nuestras actividades laborales. Luego fue que se dio la denuncia cuando apareció la Unidad de Víctimas. En ese tiempo todo el mundo empezó a poner las quejas, a hacer reclamaciones, aunque nosotros pensábamos: “Yo tengo mi empleo, mi esposa tiene el suyo, los niños están estudiando...”. Pensábamos en dejar las cosas así.

Tiempo después mi esposa decidió hacer el proceso con la Unidad, porque años atrás su papá había sido asesinado por las auto-defensas en San Pedro de Urabá. Ella empezó con la declaración de víctima y dijo: “¿Y por qué no metemos lo del atentado?”. Entonces, hicimos la solicitud de víctima en el año 2008.

Pese a haber realizado el proceso, con sus respectivas demoras, no hubo reparación. Sentí una evasión por parte de este organismo y demás entes involucrados como la Fiscalía, donde no aparecía la denuncia que se había realizado, por lo que tuve que volver a realizar otro proceso. Entre ambas denuncias pasaron cinco años.

Doy gracias porque mis esfuerzos como trabajador me permiten esperar que la justicia llegue, pues el proceso en el Urabá ha sido impuro, deshonesto por parte de la misma sociedad, de los mismos asesores que le brindaron ayuda a personas que no eran víctimas, lo

que me hace creer que la misma situación es extensiva a gran parte del territorio colombiano.



“Retrato familiar que León Jaime lleva consigo”. Fotografía para el CNMH de Daniel Francisco Sarmiento Gómez, 2021

A veces pienso en las secuelas psicológicas que me ha dejado el atentado, las noches sin dormir o en las que sin querer despierto a mi esposa por las pesadillas. También en las palabras de las personas que presenciaron el atentado —soldados del Ejército que estaban de civil—, quienes decían que estábamos vivos de milagro, pues los disparos pasaron cerca del capó, a treinta centímetros de mi esposa que conducía. El tablero del puesto del conductor quedó destruido. En total fueron nueve impactos y solo yo sufrí uno.

Me quedan mis cicatrices, las esquiras del hecho violento que aún guardo bajo mi piel. Mi hijo, que es médico, me ha dicho: “Yo se las saco”, y yo le digo: “No, déjelas ahí que quiero tenerlas”. Tocar esas cicatrices, aunque me causa dolor, me permite recordar que ese día nos salvamos y, a la vez, volvimos a vivir. Mi condición de víctima no me define, porque pienso que el optimismo y el sacrificio laboral que le he mostrado a mis hijos son un ejemplo para seguir adelante y salir de esa rutina en que a veces nos ha sumergido el conflicto, esa que ha enseñado a mirar el país con frialdad y crudeza.

Pese a la resiliencia que hemos tenido, a veces tenemos ganas de irnos del país porque nos preocupa la situación. El miedo es constante por la inseguridad. Además, las dinámicas políticas han cambiado y el estar marcado como alguien perteneciente a la línea de derecha implica una estigmatización que no sé manejar. Ahora estoy acá porque el hijo menor todavía está estudiando y porque estoy cerca de asegurar la pensión, me quedan seis años para conseguirla. Después de treinta años de vida laboral, es algo que no pienso perder.

Con la familia los catorce de octubre damos gracias y vamos a una misa. Es una especie de conmemoración. En esa fecha se celebra el día del tecnólogo y, además, es el día que me marcó, y lo considero una fecha de nacimiento. Aunque entre mis familiares la significación de este evento es diferente, cada vez que lo recuerdo pienso: “Vea, eran mis cuatro hijos, todo lo que uno tiene”.



“El protagonista y coautor de este relato enseña sobre la variedad de vegetación que hay en su finca”. Fotografía para el CNMH de Isis Restrepo Bulla, 2021

•
Solo Dios sabe
•

Cualquier persona que llega a San José del Guaviare por tierra lo primero que toca es Puerto Arturo. Desde que llega se encuentra con un paisaje único. A veces, cuando es verano, se pueden ver los delfines desde el puente Nowen, que creo que es el tercero más grande de Colombia. Los delfines son tan grandes como un ser humano, se ven de a doce bregando a pasar por las aguas del río Guaviare. Ahí se encuentra el río Guayabero y el río Ariari, que es el mismo que pasa por aquí, se encuentran a quinientos metros de mi finca. Este es un río muy rico para la pesca, que es algo que desde pequeño me ha gustado. El pescado es una economía, porque si uno no compra carne, pues, come pescado, ahorra y se nutre. En este río hay peces tan grandes como yo. Cuando uno los coge en el anzuelo tiene que largar la cuerda para que no se lo lleven. También hay tortugas de río muy hermosas. En la vera del río hay muchas heliconias, hay muchas orquídeas de todos los colores, hay hongos raros, mariposas lindas, mucho musgo y animales de toda clase. Hay güíos, que es un animal serpiente que si se le arrima a un marrano, se lo come como si nada. A nosotros nos toca tener mucho cuidado a la orilla del río.

El Guayabero tiene una particularidad: él nunca crece como los ríos de las tierras de Boyacá, de Cundinamarca o del Valle, que cuando hay una creciente viene una avalancha. Como el río de acá tiene una extensión muy plana y muy ancha, entonces empieza a avisarle a uno. Primero bajan unas espumas, bajan unos troncos, van bajando matas de plátano flotando, baja el rastrojo y una mata que llaman el pato. Cuando uno ve esto piensa: viene una borrasca. Pero la borrasca sube poquito a poquito.

Yo nací el diecisiete de febrero de 1959 y tengo sesenta y un años. Nací en Riofrío, Valle, y viví cerca de Fenicia con mi familia. El clima de

Riofrío es como estar en el cielo. Allá los hombres son muy hermosos, bien parecidos, y las mujeres son una rosa: así estén viejitas son una flor. Recuerdo que todo era muy hermoso, no sé si es porque nació allá o porque era así. Había mucho ganado, ovejas, caballos, perros, gatos. Allá no acostumbraban a tener animales enjaulados.

A mí siempre me han gustado mucho los animales. De pequeño yo les decía a mis tíos: “Llévenme a ordeñar el ganado”. Ellos le enseñaban a uno la ley del campo, le enseñaban a uno todos los secretos. Por ejemplo, el de llevar con uno siempre una vara. Una vara o palo siempre es muy necesario para todo: si uno se encuentra un camino con lodo, uno mete primero el palo antes de meter el pie y así uno decide si se mete o no se mete.

En uno de los viajes que hice con uno de mis tíos sufrí un accidente y aún tengo una cicatriz en mi rostro que me lo recuerda. Paramos un momento en el camino y yo miré que mi tío se agachó a tomar agua de un arroyo. Uno siempre se quita el sombrero para tomar agua, entonces él se quitó el sombrero y yo creo que pensé: “Ahora sí, caballo, afánese”. Yo tenía mi vara en la mano y le pegué a la bestia por detrás y hasta ahí recuerdo. Cuando desperté estaba en la casa de mi abuela. Ella era la única que tenía televisor en la familia, lo había comprado para ver el paseo del hombre a la luna. Cuando abrí los ojos y recuperé la conciencia estaban despachando el transbordador, estaban en ese boroló de la luna. Yo nunca había visto un televisor, entonces se me hizo muy extraño.

Teníamos dos fincas: una se llamaba Tesorito y la otra Italia. En Tesorito se sacaban los quesos, el ganado, la leche y la mantequilla, eso lo llevaban para exportación al puerto de Buenaventura. En Italia se daba el banano y la piña. Era una tierra tan bella que tenía la escuela en el patio de la casa porque mi abuela regaló el espacio para que hicieran una escuela. Italia estaba en el cruce de todos los caminos, estaba en un sitio especial y estaba muy cerca

de una cañada que le decían la Cañada del Oso porque algún día un oso se voló de un circo y lo veían cada rato en esa cañada. Recuerdo que en Italia conocí lo que era el sentimiento de amistad. Una señora tenía un solo hijito, ella era administradora de una hacienda enseguida de la de mi abuela: él era mi amiguito. A él se lo arrastró la cañada porque él no tenía un palo para ir tocando y probando qué tan honda era. A él no le enseñaron, el papá se iba a trabajar al campo y la mamá les cocinaba a los obreros y no le ponían cuidado al muchacho.



“Retrato del coautor y protagonista de este relato en su finca”.
Fotografía para el CNMH de Isis Restrepo Bulla, 2020

La primera formación mía fue de hablante. Cuando yo estaba pequeño había hablantes, eran hombres que sabían mucho pero todo lo tenían en la mente. Ellos conocían todas las plantas. A mí me alcanzaron a enseñar y yo las conocía casi todas. Desde los cinco años yo sabía si se podía consumir la raíz de una planta, o el tallo, la cascara o la hoja, si solamente se podía tomar el zumo o si se hacía un sahumero. Yo aprendí sobre la espadilla, sobre la cola

de caballo, la pringamoza, la albahaca, la ruda y la raíz del amor; sobre todas las hierbas. A mí no me daba hambre ni nada aprendiendo. Me gustaba esa educación, aunque ahora me gusta también la tecnología. Yo conocí a los hablantes porque algunos venían y pedían trabajo donde mi abuela para quemar carbón. No recuerdo sus nombres. Eso me duele, no recordar siquiera sus nombres. Pero casi todos eran bajitos. Yo conocí tres hablantes de quienes aprendí mucho. Me hubiera gustado que no nos hubieran hecho ir de Tesorito por la violencia y así seguir aprendiendo de los hablantes.

Mis tíos eran muy elegantes, altos, bien parecidos y muy educados en el tratar a la gente. Ellos decían que lo que era a nosotros nos iban a dar una buena formación, pero los mataron primero. Mataron a los que movían la economía de la familia, a los que hacían negocios grandes, a los que hablaban en el banco.

Mi abuelo, el finado Isamel, fue el primero que mataron. Lo mataron llegando a la finca por los días en que yo nací. Él iba a llevar la remesa y vio que estaban unos hombres matando a otro en la puerta y ahí fue. Uno ya conoce dónde lo espera a uno el peligro. Uno ya sabe en qué lugares: las puertas donde uno tiene que bajarse del caballo a abrir los broches o también en las curvas cerradas. Si uno encontró un palo en el suelo o algo que esté obstruyendo la vía, es mejor devolverse como pueda o tirarse pa'l monte, correr como pueda, pero no estar ahí.

Mi padre también murió estando yo muy chiquito. Yo a él, que recuerde, apenas lo reconocí dos veces. Me refiero a reconocerlo como cuando uno lo mira y dice: "Este es mi papá". La conciencia de que él era mi papá la tuve el día en que él murió. Justamente ese día él me montó en su caballo. Se agachó del caballo tanto que me alzó, me montó y me dio una vuelta por Tesorito.

Mi madre era muy linda en su alma y también en su belleza corporal. Ella era hermosa, elegantísima y muy inteligente. Yo le decía

Policarpa. Una vez mataron a un tío mío en Fenicia, todos los hombres se fueron y se quedó mi mamá sola en la finca con nosotros los chiquitos. Éramos siete hermanos. Cuando eran por ahí las once y media de la noche, yo me desperté. Yo no conocía el miedo porque en esa época todo era alegría, todo era felicidad, pero a esa hora escuché disparos, entonces fui a buscar a mi mamá. Ella me gritó: “¡Mijo, venga pa' acá!”, me tiró al suelo y me puso unos colchones encima. Ya mis otros hermanos estaban cubiertos por colchones. Yo me salí y busqué a mi mamá otra vez, le dije: “No, mamá, yo le quiero ayudar”. Yo sin saber ni siquiera disparar. Iba a cumplir por ahí siete años.

Los que llegaron a la finca creyeron que la casa estaba sola. Se iban a robar la cosecha de café seco que mi familia guardaba — porque se vendía cada año, una vez al año, no por bultos—. También supimos que iban a quemar la finca, porque cuando se fueron encontramos costales llenos de papel picado. No alcanzaron a quemarla porque la casa era muy grande, tenía muchas puertas y muchas ventanas, entonces mi mamá cogía y hacía tres tiros en un lado, salía corriendo y hacía otros tres tiros en otro, y así. Yo escuchaba que decían los de afuera: “No, hermano, eso ahí hay gente, porque por allá nos están voleando bala y por aquí también, vámonos”. Por todo eso a mi mamá ya no le gustó la vida allá y se fue a vivir a Buga con ese poco de chinos. Ella era muy valiente, por eso yo le decía Policarpa.

Yo me establecí en mi finca Loma Linda en San José del Guaviare hace veintiún años, y hace diecisiete años me conocí con mi mujer. Nos conocimos porque ella se metió a estudiar en el SENA sistemas y yo me metí a estudiar buenas prácticas ganaderas. Una vez vimos un poco de mandarinas en un palo y le dije: “Venga traigo la escalera”, y ella dijo: “No”, y se subió como una ardilla y las bajó. Eso me dejó el

corazón boca abajo. Otra vez, yo tenía dos caballos muy buenos, muy veloces, entonces yo le dije: “Este caballo es muy brioso, mejor yo me monto en este”. Y ella dijo: “No, a mí me gustan los caballos ligeros”. Se montó y parecía un duende montada en ese caballo, apenas volaba tierra pa’ los lados, y yo pensé: “No, no, no, ¡está belleza!”.



“Retrato familiar del protagonista y coautor de este relato en su finca”. Fotografía para el CNMH de Isis Restrepo Bulla, 2021

Mi mujer recuerda que al poco tiempo de ella llegar a vivir a la finca empezaron las violencias. Nos robaban la remesa, nos ponían minas, nos malograban la comida, se nos robaban las ollas, las cucharas, las camas. Nos daba miedo que nos envenenaran. No podíamos salir tranquilos de la casa porque llegábamos y encontrábamos todo vuelto nada. Ella lo recuerda así:

Yo tenía un ahorro y compramos un ganado en sociedad. De todo ese ganado a mí no me quedó absolutamente nada. Me duele porque el esfuerzo fue grande y fueron dieciocho reses y ocho bestias las que se per-

dieron. Nosotros cercábamos para tener ganado y nos cortaban la cerca. Era increíble. Fumigaban los pastos con veneno, también las frutas y lo que uno sembrara. Yo tenía que buscar el ganado que se perdía por todas esas lomas. Un día yo llegué cansada de todo lo que pasaba y puse un papel en cada puerta de la casa. En el papel les decía que pusieran la cara. En el mismo papel ellos escribieron que eran de la guerrilla, creo que del Frente 44, y que cerrara la boca.

Nos fuimos para Puerto Concordia, porque teníamos un lotecito allá. En ese lotecito teníamos una teja encima y otra por los lados. Era difícil la vida, había que pasar hambre. Mi hijo sufrió mucha desnutrición, hasta casi el día de hoy mantiene bajito de peso. Yo los mantenía con coladita de harina de trigo, no teníamos ni cómo comprar un huevo, no teníamos baño, no teníamos agua, no teníamos nada.

Hasta ahorita, hace tres años, empezamos a mejorar. Intentamos volver muchas veces a la finca para al menos tener una mata para comer, pero cuando volvíamos y sembrábamos, venían y nos desocupaban todo. Todavía seguimos teniendo amenazas. Es increíble vivir esa experiencia, es durísimo. Solo Dios sabe.

Yo he tenido que desplazarme varias veces, y como familia también hemos tenido varios desplazamientos. Hemos sido golpeados desde pequeños. Nos tocó perder las empresas ganaderas, me tocó irme para el pueblo a aprender mecánica, a aprender a manejar un carro, y yo lo que quería era mi campo que daba toda clase de animales y mieles y vida. Las violencias han destruido muchas familias. En mi familia la que murió de muerte natural fue mi mamá, que se salvó inclusive de dos atentados.

A mí también me han intentado hacer varios atentados: me ponían minas en el camino que yo transitaba con mis hijos, pusieron un explosivo en una silla donde me siento en casa de mi hermana, me mandaron un paquete con explosivos —nueve libras de superanfor— allá a Puerto Concordia. Yo vivía con miedo pensando que me iban a quitar el niño. A un amigo mío le quitaron el hijo, y

la señora empezó a buscarlo y a reclamar. Duraron como dos años. Les quitaron todo el ganado, lo vendieron, dieron la plata, dieron todo y nunca entregaron el niño.

A algunos vecinos no les hacían esas cosas porque nunca denunciaban. Les metían remesas. Por ejemplo, asaltaban un camión, le quitaban la carga y la traían acá a la orilla del río, y ellos no denunciaba. O empezaban a meter narcotráfico —lo que son insumos, canecas, todo eso— y tampoco denunciaban. Si uno no denuncia le dan, por ejemplo, pasta, sardinas, atún; le regalan unas laticas. Yo no podía aguantar ver eso porque me parece una injusticia lo que hacen, sus amenazas y la gente que matan. Ellos dicen que hay que darle al que no tiene, pero resulta que ellos deberían de hacer eso con lo de ellos o con trabajos que ellos hicieran, no quitándole al que tiene. Le tienen odio al que tenga. A mí me quitaron mucho. Si el día que no trabajamos no comemos, ¿somos ricos? ¿Cuál era nuestro delito? No colaborar.

Nosotros salimos adelante por la necesidad. Mi mujer dice: “El mismo sufrimiento lo hace más fuerte a uno. La necesidad lo ayuda a uno a ser más fuerte”. Yo pienso que Dios me ha consolado mucho. Él dice que uno llora, pero después ríe; que uno sufre, pero después aprende. Uno analiza todo y eso es lo que le va dando la fuerza para criar a la familia, para meter la cabeza y decir: “Sí, porque tengo familia, porque Dios está conmigo, porque vamos a hacer lo bueno, porque vamos a cambiar, porque estamos cambiando, porque Dios no deja con las manos estiradas al que le suplica”.

Algo que nos ayudó mucho y a mí me dio mucha fuerza también fue conocer mis derechos. Un día yo fui a comprar unas vacunas al Comité de Ganaderos —estábamos en desplazamiento, nos había tocado dejar ganado y cosas botadas acá en la finca, pero igual te-

nía ganado—. Al ir a comprar unas vacunas me dieron una cartilla que decía: “Fedegán: conozca sus derechos”. Esa cartilla me enseñó que uno tenía los derechos y que uno podía denunciar y que había abogados gratis que le ayudaban al ganadero. Ahí había un número para llamar. Yo llamé y dije: “Lo que pasa es que nosotros tenemos poquiticas vacas”, y los que me contestaron dijeron: “No, es que es ganadero el que tenga de una vaca en adelante”. Ellos nos ayudaron mucho y ahí yo tomé más fuerzas para seguir denunciando.

Cuando llegamos a Puerto Concordia yo puse una zapatería, porque sé arreglar zapatos. También me puse a peluquear, porque me peluqueaba cada rato. Mi mujer hizo cursos en el SENA y se dedicó a aprender: hizo cursos de belleza y estudió manicure, pedicure y cortes. Ahora yo estoy trabajando en un proyecto, soy emprendedor en desarrollo de turismo en espacios naturales en el SENA. Estoy aprendiendo sobre esa economía nueva que se llama turismo, la cual no conocíamos los campesinos. Hice diplomados en la Universidad del Bosque sobre el tema.



“El protagonista y coautor de este relato mece a su hija menor en el columpio de su finca”.
Fotografía para el CNMH de Isis Restrepo Bulla, 2021

Quisiera que el cultivo de nosotros pueda ser una demostración para que la gente vea que uno puede cultivar orgánicamente, cuidando el entorno. Con mi proyecto de turismo tenemos un sendero para caminar hacia el Cerro de las Tetas —yo le puse ese nombre porque hay dos montañas que tienen esa forma—. Este es un cerro donde se puede ver la restauración y conservación del bosque, que ha sido un trabajo nuestro. Nosotros sembramos la guadua que es para reforestación, para no cortar árboles. Con la misma guadua hacemos un gallinero, una cochera, un corral para una vaca y sacamos leña. En el Cerro de las Tetas se ve por la reforestación el agua, la laguna, se ve la piedra chorreando. Eso me emociona mucho porque qué mejor que tengan agua los hijos míos, y los nietos y los animales.



“El coautor de este relato en la finca que le dejó su padre. Atrás, la reserva natural que él y su familia mantienen en su territorio”. Fotografía para el CNMH de Isis Restrepo Bulla, 2021

•
U n o c r e e
q u e t o d a s l a s t i e r r a s
s o n i g u a l e s ,
p e r o s o n m u y d i s t i n t a s
e n t r e s í

•

Lo que me motivó a hablar fue poder dignificar la memoria y honra de mi padre, ya que él fue un señor trabajador que siempre se preocupó por su familia, por sus trabajadores. Al no existir, y en vista de todo lo que le sucedió y de la forma como le sucedió, decidí darle su valor.

Mi padre era de familia humilde, se levantó en el campo trabajando, toda una lucha incansable. Era un hombre que a las cuatro de la mañana ya estaba en pie y a las siete de la noche regresaba otra vez de su jornada de trabajo. Y fruto de eso se conoció con mi madre. Nosotros somos tres hermanos: la mayor, yo soy el segundo y el último es mi otro hermano.

Mi papá tenía su finca. Siempre se dedicó a la ganadería, era netamente ganadero. También era cultivador de ñame. Una finca se llamaba Corvejón, otra se llamaba Caracolí y las otras dos Robles y Rancho Chico. En Corvejón era donde yo más me amañaba, porque da la casualidad que fue la finca que más frecuenté con él. Y hoy en día estoy ahí. Fue la única que quedó. En cambio, la que más le gustaba a mi papá era la Robles, en la vereda Naranjal, porque era la más productiva. Uno cree que todas las tierras son iguales, pero son muy distintas entre sí. La tierra en la finca Robles le producía plátano, yuca, ñame. Con eso él nos abastecía en la casa, también la casa de mi abuela —la mamá de él—, por eso le sentía tanto aprecio a esa tierra. Fue la primera que obtuvo, su inicio de salir adelante, de progresar. Mis siete tíos lo ayudaban en esa finca.

La jornada diaria de mi papá tenía que ver con su ganado, sus vacas, porque él tenía actividad de vacas lecheras y también comercializaba con terneros machos. Desde muy chico, él me llevaba a la finca a conocer. Todo eso me sirvió porque ahora que no está fui el que tomé las riendas de la finca, de las labores y toda esa cuestión. A temprana edad, pero bueno, fue lo que me tocó por todo lo sucedido.

Las jornadas de trabajo son largas. Con las vacas de cría, primero se saca al ternero y el ternero busca a su madre en el corral. Luego, ahí se “manatea” o se amarra con una cabuya al ternero al lado de la vaca pa’ que él te deje ordeñar. Después de eso se sueltan las vacas, se sueltan con sus crías pa’ que amamanten en el potrero, y de ahí sigue la jornada. Si hay que arreglar un portillo, se arregla un portillo; si hay que arreglar una cerca, se arregla una cerca; si hay que hacer un desmonte, se hace un desmonte.

Mi papá tenía en total doscientas vacas lecheras, cada una con sus crías. Quince empleados directos ayudaban a mi papá. Se hacían unas veinte latas diarias. Esa leche se la vendían a un intermediario que hacía queso, el señor iba y la recogía. Semanalmente, empezaba a vender la leche desde el lunes, y el sábado liquidaban el producido de los seis días. Entonces, él cogía pa’ los trabajadores, pagaba. Siempre en la finca hay otras cosas que se deben pagar que no son solamente de ordeño, por eso liquidaba todo eso semanal y, de lo que quedaba, le daba a mi mamá pa’l sustento, para todo lo que se necesitara. Y guardar, ahorrar.

Yo me la pasaba desde muy chico en el campo con mi papá. Él salía más temprano. Casi siempre me llevaba en las tardes. Me la pasaba con él porque mi mamá decía que no podía aguantarme. Entonces, eso me cuenta mi familia que él me decía: “No, usted se va conmigo porque su mamá me pone muchas querellas y usted friega”. Me cargaba y yo me iba con él. Pero a mí me gustaba estar en el campo, siempre tuve esa inclinación. Recuerdo que nos íbamos a las cuatro de la mañana y me ponía a tomar espuma de la leche de la vaca. A mí me encantaba; un sabor delicioso, caliente.

Se entra a la finca por una trocha que demora veinte minutos a pie, a caballo póngale que diez. Hay una vegetación hermosa, un lago inmenso. Las casas están en lo alto de una pendiente y hay una reserva natural con micos. Siempre se ha mantenido, porque es una

montaña espesa con más de doscientos años. Nunca se va el agua, siempre llueve. Unos biólogos le calcularon el tiempo por el espesor de los árboles, entonces la declararon reserva nacional de la sociedad civil. Para mí eso fue un honor y orgullo. Tiene su registro y todo ante Parque Nacionales. Fíjese usted lo que hace Dios, porque nunca la vendimos y de pronto otras personas no hubiesen tenido la misma intención y hubieran arrasado con todo. Son treinta hectáreas, más o menos.

Teníamos ahí una casa, pero esa vivienda se destruyó en la violencia, la quemaron. Esa casa tenía sus corrales, sus viviendas, dos cuartos, tenía un quiosquito donde cocinaban, su cuarto y un corredor donde guindaban hamacas los trabajadores. Es ahí donde acampaban. No era muy grande, pero siempre servía. Cuando sucede la muerte de mi papá, todo queda abandonado porque ¿quién se atrevía a volver?



“El coautor de este relato sostiene un retrato familiar en el que aparecen él, su hermana, su madre y su padre”. Fotografía para el CNMH de Isis Restrepo Bulla, 2021

Mi papá, por medio de su trabajo, se hizo visible. Él se organizaba con los ganaderos, ya tenía su comité. Era una persona que se movía en muchos ámbitos. Hacían unos encuentros donde estaba la reina del pueblo, y al día siguiente pa' los toros, pa' los palcos, pa' las fiestas. Uno disfrutaba todo eso. Las cabalgatas ahí en el pueblo eran muy bonitas. Con su muerte, todo eso acabó. Mi mamá tampoco quería volver a saber nada de cuestiones de fiestas. Apenas llegaban esas épocas, mi mamá sufría con solo recordar. Toda la familia quedó afectada.

Los primeros grupos que llegaron allá fueron la guerrilla, el Frente 37 de las FARC. Todo Montes de María estaba cogido por esos grupos. Mi papá tenía sus terrenos, y a todas estas fincas, a todas, se las visitaban. A veces las FARC le daban las razones al administrador. Él llegaba y le decía a mi papá que ellos mandaban a decir que necesitaban ayuda para las botas o para comida: "Necesitamos tanto dinero, que las gallinas, que esto, que lo otro". Entonces, ya estando ellos en el territorio, ¿a mi papá qué le tocaba decir? "Claro, entre, dénselo". Porque cuando se oponía la persona, o atentaban contra el ganado o le secuestraban un hijo. Él nunca se negó, pero siempre cogía rabia porque él se fregaba tanto y se jodía tanto trabajando.

En el 97 todavía esa gente estaba ahí. Después viene el paramilitarismo. Una vez citaron a mi papá, lo llamaron al teléfono, a la casa. Le dijeron que necesitaban una plata porque ellos "sabían" que él le colaboraba a las FARC, que a ellos también tenía que colaborarles. Entonces, mi papá les dijo: "Ajá, pero ¿cuánto es?". Y le dicen: "Diez millones de pesos". Entonces, él les respondió: "No, hombre. Yo les puedo colaborar es con una res, un puerco o algo, pero yo diez millones de pesos ¿de dónde? Tendría que vender la mitad del ganado". Entonces, ahí vino ese roce con ellos también.

Eso se le complicó. Mi mamá le dijo: “Vámonos”, y él le decía: “No, ¿yo para dónde?, ¿de qué manera, si yo toda la vida he trabajado en esta actividad? Toda la vida he sido esto, ¿qué voy a hacer yo en la ciudad? Mejor que me maten aquí en mi municipio”.

Mi papá también se había podido hasta salvar. De pronto por su terquedad y el arraigo a su tierra... A él lo llamaron y le advirtieron cuando llegaron los paramilitares, pero ellos no le perdonaron la vida. Lo asesinaron el nueve de mayo de 1997 y luego nos robaron los animales, el ganado.

Él estaba en el taller cuando lo asesinaron, a dos cuadras de donde vivíamos. Siempre arreglaba ese carro ahí y se iba a la casa a almorzar. Eso fue como a las nueve de la mañana. Yo estaba haciendo una tarea pa'l colegio y mi hermana se estaba alistando. Esos sujetos llegaron al taller y mi papá les dijo: “Yo no tengo nada que hablar con ustedes. Si vamos a hablar, hablemos algo aquí. Hablemoslo aquí porque, ajá, ¿cuándo los voy yo a ustedes a acompañar?”. Cuando él les dice eso, se voltea y lo matan. En la casa escuchamos los disparos. Salí corriendo con mi hermana mayor y, cuando llegamos, ella se desmayó apenas lo vio. A mí no me dejaron verlo porque estaba más pequeño, así que me sacaron de allá.

Yo alcancé a escuchar los disparos, pero no sabía que eran dirigidos a mi papá. Un tal alias *El Gordo*, de la misma columna de Salvatore Mancuso, fue quien le disparó.

Mi mamá se quedó desconsolada allá en la casa. Imagínese: viuda, yo de once años, mi hermana estaba en décimo y tenía alrededor de quince años, y mi hermano tenía tres años; todos menores de edad y sin disposición por la manera en que quedamos. Mi papá era el sostén de todo. Mi mamá lo que hizo fue protegernos y empezó a recoger lo poco que podía y de ahí pa'l sustento de nosotros, pero todo se acabó. Después en Corvejón robaron un ganado. Los trabajadores cogieron miedo porque los paramilitares hacían

presencia, la guerrilla también, entonces la gente ya no podía ni quedarse en las tierras. Empezaron a matar a todos los ganaderos. Al municipio de San Juan lo destrozaron, le mataron toda la gente que producía, todo el sector. Con los paramilitares y la guerrilla se formó una guerra y, en el medio, el productor, el campesino fue el que llevó la peor parte en ese combate.

Todos los trabajadores se fueron, los animales que se alcanzaron a vender se vendieron. Las fincas quedaron solas, abandonadas, por más de diez años.



"El coautor de este relato observa el lago de la finca que le dejó su padre".
Fotografía para el CNMH de Isis Restrepo Bulla, 2021

Esa violencia así fuerte, después del asesinato de mi papá, se demoró como tres años. Parecía una eternidad. Nosotros nos fuimos a un corregimiento de San Juan. Era un pueblecito más tranquilo y allá permanecemos un tiempo y nos refugiamos en la casa de mi abuela.

Ya después, cuando estaba más grande, mi mamá decide intentar vender la finca para poder educarnos: “Bueno, ustedes que se eduquen y que sea su mejor herencia. Así, de pronto salgamos de todo lo que hemos perdido”, decía. Llegó un señor interesado en comprarla y le dije a mi mamá que no la vendiera. Si no fuera por eso, hoy en día no existiría esa finca, se hubiese acabado todo. Pasado el tiempo, ella también arrendaba a los cultivadores. Por ejemplo, la hectárea pa’ cultivar creo que en ese tiempo se la pagaban a cincuenta mil pesos por el año, y de esos alquileres recogía para cultivar. Le pagaban y también nos ayudábamos, así fuimos tejiendo las cosas.

Mi hermana estudió Bacteriología en Cartagena en una universidad privada. Fue la primera. Yo, en cambio, ingresé a una universidad pública. Estudiaba administración en salud pública y nos ayudábamos con lo poquito que se cogía de la finca. Mi hermano también salió más bueno pa’l estudio, pasó también a una universidad pública.

El objetivo de mi papá no era que nosotros estuviéramos en el campo. Obviamente era bueno que nos gustara el campo, pero primordialmente debíamos educarnos, tener una profesión. Yo ejerzo la profesión de administrador en la finca. Esos conocimientos me sirvieron para implementarlos donde estoy trabajando hoy en día, y ahí vamos. A los quince decidí estudiar semipresencial la carrera para quedarme en la finca.

Recuerdo que fui con un amigo a verla, después de tantos años. Ya el camino se me había olvidado; de lo enmontado que estaba, se había cerrado. Él se sorprendió, al igual que yo, cuando volvimos a ver la finca: “Ay, mire cómo está esto”. Yo le dije: “Bueno, aquí hay

que hacerle, hermano, con la bendición de Dios, hacia adelante”. Y así fuimos sacando las cosas adelante. La primera vez que la vi sentí dolor de ver todo destruido, pero al mismo tiempo sentí deseos de superación, de sacar adelante esa finca, porque por lo menos había tierra y tocaba bregar para salir adelante. Entonces, me contacté con unos señores que daban ganado a la media. Así fui creciendo poco a poco. Aunque tenía que luchar luego con mi mamá: cada vez que llegaba tarde, eso era una preocupación. A veces uno no terminaba temprano, y yo dándole duro, volíandole, y llegaba a las siete u ocho de la noche, y eso era una preocupación para ella. Desde lo que le sucedió a mi papá, ella nunca ha ido a la finca. En cambio, yo sí quiero que mis hijas vivan lo que yo viví, esos bonitos momentos que tuve con mi papá en el campo.



“Retrato de la familia del coautor de este relato”.
Fotografía para el CNMH de Isis Restrepo Bulla, 2021

Ahora estoy viviendo en San Juan con mi mamá y mi esposa. Tengo dos nenas de mi matrimonio y un hijo mayor de una relación de juventud. El mayor tiene diecisiete años, la siguiente tiene siete años y la menor tiene tres. Siempre he estado al lado de mi mamá, porque de lo contrario estaría sola. A raíz de lo que le sucedió a mi papá, ella quedó con los nervios alterados. Le ha dado duro superar eso.

A pesar de todo, mi familia se siente enorgullecida por mi labor y porque, por lo menos, la memoria de mi papá no se perdió, porque ahí quedó algo, el fruto, así sea una semillita pequeña. Eso es lo bonito: mantener la memoria de la persona. Uno tiene ese ímpetu de superación, por lo menos yo lo siento y veo así, porque todavía estamos batallando con muchas cosas. Y ahí estamos, agarrados de la mano de Dios. Mi papá me ha iluminado mucho y es un ángel que me protege y ojalá nos siga guardando, guiando y cuidando.



SOCIALIZACIÓN COMUNITARIA

.....



Dibujos de los participantes de la Iniciativa de Memoria Histórica La verdad de las víctimas ganaderas para acabar con el olvido realizados durante el primer encuentro del acompañamiento como forma de autorrepresentación e inicio de la narración de sus relatos. Fotografía para el CNMH de Daniel Francisco Sarmiento Gómez, 2020

La validación de los perfiles biográficos que se entregan al lector se realizó primero con los proponentes de esta iniciativa de memoria. Así pues, a Fundagán se le compartió la primera versión de los relatos en septiembre del 2021 y estos fueron aprobados por esa entidad, sin cambios, el dieciocho de noviembre de 2021. Con el aval de la institución se inició la validación individual de cada perfil, con su respectivo protagonista y/o coautor.

La validación se realizó por medio de una serie de llamadas telefónicas individuales y, en pocos casos, por medio de reuniones virtuales. Se realizó así debido a que los participantes de este proceso residen en diferentes departamentos del país, algunos en zonas rurales con dificultad para el acceso a internet.

En el mes de noviembre de 2021, el equipo del CNMH elaboró un formulario que constituyó la propuesta metodológica principal para realizar la validación con cada participante. El formulario fue diseñado para evaluar el grado de satisfacción de cada coautor con su perfil biográfico. Esto se hizo por medio de una serie de preguntas que se enfocaron en cada uno de los ejes temáticos bajo los cuales se construyeron los textos.

Primero se contactó a los participantes de forma individual, se estableció una fecha y hora para realizar la reunión de validación, y se les envió su respectivo perfil por medio de WhatsApp. En algunos casos los participantes solicitaron que los perfiles fueran enviados mediante audio; así pues, se les enviaron grabaciones de audio con la lectura de su perfil, más el texto. Además, se les enviaron las fotografías seleccionadas para acompañar los relatos, para que pudieran conocerlas y aprobarlas.

Una vez socializado el perfil se realizaron las validaciones vía telefónica y se recibió retroalimentación de cada coautor de los relatos. Se buscó conocer en cada caso si los perfiles de alguna manera pondrían poner en riesgo la seguridad de los respectivos participantes y si cada uno se sentía representado o no por el relato construido y las fotografías seleccionadas.

Como resultados de las validaciones se establecieron las categorías: aprobado, aprobado con cambios o no aprobado. Los diez



perfiles fueron validados con sus respectivos coautores y fueron aprobados con cambios.

Las validaciones iniciaron a principios del mes de diciembre de 2021 y se llevaron a cabo hasta mediados de dicho mes. Se retomaron en el mes de febrero de 2022 y se finalizaron en el mes de abril de 2022, puesto que hubo dificultades para contactar a un participante.

A lo largo de este periodo se llevaron a cabo los ajustes solicitados por los coautores. Los ajustes solicitados se concentraron en su mayoría en corregir imprecisiones, agregar información y contexto, corregir palabras mal escritas, quitar nombres, en dos casos retocar las fotos para proteger la identidad de los participantes y, en un caso, realizar una corrección de estilo al texto —que se llevó a cabo de la mano de los coautores del mismo—. Todos los cambios solicitados fueron realizados a cabalidad y de esta manera se consolidó este libro.

La propuesta gráfica se construyó desde el Equipo de Apoyo a Iniciativas de Memoria Histórica del CNMH. Aprovechando las reuniones individuales de validación con cada participante, se indagó en los elementos visuales principales que debían estar presentes en la portada del libro, y así se conformó su diseño.

Este libro busca aportar a la construcción de la memoria histórica del gremio ganadero a través de las historias de resiliencia y resistencia de las mujeres y hombres que acá narran sus historias.



“Uno de los participantes de la Iniciativa de Memoria Histórica La verdad de las víctimas ganaderas para acabar con el olvido realiza un ejercicio propuesto en el primer encuentro de acompañamiento”. Fotografía para el CNMH de Daniel Francisco Sarmiento Gómez, 2020.

REFERENCIAS BIBLIOGRÁFICAS

.....

Artículos y libros

- Baquero Nariño, A. (1990). *Joropo: identidad llanera, (la epopeya cultural de las comunidades del Orinoco)*. Empresa Editorial Universidad Nacional de Colombia.
- Bolívar, I. J. y Flórez Malagón, A. G. (2005, abril). Cultura y poder: el consumo de carne bovina en Colombia. *Nómadas*, 22, 174-185.
- Fedegán. (2018). *Hoja de ruta 2018 – 2022*. Fedegán. <https://bit.ly/3zzanTa>
- Fundagán. (2009). *Acabar con el olvido*. Fundagán.
- García García, J. (2006). Las políticas económicas y el sector ganadero en Colombia: 1950-1977. Banco de la República.
- Rettberg, A. y Landínez Acero, J. (2012). *La empresa de la paz. Negociaciones de paz y empresarios en Colombia (1982-2006)*. Serie Documentos de Política. Departamento de Ciencia Política de la Universidad de Los Andes. Bogotá.
- Unidad de Planificación Rural Agropecuaria (UPRA). (2016). *Análisis de la distribución de la propiedad rural en Colombia: propuesta metodológica*. UPRA.
- Zuluaga, A. F. & Etter, A. (2017). *Áreas aptas para la actividad ganadera en Colombia*. Instituto de Investigación de Recursos Biológicos Alexander von Humboldt. <https://bit.ly/3fnOGi3>

Base de datos

- Centro Nacional de Memoria Histórica (CNMH). 2022. *Bases de datos, Observatorio de Memoria y Conflicto. El conflicto en cifras*. [Conjunto de datos]. <https://bit.ly/3DvwVVS>. Fecha de corte: 30/04/2022.
- Fundagán (2020). Bases de datos, Observatorio de DDHH y DIH [Conjunto de datos]
- Instituto Colombiano Agropecuario (ICA). 2021. *Censo Bovino en Colombia*. <https://bit.ly/3sMLUGb>

Jurisprudencia

- Congreso de Colombia. (1959). Ley 26 del 05 de mayo de 1959 “Por la cual se fomenta la industria agropecuaria y se dictan disposiciones sobre Fondos y Banco Ganaderos”. <https://bit.ly/3U6WVOa>
- Congreso de Colombia. (1961). Ley 135 del 15 de diciembre de 1961 “Sobre reforma social agraria”. <https://bit.ly/3zAP4AA>
- Congreso de Colombia. (1993). Ley 89 del 10 de diciembre de 1993 “Por la cual se establece la Cuota del Fomento Ganadero y Lechero y se crea el Fondo Nacional del Ganado”. <https://bit.ly/3NrGGZJ>
- Congreso de Colombia. (1994). Ley 160 del 03 de agosto de 1994 “Por la cual se crea el Sistema Nacional de Reforma Agraria y Desarrollo Rural Campesino, se establece un subsidio para la adquisición de tierras, se reforma el Instituto Colombiano de la Reforma Agraria y se dictan otras disposiciones”. <https://bit.ly/3TYrwxN>

Informes

- Centro Nacional de Memoria Histórica (CNMH). (2010a). *La Rochela. Memorias de un crimen contra la justicia. Informe del Gru-*

po de Memoria Histórica de la Comisión Nacional de Reparación y Reconciliación. CNMH.

- Centro Nacional de Memoria Histórica (CNMH). (2010b). *La tierra en disputa. Memorias del despojo y resistencias campesinas en la Costa Caribe 1960-2010*. CNMH.
- Centro Nacional de Memoria Histórica (CNMH). (2011). *El orden desarmado. La resistencia de la Asociación de los Trabajadores Campesinos del Carare (ATCC)*. CNMH.
- Centro Nacional de Memoria Histórica (CNMH). (2012a). *Justicia y paz ¿verdad judicial o verdad histórica?*. CNMH.
- Centro Nacional de Memoria Histórica (CNMH). (2012b). “*Nuestra vida ha sido nuestra lucha*” *Memoria y resistencia en el Cauca indígena*. CNMH.
- Centro Nacional de Memoria Histórica (CNMH). (2013a). *Una sociedad secuestrada*. CNMH.
- Centro Nacional de Memoria Histórica (CNMH). (2013b). *La política de reforma agraria y tierras en Colombia. Esbozo de una memoria institucional*. CNMH.
- Centro Nacional de Memoria Histórica (CNMH). (2013c). *¡Basta ya! Colombia: Memorias de guerra y dignidad*. CNMH.
- Centro Nacional de Memoria Histórica (CNMH). (2014a). *Guerrilla y población civil. Trayectoria de las FARC 1949- 2013*. CNMH.
- Centro Nacional de Memoria Histórica (CNMH). (2014b). *Aportes teóricos y metodológicos para la evaluación de los daños causados por la violencia*. CNMH.
- Centro Nacional de Memoria Histórica (CNMH). (2014c). *Noroccidente y Magdalena Medio, Llanos Orientales, Suroccidente y Bogotá DC. Nuevos escenarios de conflicto armado y violencia. Panorama posacuerdos con AUC*. CNMH.

Prensa

- El Tiempo. (1995). “Caen presuntos asesinos de Sojo Zambrano”. <https://bit.ly/3Ufdp6N>
- El Tiempo. (2020). “Unos 11.000 ganaderos se han declarado víctimas del conflicto armado”. <https://bit.ly/3NqvWeg>
- Food and Agriculture Organization (FAO). (2021). “Producción pecuaria en América Latina y el Caribe”. <https://bit.ly/3Uodwng>
- Portafolio. (2017). “La ganadería sigue siendo la actividad que más aporta al PIB”. <https://bit.ly/3zzbQsE>
- The Nature Conservancy. (2021a). “La ganadería en Colombia encontró soluciones en la naturaleza”. <https://bit.ly/3DvP85A>
- The Nature Conservancy. (2021b). “La ganadería sostenible motiva la conservación y la equidad de género en el campo colombiano”. <https://bit.ly/3sQBoz8>

